

# ¿Qué va a ser de nosotros?

Francisco Barrera Cortés



Título: “¿Qué va a ser de nosotros?”  
Autor: Francisco Barrera Cortés, 2010

Fotografía de cubierta:

*“Paris y subiendo”*  
(Carmen Falcon)

Reg. Prop. Intelectual: M-005881/2010  
ISBN libro : 978-84-614-2368-2  
ISBN e-book : 978-84-614-2369-9  
Depósito legal : HU-282-2010



*“Los niños son los depositarios de la sabiduría.  
Lo malo para el mundo es que, a medida que crecen,  
van perdiendo el uso de la razón, se les olvida en la escuela  
lo que sabían al nacer, se casan sin amor, trabajan por dinero,  
se cepillan los dientes, se cortan las uñas, y al final  
- convertidos en adultos miserables –  
no se ahogan en un vaso de agua, sino en un plato de sopa”*

*Quino – Creador de Mafalda –*

## *1ª parte: Blanco*

El vuelo de la libélula	- 11 -
Señoras que no paran de hablar en los aviones	- 15 -
Mi vida son los tambores	- 23 -
Mr Pringles & La Stupid Gay Band	- 31 -
Ese niño flaquito	- 37 -

## *2ª parte: Azul*

Por favor déjenos bailar	- 47 -
Tha' bomb!	- 57 -
La matoca	- 67 -
¿Realidad o ficción?	- 73 -
La madrileña	- 87 -
El hombre de las nieves	- 97 -
Los delfines	- 105 -

### 3ª parte: Rojo

Los patos vuelan solos	- 109 -
El hombre y el árbol	- 115 -
La tumba	- 117 -
Mi vida en broncas	- 121 -
¡Mamá yo quiero tener cáncer!	- 125 -
Los ingenieros y sus señoras	- 133 -
Si te extrañara tanto...	- 139 -
Una cierta nostalgia	- 145 -
Helicópteros	- 153 -
¿Qué va a ser de nosotros?	- 175 -

### Bonus track: Estrella

Los enemigos	- 183 -
--------------	---------





*1ª parte: Blanco*



### *El vuelo de la libélula*

*“En mi país, a veces, me siento como una libélula atada a la cola por un hilo, como aquel juego de niños que atan a estos insectos para hacerles creer que son libres, a medio camino entre Occidente y el Magreb”*

Estando de vacaciones en Rabat, en casa de mis padres, me entró un mono de fumar que creí que me moría. Esperé a que mis padres se fueran de casa a la mezquita, me cubrí de pies a cabeza, me lié un paño como un burka (como esas viejas cucarachas que se limpian el sobaco con la lucha feminista) y salí de casa dispuesta a todo por un paquete de tabaco. Cogí el primer taxi que pasó y le ordené al taxista que me llevara a la otra parte de Rabat a un estanco clandestino. El taxista intentó timarme por el viaje, pero me bajé indignada maldiciéndole en marroquí por ser un burro mala persona. Luego cogí por la *Rue de Tunis* y caminé largos diez minutos bajo el sol del mediodía hasta llegar a la casa aquella. Una vez allí entré por la puerta, que daba a un patio interior, hasta encontrar un grupo de hombres tomando el té y han enmudecido al verme tapada como iba. El dueño del sitio se puso

de pie y, con todo el respeto del mundo, me ha preguntado en qué podía ayudarme. Yo no podía hablar, como esas veces que tengo exámenes en la Universidad de Málaga y me quedo en blanco porque se me confunden los conceptos y me pongo a escribir de derecha a izquierda. Él seguía mirándome como si fuera una aparición y ha hecho además de ofrecirme el té pero le dije que no con la mano. En Marruecos respetan a las mujeres que van cubiertas aunque vayan solas, ¿sabes?, menos los taxistas. *Quiero un paquete de tabaco*, le dije con un hilillo de voz y el hombre abrió los ojos como si le hubiese pedido un paquete de condones. A uno de los hombres, de la impresión, se le cayó el vaso de cristal donde bebía té y yo, bajo del burka, no paraba de sudar. *Un paquete de tabaco*, le repetí mostrándole algunos dirhams, pero nada así que tuve que insistir pidiéndole algo más para que no se pensara que era una burra desvergonzada. *Un paquete de tabaco para mi marido que está con una pierna rota en casa y un paquete de detergente para lavar la ropa de mis cinco hijos y de mi suegra*, le dije muy convencida de que tenía una familia esperándome y que trabajaba como una hormiga para todos. Esta vez el hombre asintió y gustoso me dio lo que le pedí.

Antes de salir me di la vuelta y me despedí bendiciendo al grupo de hombres y bendiciendo a las mujeres que les tendrían por esposos. Por dentro me estaba cagando en ellos.

Salí a la calle con mi paquete de tabaco y el detergente de la ropa para mi familia imaginaria y caminé apresurada a coger otro taxi. Esta vez no había ninguno cerca y tuve que robarle el taxi a unos turistas cerca de la torre de Hassan II. Las niñas que pintan las manos de las europeas con henna me ayudaron distrayéndoles con sus palabras. Llegué a casa sudando a mares; me quité todo y me cambié a toda prisa porque mis padres iban a llegar de la mezquita pronto. Cogí de la cocina un desodorante ambiental español, que colé en el aeropuerto de Barajas, y me subí al tercer piso a esconderme en el baño de la criada que ese día estaba enferma. Me encerré arriba, sentada en la tapa del váter, con las

piernas abiertas, el paquete de detergente a mis pies y un delicioso marlboro en mis dedos temblorosos. ¡Había olvidado un mechero! Baje tropezando por las escaleras de caracol y cogí un mechero de la cocina y volví a subir. Seguramente mis padres vendrían en media hora y aun me quedaba fumar tranquila y eliminar la peste a tabaco. Encendí mi primer cigarrillo en un mes, desde que volví de la Facultad en España, y creí que me moría de placer. Si mi padre y mi madre me hubieran visto con las caras que ponía de placer me hubiesen matado. Bueno, que me distraigo; no le había dado ni cinco caladas al cigarrillo cuando escucho abajo el ruido que hace mi padre con el coche cuando lo intenta aparcar ¡Creí que me moría allí mismo! Eché llave a la puerta del baño, tiré el tabaco por el váter y el resto del paquete por la ventana a la casa de la vecina, inundé todo con el desodorante con aroma a jazmín y, casi llorando, me quité la blusa y los pantalones para meterlos a la lavadora. Esta vez mi padre tardó muy poco en aparcar y entró dando voces a casa preguntando dónde estaba. Me puse un albornoz y una toalla al pelo como si hubiese tomado un baño y le grité que estaba en el tercer piso haciendo la colada, pero subió a hablar conmigo de no sé qué cosa. Comenzó a tocar a la puerta para que le abriera y yo sólo atinaba a decirle que estaba haciendo una colada. *¿Y para lavar la ropa te encierras? ¡Qué costumbres más raras traes de España! ¡Abre la puerta que me he manchado la camisa con grasa del coche!*, me decía. *Estoy perdida*, pensaba, y tuve que abrir la puerta aunque todo apestaba a tabaco y jazmín. Mi padre estaba de pie con un cigarrillo en los labios y se metió al baño cerrando la puerta detrás de sí. *Muévete*, me dijo, *tu madre está abajo hablando con la vecina, que es una cotilla asquerosa, y la tendrá ocupada con la receta del cous-cous un buen rato; a ver si me deja un poco en paz y puedo fumarme este cigarrillo sin que se dé cuenta... ¿Es idea mía o el baño huele a tabaco importado?*, me preguntó mirándome a los ojos. *Papá*, le dije, *no sabía que fumabas*, y le quité el cigarrillo de los labios para meterle una gran calada por el susto que tenía en el cuerpo. *Hija*, me respondió, *de hoy en*

*adelante será nuestro secreto”*

A veces, cuando crees tener un gran problema, la solución resulta ser la más simple y tonta de todas. Ese día dejé de sentirme como una libélula atada a las ridículas tradiciones de mi país y comencé a ver a mi padre como a un ser humano.

*Señoras que no paran de hablar en los aviones*

Sucedió hace más de dos años. Volaba entre Stansted y Barajas, último vuelo del día, casi cayéndome de sueño apoyado de pie junto a uno de los respaldos de uno de los asientos de la primera fila del avión, esperando a que todos se callaran para soltarles la perorata de cómo salvar la vida si nos estrellábamos en el Canal de la Mancha, pero nadie me escuchaba. Sólo prestaba atención esa extraña viejecita que hacía ganchillo en el asiento de la izquierda de la fila tercera; a veces levantaba la vista sobre las gafas y esbozaba una sonrisilla como si me tuviera calado. “*Sí, soy mariquita, señora*”, estaba tentado de decirle, pero me aguanté pensando que la culpa la tenía en el fondo yo por sentirme tan feliz

desde unos días a esta parte. ¿La razón? El chico con el que salía desde hace un par de meses, con el que llevaba viviendo cinco pequeños días y que era el causante que estuviese adormilado como en una nube. Sí, creo que a veces soy feliz.

La mujer aquella apenas ha prestado atención a las instrucciones del chaleco salvavidas y estoy seguro que será la primera en hundirse con sus crochés y sus lanas de colores. Sin embargo ha estado todo el rato mirándome de pies a cabeza haciendo muequitas y morisquetas como si lo que hiciera fuera tan divertido como para partirse de risa. *Otra güiri loca*, pienso, *están todas chaladas*. Al mirarla me recuerda a la anciana esa que está llena de tatuajes, la de la tele, la que salió en DEC, esa que vi en el canal de televisión internacional.

Me paseo por el pasillo del avión con los zumitos, los cafés, el vino barato y los cartones de bingo que reparto a diestro y siniestro y luego, vuelta a pasar retirando toda la basura que todos los pasajeros sueltan por cabeza. Nunca vi que, en un sitio tan pequeño, la gente fuera capaz de soltar tanta mierda. Hace unos días tiré tres bolsas de basura del tamaño de mi compañera azafata que mide uno sesenta y cinco.

Arriba, abajo, el estómago me da un giro y siento que me voy a ir de bruces, pero resisto. Ya debería estar acostumbrado a estos vahídos, pero aún me resulta incómodo trabajar volando, dormir de día, dormir cuando puedo, comer cuando siento hambre, tragarme un sándwich de máquina que sabe a tarta de fresas y beberme un café que sabe a orina de gato inglés. No me acostumbro, imposible engañarme a mí mismo, pero me da igual. ¡Estoy jodidamente enamorado! Ese chico me revuelve todo y estoy loco por regresar a casa y estar con él. ¡Sólo quiero bajar de esta cafetera *Ryanerina* y plantarme en su piso compartido de Lavapiés!



- Eh, usted – me dice la mujer esa con la decisión de las ancianas que saben que te están incordiando pero les da igual.

- ¿En qué le puedo ayudar? – le digo, aunque estoy como loco por decirle *¿Llevo monos pintados en la cara?* con un tonito distinto para que deje de mirarme.

- ¿Sabes? Él te quería mucho – me dice tan campante.

- ¿Disculpe? – le interrumpo antes de que me suelte otra barbaridad sin sentido. La mujer esa me da miedo; me mira como si leyera mis pensamientos, como si hubiese estado sentada a los pies de la cama de mi chico, la noche anterior, viéndonos dormir abrazados.

- Él te quería mucho... - insiste – hace un rato cuando estabas repartiendo los cartones del bingo se me sentó a mi lado y me estuvo contando que te quiere tanto que le duele que estéis mosqueados.

Me puse blanco. Realmente no sabía de qué me estaba hablando, pero tenía la leve sospecha de que iba a resultar ser la loca que me iba a dar la tarde. Me acerqué temblando a su rostro, no para intimidarla, sino que para oler sus intenciones. La mujer ni siquiera se inmutó. *¡Que me ha dicho que te quiere, coño!*, volvió a repetir.

- Señora, ¿qué dice? – le respondí poniéndole un bollito extra en las faldas para ver si era hambre lo que tenía la cotorra ésta.

- Yo no soy una cotorra – me dijo bajito – yo sólo te digo lo que él me dice que te diga; además si quieres que te diga más, el chico éste no me ha dejado tejer desde que despegamos de Londres. Ha estado todo el rato importunándome con que te hable de lo que sentía por ti.

- ¡Señora, por el amor de Dios! – le interrumpí en voz alta. Una de mis compañera, una polaca de metro y medio (que no sé cómo entró de azafata en la aerolínea), me cogió de un brazo y me echó una mirada de esas que matan para luego irse corriendo al fondo a ayudar a una mujer con un pañal sucio.

- Tú te llamas Alejandro – me dijo – y eres de Santander, trabajas en esta aerolínea desde hace más de dos años, emigraste a Londres, eres marica perdido pero de los hogareños, eres bipolar, no sabes lo que quieres, te entusiasmas con el primero que muestra interés por ti y del mismo modo lo pierdes cuando esa persona con la que estás tiene una vida corriente. Él me dice que está triste por lo que hablasteis anoche, que no quiere volver a oír eso de que necesitas alguien a quien admirar porque suena a que quieres dejarlo. Chico, un consejo personal, al ponerte el listón tan alto te sientes infeliz porque crees que nadie es lo suficientemente bueno para ti. ¡Convéncete, nada es tan bueno como la relación que tienen tus padres! Y si te comparas con ellos lo llevas chungo de cojones...

- ¡Señora, cállese la boca! – le impreco a baja voz, pero es difícil disimular. Ya no me quiero mover de su lado para que me diga más cosas aunque no me gusten y la parejita de muscu-locas, que está sentada detrás de ella, no se ha perdido detalle. Los *friendly vuelos* son los más surrealistas.

- ¡Dile que deje de decirme cosas entonces! – dice ella molesta – Yo no tengo la culpa de que este chico se haya colado en el avión y se me haya sentado al lado a decirme toda esta sarta de cosas para llamar tu atención – Ahora se acomoda en el asiento como si realmente tuviera a alguien al lado jalándole del brazo para decir lo que me dice.

- Decirle qué a quién – digo perdiendo la paciencia.

- Dice que esta noche no podréis veros, que ha sucedido un imprevisto mientras iba a clases y ha venido a decírtelo pero como no le escuchas me lo dice a mí.

Tengo el móvil apagado, como debe ser, pero no resisto las ganas de sacarlo de mi bolsillo, encenderlo con mis manos sudadas y llamarle. Sólo quedan unos veinte minutos de vuelo y esta vieja loca me ha hecho perder tanto tiempo que me aparto de su asiento y me largo al fondo del avión, donde los compartimentos de la comida (blanco como un papel) y mi amiga polaca me hace un hueco para que me esconda a encender el móvil. Al otro lado del avión observo la nuca blanquecina de la anciana que apenas se mueve con el movimiento del avión. No sé qué trama, pero ha logrado ponerme nervioso. Enciendo el teléfono a escondidas, el móvil de mi chico suena insistentemente, pero él no me responde. Todo lo que ha dicho esa vieja loca es cierto; la noche anterior recriminé a mi chico que fuese tan poco ambicioso por no tener un plan en la vida ¡Y se lo dije yo que soy camarera en el aire y más bipolar que Van Gogh! Vuelvo a apagar el móvil y me voy por el pasillo a paso decidido donde aquella mujer.

- Señora ¿Cómo sabe todo esto de mí? – le pregunto conteniendo la respiración. A las mariconas detrás de ella sólo les falta sacar una bolsa de palomitas.

- Él me lo dijo ¿qué te crees que me invento estas cosas porque sí? Bueno, déjalo, que no importa, de todos modos ya se ha ido de aquí.

- ¿Se ha ido quién? – insisto.

- ¡Pos quién va a ser! ¡Tu chico! Si ya le había dicho yo que iba a ser difícil que me escucharas, que iba a quedar como una vieja loca y que iban a terminar llamando a seguridad apenas aterrizáramos... Por favor, no se lo digas al capitán ¡Qué bochorno!

Las señoras, que son así de cortitas, siempre le temen al capitán de vuelo y, luego de meterse hasta el fondo en lo que no les importa, se hacen las tontas y quieren irse tan tranquilas a su casa como si no hubiesen roto un huevo. ¡Pero a mí esta no me avinagra el agua de las aceitunas!

– Señora, si se está medicando debió haberlo dicho al subir y, otra cosa más, si no quiere que al bajar la esté esperando toda la plantilla del Sanatorio Esquerdo va usted a quedarse tranquilita con su ganchillo y sus lanas que si no la vamos a tener buena.

– Bueno, no es necesario ponerse así – me dijo con pena – yo sólo quería darte ese mensaje. De todos modos él me ha dicho que iba a andar por Lavapiés esperando a que llegaras a ver si era capaz de darte un abrazo.

Estuvo a punto de hacerme saltar una lágrima, pero no lo logró. La mujer cerró la boca y hasta me dio pena, pero tenía que hacerlo. Si a la gente no le paras los pies es capaz de volverte majara.

Esa noche bajé corriendo del avión, después de limpiarlo todo, y me apresuré a llegar al aparcamiento de la T1 donde guardaba mi coche para tirar a Madrid. Por un momento creí ver a esa extraña mujer desde los cristales de la terminal, pero fue solo una impresión. Comenzó a llover con tanta fuerza que parecía el diluvio universal. Mi chico seguía sin cogerme el teléfono, como si se lo hubiera tragado la tierra. Corrí como un loco hasta caer en la Glorieta de Legazpi, cogí por Embajadores hasta la Ronda de Valencia y me metí contra el sentido por la calle del Amparo hasta encajar el coche entre una furgoneta desvencijada y un contenedor de escombros. Bajé corriendo del coche y me puse a darle como un loco al portal del número 99 largos treinta segundos. Alguien arriba abrió sin decir palabra. Me monté en el ascensor, subí hasta la

quinta planta y me lié a darle de golpes al 5ºB hasta que abrieron la puerta. Y allí estaba él: mi chico. Me abalancé sobre él dándole de golpes en el pecho, entre lágrimas, por darme esa clase de sustos. Él, sin entender nada, intentaba esquivar mis golpes hasta que me tranquilizó entre sus brazos. Cuando ya me hube calmado le conté la historia de la mujer esa, me dijo de que había perdido el móvil (es un despistado), hablamos de la discusión de la noche anterior y, al final, le dije que le quería sin importar si le iba bien o mal en la vida porque lo que importaba es que ya me hacía sentir ganador al haberle conocido.

Al día siguiente le dejé el coche para que fuese a clases a Ríos Rosas. A mediodía recibí una llamada a mi teléfono. Puede resultar sensiblero; pero, incluso la gente como yo merece la oportunidad de despedirse de quien quiere. Gabriel había muerto en un accidente de tráfico.



*“Hay enfermedades mentales que son deliciosas”*

*Allí vida son los tambores*

No tenía más de dieciséis años cuando decidí buscarme un trabajo los fines de semana para pagarme los estudios. En Madrid podía encontrar trabajos fáciles que iban de camarera, pasando por cuidadora de críos malcriados hasta llegar a lo típico de profesora de inglés y matemáticas; pero seamos sinceros, con eso no se estudia ni se paga una carrera decente. Para estas tres labores me sentía preparada y llena a rebosar de paciencia, hasta que tuve una oportunidad, en cada uno de estos trabajos, y me di cuenta que no valía: era demasiado borde con el cliente que resultaba ser

maleducado, con los que me veían como a su criada particular y demasiado estricta con los hijos de éstos. Así que lo dejé so pena de provocarle a alguien un trauma o una depresión de caballo.

Tengo un pequeño problema: soy demasiado clara y no me corto cuando tengo que dar mi opinión por muy cruel que resulte ser. Y suelo soltar perlas como: *“¿Ya sabéis que vais a pedir o me vais a estar mareando toda la noche?, ¿Qué os junte tres mesas para veinte personas?, ¿Quiénes sois, los Borbones?, ¿De qué murió el último esclavo de aquella despeinada que me pide la cuenta chasqueándome los dedos?, ¿Es esa su esposa? ¿Piensa que por pagarme cinco euros más por hora debo, no sólo darle clases a sus hijos, sino que además hacer el trabajo que no ha hecho su madre?, ¿Qué será lo siguiente? ¿Me pedirá que se la mame porque a su esposa le duele la cabeza?, ¡Niño por Dios! ¿Cómo que no te sabes las tablas de multiplicar? ¿Qué has hecho todos estos años en la escuela? ¿Esa manera de escribir todo con “k” es como del Pleistoceno, no? ¿Chica, no entiendo que te resulte más difícil aprender trigonometría a aprenderte el pin de todas las tarjetas de crédito del cretino de tu padre?, ¿Qué no te sabes los símbolos químicos pero la discografía de Luis Miguel te la sabes al dedillo? ¡Con tu actitud sólo te queda esmerarte para cazar a un esposo como el que cazó tu madre!, ¡Y tú niño presta más atención a los libros que a tu Facebook, que pareces un pederasta acosador en potencia!”*

Por esto y por otros comentarios que hice en voz alta me echaron de todas partes; pero nadie quedó debiéndome porque a mí no me calla nadie. Mis amigos dicen que pecho de honesta; otros que tengo el lóbulo frontal del cerebro atrofiado y eso me hace comportarme como una *loca frontalizada* e, incluso, hay algunos que me admiran, aunque temen que termine tirada en un callejón golpeada por alguien al que haya ofendido en demasía. Si estuviera frontalizada sería desinhibida, no tendría tabúes y sería totalmente



desvergonzada. Yo creo que se equivocan todos, yo no soy como el loco aquel llamado *Phineas Gage*. Yo sólo soy honesta con la gentuza que me hace perder el tiempo y les hago saber que la esclavitud acabó hace siglos, aunque a este ritmo jamás tendré un trabajo que me dure mucho, pero al menos jamás dejaré que se caguen en mí.

Al menos tengo amigos, eso dicen, aunque para ellos sea una antipática y una bruta; los tengo y los cuido como oro en paño. ¿Amigas?, de esas tengo pocas; ninguna se atreve a preguntarme si la veo gorda o si me gusta el último novio que se ha echado. Cosas de la sinceridad directa; que a todos les da por preguntarme gilipolleces, pero sólo quieren escuchar cosas agradables ¿Entonces para qué me dan el coñazo si saben que jamás me ha gustado hacerle la pelota a nadie?

Así me va. Dicen que estoy *embrutecida*; yo les digo: vosotros estáis amariconados y sólo decís mentiras a medias y verdades por gramos.

A veces me bajo al bar latino de los pies de casa a tomar una copa, charlar con mi amigo el de la barra y, si encarta, echar un bailecito con algún moreno que sepa bailar salsa y que no me pise. Mañana veré qué hago, hoy me tengo que mover.

¡Hola!, me dice un tertuliano del bar, ¿Me darías clases de salsa? El tipo lleva unos taponos diminutos de color amarillo en los oídos y yo creo que no me escucha porque presta mucha atención al movimiento de mis labios. Yo creo que debo haber quedado con cara de idiota o alguien me ha metido un éxtasis en el cóctel, pero el pelma éste quiere que le enseñe a bailar ¿He escuchado bien o estoy borracha? He reaccionado lentamente y he buscado la cámara oculta pensando que es la venganza de alguien al que no le caigo bien, pero ni caso, no hay cámara. ¿Me darías clases de salsa?, insiste el tipejo vestido de traje, corbata y maletín marrón

leguleyo. “*Que el chico de la barra me ha dicho que sabes bailar muy bien y me gustaría que me enseñaras*”. Mi amigo, el barman, me mira con cara de *vaya-pedazo-de-petardo-que-te-ha-entrado-y-tú-con-esos-pelos-de-cierva*. Vuelvo en mí dispuesta a soltarle una de mis famosas perlas al tarado éste, pero mi amigo me interrumpe diciéndole que se dan clases, efectivamente, en el bar por las tardes y que se pase al día siguiente. Yo me quedo con cara de idiota, otra vez, y el tipo se va por la puerta más contento que unas castañuelas. *¡Es tu oportunidad de sacarte unas pelus!*, me dice mi amigo entrometido *¡Le conozco, es abogado, ese tío está forrado y si mañana le das una clase magistral fijo que se trae a todo el bufete!* *¿No querías un curro donde no tuvieras que lidiar con nadie?* *¡Pos cógelo!*

Al día siguiente estoy liada esperando en el bar ataviada con mi conjuntito salsero de colorines, labios carmín y cintura sueltas al abogaducho que quiere bailar salsa para olvidar lo pedazo de cabrón que ha sido durante el día. El tío entra por la puerta y antes que diga *esta boca es mía*, le he soltado que cada clase son cincuenta euros para que se fastidie y se largue dejándome en paz. Pero no, el muy cabrón ha sacado doscientos euros y me ha dicho que quiere cuatro clases para empezar *¡Acabáramos!*

La música está preparada. En el bar sólo somos yo, mi amigo de la barra, el abogaducho de la corbata a rayitas, y tres gatos más que han atendido al aviso de “*Se dan clases profesionales de salsa – Hoy primer día*”, gentileza de mi amigo que pegó carteles por todo el barrio porque o, se aburre mucho, o quiere reírse de mí por algo que pueda haberle dicho que no le gustó. La venganza es un plato que se sirve caliente *¡De frío nada, qué coño!*

La música comienza a sonar. *Devórame otra vez, devórame otra vez...* *¡Dios santo! ¡Pero qué mierda es esto! ¡Trágame tierra!* El abogado tiene los ojos en blanco y los cierra apenas comienza a

sonar los primeros acordes; se suelta los brazos, da dos saltitos diminutos en el sitio y luego repite la maniobra poniéndose de lado para ejecutar limpiamente la coreografía completa de flashdance, incluida la carrera con triple salto mortal para caer espatarrado en el suelo, se levanta de un golpe y, sudando como un pollo resfriado, se planta frente a mí y se cubre las dos orejas con las manos en plan *A-Chorus-Line-drama-queen* para hacer un violento meneo de cabeza como si estuviera sufriendo en sus propias carnes alguna tragedia griega. El bailecito lo acompaña con aullidos y berridos como los de la niña del exorcista y yo, perpleja, me he quedado congelada en el momento en que me arreglaba la faldita de colorines para empezar a bailar.

Mi amigo, el de la barra, tiene la mano pegada al botón del volumen; cada vez lo sube más y más, incapaz de despegarse de él producto del asombro. El abogado está dando saltos de una mesa a otra, luego le da de patadas a las sillas y ahora se la liado a correr alrededor de la pista de baile como si corriera los cien metros planos en círculos. Los pocos que habían venido a la clase han huido despavoridos hacia la calle. Miro al espejo que hay detrás de las botellas de la barra y me abalanzo a coger el teléfono para llamar al ejército porque al energúmeno éste no le paramos con nada. Le doy una patada al reproductor y la música se detiene de golpe. Ni *devórame otra vez* ni *Pedro Navaja* ni putas hostias ¡Este tío, por muy corbatero fino que sea, está acojonantemente loco! Miro hacia la pista, el abogado se ha detenido en seco y está temblando de pie, vuelve a ponerse los taponés, se cubre el rostro con las manos y se echa a llorar. Mi amigo me pide que no me acerque porque puede ser peligroso, pero no le hago caso ¡Tengo que saber qué ha sido eso! Me acerco lentamente. El hombre aquel continúa de pie sollozando y hablando entre dientes: *Soy un desastre, soy un desastre, soy un desastre...* oigo que se queja. Le pongo una mano en el hombro, se descubre y me abraza pidiéndome perdón por la performance. Mi amigo de la barra ha

salido a la calle a buscar ayuda (no sé de qué tipo porque, si el individuo fuese peligroso, ya me hubiese partido el cuello para hacer una cazuela con mi cuerpo)

Creo que se ha calmado. Le pido que me mire, que se relaje y que me mire. ¿Sabéis lo primero que me ha dicho? Pues me ha soltado, sin decir agua fría va, que *“hay gente que no entiende mi corte de pelo...”* Le suelto del hombro, la broma ya ha sido bastante pesada, pero él me coge del brazo fuertemente y me explica, ahora que estamos solos, que sufre de un extraño síndrome que le obliga a moverse violentamente cada vez que oye música. Por eso se obliga a usar tapones en los oídos y por eso jamás escucha el teléfono, por eso ha tenido veinte accidentes de tráfico, por eso su mujer le ha dejado llevándose a sus hijos lejos y por eso en el bufete sólo le dan los casos más difíciles defendiendo a asesinos peligrosos porque él (cuando escucha música) se le pone más cara de loco que a los sicópatas que defiende y los acojona.

Yo creo que está más calmado. Mi amigo ha regresado al bar con dos transeúntes que pasaban por fuera y, al ver todo tranquilo, se largan insultándonos. *Por favor, nos pide el abogado, no se lo contéis a nadie. Sólo quiero tener una vida normal y bailar como todo el mundo pero me pierdo esta adrenalina que siento y no puedo. Estoy en tratamiento psiquiátrico, pero no hay cura más que olvidarme que existe la música. Ya me han echado de varias academias de baile por energúmeno y casi me he arruinado pagando los destrozos que he hecho.* Le miro apenada a los ojos, es como verme reflejada en ellos, como si me rechazara a mí misma si le doy la espalda.

Todos los martes por la tarde le doy clases de salsa, pero sin música. Él se pone los tapones amarillos en los oídos por si acaso y bailamos en silencio toda la tarde. No creo que deba decir que sólo le di clases a él por miedo a que se burlaran, pero han sido una delicia. Aprendió rápido y me pagó muy bien. Al cabo de un mes era

ya todo un experto. El último día me regaló un ramo de rosas y a mi amigo le compró una mesa de mezclas usada. Ese día salió por la puerta del bar con su maletín y jamás le volvimos a ver, quizá se mudó de ciudad, no lo sé.

Pasaron unos años y, hace unos días, estando de vacaciones en la costa del sol, creí verle de soslayo bailando en una salsoteca de Puerto Marina. Regresé sobre mis pasos y le observé fijamente: bailaba con una mujer bellísima. Le llamé por su nombre, pero no me escuchó. Cuando me acerqué pude ver que llevaba unos tapones diminutos de color amarillo en los oídos. Se dio la vuelta y me miró fijamente, se sonrió y siguió bailando como si no existieran en el mundo más personas que él y su chica, bailando como en una isla desierta, en el medio del Pacífico, en el más absoluto de los silencios.



*Mr. Pringles & La Stupid Gay Band*

Mr. Pringles sube las escaleras que llevan al baño de la cafetería en el subterráneo con un lefazo en el rostro por su cumpleaños. Sabe que su nombre recuerda al de una marca de patatas fritas, pero hay personas con nombres peores que el que él ostenta. Es consciente de lo que lleva escupido en el rostro, pero en ese momento no le molesta mostrarse tal cual, ni cree molestar a nadie con tan escatológica mancha entre las barbas.

Mr. Pringles se sienta, con las piernas cruzadas como todo un caballero, en la cafetería a esperar a que lleguen sus cuatro amigos. Se lía un cigarrillo y se lo lleva a la boca cuidando que el

filtro no se humedezca con la saliva mezclada con el chorrizo de lefa que comienza a escurrirle a la camisa. Se cansa de esperar y pide ese café con nata que tanto le gusta, nata de la de verdad, para acompañar el café pensando en su grupo de amigos que entrarán pronto por la puerta a saludarle el día de su cincuenta cumpleaños.

Será otra tarde de sábado escuchándoles hablar de sus cosas, de sus problemas, de la gente que no les quiere un ápice y de sus males de hombre sin esperanzas. A Mr. Pringles le da igual esperar, pero soporta cada vez menos ese deporte de quedar y hablar por hablar. Hablar en voz alta en los bares y las cafeterías para que todos se enteren de lo que te pasa y opinen a tus espaldas. Hablar por hablar con gente que se dice tu amiga, pero que hace años olvidó tu apellido.

“*¡Estás loco o qué!*”, le gritará en la cara Mr. Paranoico cuando llegue. “*Los tiempos no están para estas tonterías*”, insistirá y le soltará una retahíla de estupideces sobre el decoro y las buenas maneras. Mr. Pringles sabe que Mr. Paranoico es un pobre infeliz que gasta sus días encerrado en casa pensando que el mundo le odia y que por eso nunca nada le sale bien. Mr. Paranoico está solo y sabe que lo está. Mr. Paranoico llamará cinco minutos antes de la cita para decir que no viene porque conoce a demasiada gente por las calles y odia que le miren cuando está en los sitios públicos.

Mr. Paranoico ha llamado, pero Mr. Pringles no lo ha cogido.

Ahí viene entrando a la cafetería Mr. Falso, quien le mira de pies a cabeza como si fuese un elefante con una chaqueta de cuero rojo. Se sienta al lado de Mr. Pringles y le pregunta cómo hace para meterse en problemas un viejo ridículo como él con toda la cara enefada de quizás quién que se le haya puesto a tiro. Mr. Falso es una arpía del tres al cuarto, una hiena bien vestida de D&G,



envidiosa y fea y, que no soporta que nadie sea feliz mientras él es un desgraciado; es un caballero de los de antes que no puede vivir sin que los demás le presten la máxima atención que requieren sus aventurillas.

La frase favorita de Mr. Falso es: “*Si va Mr. Insensible a esa fiesta que das, donde no conozco a nadie, entonces yo voy. Si él no va, yo no voy*”. Mr. Falso no se explica la vida sin que los demás se desvivan por él y es capaz de inventarse toda una amalgama de aventuras inverosímiles para justificar que ha llegado tarde a una reunión ya que ha conocido al verdadero hombre de su vida aparcando su coche descapotable; ligue que, por lo general, termina siendo igual que él: un hombrecito de derechas, muy religioso, muy gay, muy de cerebro marchito (de esos que jamás han ejercitado formándose una opinión propia de las cosas)

Mr. Falso, después de cada desilusión amorosa, se refugia en la Iglesia a rezar a ese añejo Dios de misericordia para que le ayude a sentirse bien haciendo su vida como Él le prohíbe hacerlo. Difícil traducir los pensamientos y acciones de Mr. Falso al idioma que la gente habla porque ni él mismo se entiende. Mr. Falso no ha alcanzado a pedirse nada de la cafetería y se levanta presuroso de la mesa para salir corriendo, de manera *dragmática*, para que todos piensen que le ha pasado algo grave. Todos los presentes se mostrarán preocupados, todos menos Mr. Pringles, que es más inteligente que nadie y ya le conoce y le trae sin cuidado las estupideces que Mr. Falso hace para llamar la atención y olvidarse de pensar en los demás.

Mr. Pringles cierra los ojos y sorbe otro poco de ese café reponedor y siente que sus piernas reviven de aquel polvo improvisado en el servicio de la cafetería que se regaló con un desconocido por su cumpleaños. La lefa resbala por su mejilla con cuidado, muy suave, muy suave y muy líquida mezclándose con el sabor de la nata del capuchino. Nata de verdad, no espuma.

Se abre la puerta de cristal y entra Mr. Irresponsable dando zancadas envuelto en su abrigo de visón (animalito que perdió su vida por vestir a una zorra como él) Desde un tiempo a esta parte Mr. Irresponsable comparte la opinión de Mr. Paranoico y cada vez sale menos de casa porque por todas partes se encuentra con gente con la que ha tenido alguna relación. La muerte le sigue a cada paso que da y el tiempo le apremia.

*“Jamás le digas a nadie que soy cero positivo, jamás le digas a nadie mi secreto porque no quiero terminar siendo invisible”,* repite siempre Mr. Irresponsable a sus tres amigos de confianza. *“Sé que tengo derecho a ser feliz, aun tengo mucho que dar; nadie me descubrirá”,* repite insistentemente como si fuera un dogma.

Cada fin de semana Mr. Irresponsable encuentra el amor de su vida. Los lunes suelen ser días muy tristes para él porque la búsqueda se reinicia como lo haría un frío sistema informático. El amor puede llegar a ser tan mecánico y cruel.

*“Y muchos a los cuales matar”,* piensa Mr. Pringles sorbiendo su taza de café consciente que hay secretos imposibles de guardar más cuando se trata de salvar la vida de algún ingenuo de turno al cual Mr. Irresponsable haya convencido de pasar una noche loca sin protección.

¡A quién se atreva a contar lo mío le partiré la cara; se la partiré al bocazas y a la madre que le parió!

Mr. Pringles está cansado. La taza de café pesa tanto que apenas puede despegarla del plato. Mr. Irresponsable, sentado a su lado, no puede dejar de mirar a los chicos que pasan en dirección a la calle sin decirles cosas soeces para atraerles a su telaraña. Cinco minutos durará el café y el cigarrillo junto a Mr. Pringles para luego levantarse de la silla e irse a la calle despidiéndose con aquella frase tan manida e imbécil de *“Cariño, tú eres mi mejor amigo y te*

*quiero más que a mi vida*". Todas las palabras dulces del mundo salen disparadas como disparos de metralleta cuando Mr. Irresponsable necesita justificarse y, así, parecer ante el mundo como la persona más encantadora de todas. Pero por dentro Mr. Irresponsable no soporta sentarse junto a Mr. Pringles porque es capaz de auscultarle y dejarle desnudo frente a sus intenciones y zalamerías y menos saber que éste es capaz de mirarle a los ojos convencido de que las idioteces no van con él. Y así Mr. Irresponsable saldrá por donde vino siguiendo el culo prieto de la próxima víctima de turno.

Mr. Pringles otro cigarrillo. Otro cigarrillo para Mr. Pringles.

Otro sábado triste con su mancha seca de lefa entre los pelos del bigote. Una mancha fría que le recuerda que está tan vivo como Mr. Irresponsable que jamás amó a nadie.

¿Cuánta gente falta por venir? Mira alrededor, la cafetería está bullente de personas y parejitas que se aman y él, en el centro, sólo con su café. El mundo está lleno de sonidos pero para Mr. Pringles el mundo es un sitio detenido en el tiempo, como si todos nos moviésemos en cámara lenta buscando detener aquel momento de felicidad que tanto nos costó manipular para llegar a él.

¡Ha llegado mi mejor amigo! ¡Ha llegado Mr. *No-sé-qué-puñetas-hacer-con-mi-vida!* ¡Mr. Confuso es el mejor!

Mr. Confuso es incapaz de escuchar a nadie que no sea él mismo. Mr. Confuso sólo quiere un recipiente humano dónde descargar toda la mierda que se ha impregnado a su existencia como los cigarrillos sin encender que se pegan a los labios esperando el fuego de un mechero. Mr. Confundido y su perorata sin fin sobre la misma problemática y los mismos consejos repetidos hasta la saciedad ¡Entonces por qué nos cuenta su vida y sus problemas si no le interesa resolverlos! ¡Por qué tanta crueldad! Por

suerte cuando Mr. Confundido vea que a Mr. Pringles no le interesa en lo más mínimo su estúpida existencia, se levantará de su asiento (sin haber reparado en el colosal lefazo que Mr. Pringles lleva) y simulará que le llaman por teléfono. A otro irá a contarle un nuevo drama por el cual perder el sueño y se irá lejos a deprimir a los que tengan la mala fortuna de acercarse a él.

Mr. Pringles se siente aliviado porque sus mejores amigos al menos se acordaron de que era su cumpleaños, se acordaron de algún modo y estuvieron con él al menos cinco minutos.

Mr. Pringles se pone los cascos para no escuchar a nadie y se va de aquella cafetería envuelto en la voz de Tom Waits.

*“...Él es un delincuente juvenil que nunca aprendió a comportarse  
¿Hacia dónde vas?, dijo.  
Algunas noches, mi corazón late como un trueno,  
yo no sé por qué no explota...  
Quiero llegar antes de que salga el sol en Burma Shave...”*

Mr. Pringles es un guarro, pero lo lleva en la cara. No hay engaños. ¡Feliz Cumpleaños!

### *Ese niño flaquito*

De pequeño nunca me escapé del colegio, todo lo contrario, ¡quería vivir allí! Buscaba una y mil excusas para quedarme hasta tarde y cuando ya era de noche me iba a casa de un compañero, que vivía al frente, porque no quería ir a casa.

Mis padres eran los más buenos del mundo.

Mi primer recuerdo de niño, algunos no me creerán, son ver la pantalla gigantesca del cine de mi ciudad cuando iba con mi madre a ver alguna película. Yo iba dentro de su vientre. Recuerdo a Julio Iglesias cantándole a una chica con un fondo de flores rojas

y recuerdo a esa otra chica de pelo castaño liso sentada de noche en las escalinatas de un edificio. Mi madre siempre me decía que no podía ser cierto, que ella tenía ocho meses de embarazo cuando vio esas películas. La verdad que le habían encantado, supongo, porque me transmitió lo que veía a través de sus ojos por el cordón umbilical.

El siguiente recuerdo es estar abrazado a mis padres, en una casa muy pobre y con una gran ventana de madera que daba a algún sitio. Un misterio de imagen porque la habitación estaba en penumbras, pero sabía que era de día.

Un niño debe tener muchos recuerdos pero se desfiguran con facilidad. Hay quien es *eiditista* pero jamás deja de serlo al crecer. Y es fácil mezclar realidad y ficción, sueños con fantasías, la vida real con la que te gustaría tener. Y eso sentía en la cuna cuando mi madre la cubría con una colchita celeste que lo cubría todo para no escaparme. Me gustaba jugar con esa colcha que me cubría como si fuera una tienda de campaña. Soñar que afuera explotaban los planetas y yo volaba en mi nave sin rumbo ni dirección. Todo habría sido lo más normal del mundo dentro de lo que se llama imaginación infantil si no me hubiesen dado constantes ataques de catalepsia.

Con los años aprendí lo que era eso. Intentaba quedarme dormido y una pesadez en la cabeza me empujaba hacia abajo, sentía un zumbido en los oídos y me sabía despierto, sin embargo no podía moverme ¡Me quedaba petrificado! Si controlaba la respiración podía verme desde el cielo acostado en mi cuna durmiendo plácidamente. Una noche desperté acostado sobre dos sillas dispuestas como una cama en la habitación que usábamos como salón. Antes que viniera algún ser demoníaco a devolverme a mi cama intentaba despertar, cosa que hacía de un sobresalto. Tuve catalepsias hasta hace poco siendo adulto. No son nada agradables, pero para un niño son aterradoras. Aterradoras no por

el miedo que da quedarte muerto de un momento a otro, aterradoras porque sabía que era ese el poder que yo tanto anhelaba para volar a otros mundos y no sabía controlarlo a voluntad. Lo tenía en mis manos y no sabía usarlo. Un día, siendo adulto, dejé de tenerlo y me resigné a la vida que tenía. Tendría que buscarme otros medios para viajar.

Si, era un niño raro, pero el problema lo tenía yo, que con siete años, estaba sediento de vivir alguna aventurilla de las que buscan los críos: cazar caracoles, contar los pasos hasta el jardín más cercano, mirar por las rejas de las casas, imaginar que era un robot gigante que recorre países cruzando cordilleras (muritos) y océanos (charcos de agua) con mi mejor amigo, un niño flaquito que dibujaba superhéroes; les poníamos nombres de países a los jardines y coleccionábamos álbumes de láminas. Antofagasta, mi ciudad en Chile, estaba poblada de muy pocos jardines así que jugaba a bautizar cada jardincito con nombres de países con alguna soberanía. *Chile*, por ejemplo, era el jardín con flores rojas como los copihues que estaba al final de mi calle, *EEUU* era el jardín del internado de niñas que era inmenso (una gran cárcel de mini mujeres), *Brasil* era el jardín de la confitería donde cada día comprábamos chuches y el *desierto del Sahara*, las arenas que cruzaban las líneas del tren. Allí no había flores, sólo una animita abandonada de algún niño que cruzó confiado en que le ganaría la carrera a la gran máquina.

Mi ciudad siempre fue un gran desierto. Contaba por pocas la vegetación de cada esquina; un arbolito pobre, un arbusto semi-seco, los *dedos* que siempre vencían la resistencia y lograban crecer y alguna que otra flor aislada.

Lo bueno es que siendo niño jamás te aburres. Por más que vivas en el desierto más árido, para ti es un vergel.

Algunas tardes, en vez de irme a casa, me iba a los jardines de calle Orella subiendo por el Sokol y buscaba caracoles que coleccionaba para hacerles sacar las antenas. Luego cambié a lo de bautizar los arbustos con nombres de países y luego me contagié con la fiebre de hacer caricaturas, cómics y dibujar todo lo que se me pusiera por delante: desde cortezas y hojas de árboles hasta superhéroes rocamboleros (mi preferido era la *mujer fantasma*, una mujer de cara violeta que había muerto ahogada y que volvía de la muerte para hacer justicia), pero la verdad es que todos eran pseudo copias de los ya existentes. Con ocho años, ya hacía cómics pero con los héroes que todos conocíamos.

Antes de eso, a los seis, recuerdo que jugaba a construir catedrales que no eran más que casuchas de latón que llenaba por dentro con velas encendidas. Me gané una grande cuando casi enciendo el muro del patio.

A los nueve años me dio por tener un equipo de química y los menjunjes que preparaba se los daba de beber al gato para transformarlo en un super bicho, pero casi lo enveneno. Luego pasé la mala experiencia con un triciclo de plástico con el que hacía un circuito que iba de la puerta que daba a la calle hasta el fondo del patio junto al baño común que compartíamos con dos casas vecinas, una de ellas era la casa de Don Luis. En la otra vivía una mujer sola con Igor, su hijo pequeño, al que dejaba solo y encerrado todo el día para irse a trabajar y salir adelante. Lo del triciclo se acabó cuando me dio por lanzarme calle abajo, entre los coches, hasta la línea del tren. Me gané una buena retahíla otra vez.

Parecería que era un niño travieso o quizá algo pillo pero no. Era un niño aburrido en un oasis. Suena raro, pero vivía en el paraíso y sin embargo quería escapar, saber qué mundos había más allá del cierre del vecino. Explorar. Y eso aterrorizaba a mis padres.



Comencé a tener conciencia de que existían los demás niños a partir de los nueve años. No es que no supiera que afuera de casa había más gente, era que sólo les veía como personajes de una gran película que era mi vida y no me encariñaba ni trababa amistad con ninguno porque sabía que tendrían papeles secundarios. Y no quería agobiar a mis padres con aquello de ¿por qué se han mudado los vecinos? De ese modo aprendí a ignorar a la gente, como si fuese autista, aprendí a caminar solo. Incluso jugaba con la típica banda de críos en un pasaje a correr como en las Olimpiadas, pero yo siempre seguía corriendo más allá de la meta porque para mí era el único ser de la tierra que corría y corría por las calles.

Era como un niño subnormal superdotado.

En el colegio siempre tuve la sensación que iba a perder el tiempo. Todo lo asimilaba muy rápido e iba a toda prisa devorando libros de textos, sumas, restas, multiplicaciones, cosas así. Todo parecía muy fácil. No tenía necesidad de esforzarme. Y sin embargo, las cosas humanas y terrenales ¡los sentimientos! esos me costaban más. No entendía lo que era sentir algo por alguien, solo me dejaba llevar. No recuerdo haber sentido miedo, dolor, pena, nada de eso. Solo quería aprender. No tenía tiempo para sentimientos que los demás podían expresar por mí.

Y me dedicaba a divagar. Pensar y pensar en otros mundos lejanos más allá de las ventanas frías del colegio, más allá de la cancha de fútbol de cemento, subiendo las escaleras que daban a la parte trasera del salón de actos, huyendo de los niños que sólo querían jugar al voleibol, atravesando las cortinas del escenario y ¡zas! El público aplaudiendo cada lunes por la mañana después de alguna representación teatral donde hubiese estado yo, siendo otro.

Soñaba y soñaba con que era el personaje principal de las más fantásticas aventuras que los libros me transmitían. Soñaba

con ser *Matías Matatías, Aladino*, un astronauta que aterrizara en la luna, un explorador que viajaba al futuro o al pasado, un ser microscópico que recorría el cuerpo humano, un gigante que cruzaba de un salto el océano atlántico, un hombre que sobrevivía en este planeta respirando un elemento más denso que el oxígeno... Hasta que me despertaba una voz diciendo *¡Eh usted!, el flaquito del fondo, ¿Quién era Don Bernardo O'higgins?*

Miraba a mi alrededor, la escuela, mis compañeros de clase, mis profesores, mi familia, el vecindario, las calles llenas de tierra, los tanques de latón donde juntábamos agua para beber y donde nadaban pequeños gusanitos, las callecitas que llevaban a casas y casas de una planta donde se agolpaban los niños aburridos; miraba el mar desde mi casa en los cerros colgándome del cierre para ver más allá el gran cerro de Juan López. Me bastaba con irme a Juan López, para mí eso equivalía a mudarme de planeta.

- ¿Quién era Don Bernardo O'higgins? – insistía la voz.

- ¡Un día me voy a ir de aquí! – grité asqueado que me volvieran a preguntar por la vida de un militar.

- ¡Vale, muy bien, pero ahora dígame quién era O'higgins y porqué vestía así! – volvió a insistir la voz esta vez con un tono bastante más grave.

- ¡Vestía así porque iba a una fiesta de disfraces!

Recuerdo que me levanté de mi sitio, cogí de la mano a la niña más guapa del curso, Johana López, y la arrastré hacia la puerta. Ella llevaba una manzana roja en la mano y me dijo que la podíamos comer si nos daba hambre (se pensaría que nos íbamos de viaje a un lugar muy lejano y nos valdría para el camino porque de otro modo no se entiende)

Me detuvieron casi al llegar a la puerta y regresé cabizbajo porque no era la hora del recreo. Dejé a mi doncella en su sitio, me gané una anotación negativa y volví a mi asiento a seguir escuchando la historia del Bernardo aquel.



2ª parte: Azul



"Carreteras sin sentido, religiones sin motivo  
¡¿Cómo podremos sobrevivir?!"

"Prófugos" – Soda Stereo -

*Por favor déjenos bailar*

En mi ciudad puedes viajar haciendo autostop. Es fácil; te vas al balneario municipal, junto a la playa bajando por el Parque japonés, y te plantas con tu mochila al hombro y tus vaqueros ceñidos a elevar el dedo al cielo. No da igual si eres chico o chica. Si eres lo primero llegarás a tu destino sin novedad con una cerveza

en el cuerpo y un cigarrillo en los pulmones; si eres lo segundo, llegarás pero con las palmas de las manos ardiendo por algún bofetón necesario con el que te hayas tenido que defender de algún pobre payaso con anillo incluido.

Yo solía pararme justo allí por las mañanas, frente al edificio de apartamentos donde trabajaba de noche, para hacer dedo y que alguien me llevara a la facultad. No eran buenos tiempos, no lo eran, hasta que él comenzó a llamarme al móvil.

- *Aloha* - siempre saludaba así porque se creía exclusivo y pensaba que, si se diferenciaba de los demás usando expresiones que no se usaban en el país, sería mejor que cualquiera.

- Hola – le respondía al móvil cada vez que me llamaba desde un número oculto fuese tarde, mañana o madrugada.

- Escápate conmigo – me soltaba – escapémonos lejos de esta ciudad, tengo dinero y tú tienes juventud ¡Me das vida!

- Olvídalo, ayer me dejaste esperando en la terminal vieja de autobuses – recuerdo que le respondí.

Efectivamente así había sido. Siempre me engañaba.

Todo comenzó una noche cuando, buscando nuevas experiencias, detuve la impresión de mi aburrida Tesis y me puse a imprimir tarjetas de visita con el texto “*Do you wannna take a ride?*” con la foto de un chico semi en pelotas que, para el mundo, podía ser yo (nada más lejos de la realidad), pero el deseo de adrenalina no tiene freno. Y me largué a las calles a repartir las tarjetas en cada teléfono público, en cada banco de la plaza, en cada facultad de las dos universidades de mi ciudad y en cada baño de todo bar muerto del centro. Pero no me llamaron, ni siquiera me tomaron en serio. Un par de llamadas idiotas de niñas tontas que querían



saber si los pectorales del chico de la foto eran los míos, que si ése era yo, que cuánto me medía y que cuánto cobraba por una despedida de soltera. Yo buscaba otra cosa, yo buscaba sentirme deseado, sentir miedo, sentir lo que era que tuvieran poder sobre mi vida.

Por aquel tiempo sólo pensaba en lo insatisfecho que me sentía, en lo corta que era la vida y en todo lo que me quedaba por sentir. La mediocridad y las vidas planas se las regalaba a mis amigos. *¿Filoneismo?* Sí; era de éstos, de aquellos que se mueren por todo lo nuevo, los que no se conforman con lo que tienen, los que se aburren fácilmente, los que no quiere morir sin antes darle un buen bocado a todo. Veinticinco años y ya pensaba en morir (de aburrimiento en la flor de la vida)

Unas noches más tarde, mientras estudiaba, recibí su primera llamada telefónica y no sentí ni un ápice de miedo. Él ya había llegado a mi vida, Papá ya estaba en casa.

- Aloha, ¿Qué tal? ¿Eres lo que pienso que eres?
- Sí, tu pon precio.
- ¿Precio a tu compañía? Me gusta tu honestidad. ¿Conoces Minas Gerais?

No conocía el maldito sitio. Vivía al fin del mundo, si me hablaba de cualquier sitio más allá del Pacífico me perdía en el mar. ¿Las minas brasileñas esas de diamantes?, pregunté.

- ¡Aha! - recibí como respuesta - Mañana debo madrugar para tomar un vuelo a Minas Gerais, pero estaré de regreso el fin de semana y me haría especial ilusión que hubiese un chico esperando por mí en la Estación vieja de autobuses. Mi chofer me recogería en el aeropuerto y me llevaría a la estación a recogerte si me esperas.

No hablemos del vulgar tema del dinero, sólo quiero la compañía de un chico inteligente al cual enseñar y regalar todo lo que tengo.

- ¿Es una broma?

- Si quieres tomártelo como una broma pues eso obtendrás, pero no tengo tiempo para ellas.

Y allí estaba, en la vieja Estación de calle Sucre, mirando hacia todos lados y preguntando a todos los que pareciesen choferes por un transfer que estuviese esperando a alguien como yo. Pasó una hora larga y él no vino hasta que me llamó al móvil disculpándose porque el vuelo de Río se había retrasado y aún estaba en la capital. Le dije que no esperaré dos horas (que es lo que dura un vuelo desde allí a mi ciudad), pero él me detuvo diciéndome que su chófer estaba en la estación esperando por mí para llevarme al aeropuerto a recogerle.

- Observa bien a la gente que pasea por la estación – dijo con su voz suave, pero segura - ¿ves a la mujer de rasgos indígenas que vende té de coca? ¿Y a aquel hombre, con una visible cojera, que coquetea con el muchachito de la taquilla? Mi chofer me lo dice todo, es como si estuviese allí. Él me ha dicho que tienes el típico aspecto del estudiante sin medios que duerme poco para pagarse sus estudios ¿Tienes sed?

Me estaba bebiendo una lata de coca cola que dejé caer al suelo ante la extrañeza de la mujer de la limpieza. Esa primera bocanada que sientes detrás de la oreja, ese primer espasmo que provoca la piel de gallina, el miedo in crescendo por fin había llegado.

- ¿Dónde estás? – le pregunté.

- He llamado a casa de tus padres y me han dicho que habías salido a buscar a un amigo a la estación. ¡Buen chico!, incluso mintiendo algo me dice que ya soy parte de tu vida.

Hice amago de colgar el móvil, pero él me detuvo.

- No me dejes, tengo que esperar el vuelo y quería escuchar tu voz... te he traído un regalo de Brasil, sé que te va a encantar porque es una de esas pequeñas colecciones de piedras que pueden adornar tu escritorio de estudiante de minas, sólo que éstos son diamantes.

- ¿Eres algo así como un mitómano profesional?

- ¿Es eso algo así como un insulto? No te sientas intimidado. Yo soy tu amigo, ése que tanto esperabas. ¿Qué haces esta noche? Me gustaría que me abrazaras en este momento... ¡Dios, soy un maleducado! Te doy unos minutos para que te saques otra lata y te enciendas un cigarrillo.

Apagué el móvil. Un hombre de traje se me acercó amenazante con un mapa en la mano y me preguntó algo así como dónde estaba el aeropuerto en inglés. Le tiré el mapa al suelo y le dije, con mi inglés zapateado, que se fuera a la mierda él y su jefe a lo cual el tipo se encogió de hombros. Salí de la estación a coger el autobús. Había perdido una tarde entera de estudio, pero sentía que ese día sería irreplicable. Esa tarde el móvil no dejó de sonar, pero no lo cogí.

*... "No me mires, no me toques si me pongo a gritar"...*

Esa noche salí, pero no a bailar. Era la voz de Fabiana en mi walkman que me acompañaba en mi ronda por los aparcamientos del edificio donde trabajaba. Tenía una montaña que leer para el próximo examen, pero yo la escuchaba a ella. Él volvió a llamar.

- Aloha, campeón – dijo riendo - ¿Ya estás en tu trabajito que paga la facultad? Me gusta cómo vistes la misma ropa que mañana usarás en clases de Metalurgia.

Estuvimos largo rato charlando sobre lo solo que se sentía en su enorme casa con vistas al mar.

- Mi padre no me quiere - me dijo - me ha dejado la casa de la playa en Hornitos para mi uso y disfrute. Algún día te invitaré y podrás conocer la plaza que hay en el patio que da a la playa y el helipuerto de atrás de los generadores.

- ¿Quién es tu padre? – le pregunté.

- El hombre más rico del país ¿de qué otra forma podía ser? Mañana le diré a mi chofer que me lleve a las playas que visita la gente común y corriente ¿te gustaría ir conmigo? ¿Podría recogerte después de clases en Coloso?

- No me parece buena idea, me haces perder el tiempo, me tengo que poner a estudiar.

- Estoy en casa, vestido con mi albornoz mirando las olas del mar. Sé que te he quitado un tiempo valioso y estoy dispuesto a recompensarte por ello. Hazme llegar un número de cuenta bancario y te daré lo que me pidas ¿Cuánto vale tu tiempo? El hueco que ocupa mi soledad no tiene precio ¿No te parece increíble que en este momento estamos observando la misma luna? En eso pensaba cuando estaba en Brasil, lejos de ti... Me voy a la cama, sólo quería escuchar tu voz mientras me duermo.

- ¡Eres un fantasma! Voy a cortar y no quiero que me vuelvas a llamar.

- Sí, me siento como lo que dices, como un fantasma. Ponte a estudiar, otro día hablamos.

Ahora, haciendo autostop a la facultad para rendir el último examen del semestre, pienso en él y extraño su voz soleada. Miro el móvil y no suena. Un chico de la calle que espera que alguien le llame y le diga cómo es, cómo viste, qué planes tiene de futuro y cómo pierde el tiempo estudiando algo que no le gusta. El teléfono no suena, pero los coches se detienen unos metros más adelante y me esperan, pero al ver mi indiferencia se largan quemando llanta. Hay una canción familiar; *no es un escapismo, no estoy bajando la guardia, yo solo necesito un poco, un poco de diversión...* que suena a todo volumen volando por los aires, saliendo de los bafles de un coche que viene hacia mí.

- ¡Hola! – me dice un chico de un descapotable rojo que va en dirección a los Jardines del sur (la zona rica de la ciudad) - ¿Te llevo?

- ¡Vale! – le respondo montándome en el coche con el paquete de tabaco apuntando a su rostro.

- ¿Dónde vas?

- A la facultad. Tengo el último examen del semestre ¿Y tú?

- También. Estudio Psicología. Tengo un par de cervezas frías en la guantera, cógeme una y la otra pa ti.

Una guitarra rasga el paseo marítimo, la sal me abre las fosas nasales y me enreda el pelo.

“...No tengo quién me acompañe a ver la mañana...”

- Voy un poco tarde a un examen – me dice el chico - ¿te importa si corro?

- No, no me importa, también voy tarde al mío ¿Examen de qué tienes tu?

- Sobre una teoría de mierda nueva, sobre el hombre light, la modernidad, el descontento, la insatisfacción, las nuevas necesidades que la humanidad se ha creado, la nueva familia universal y las nuevas escalas de valores con las que tendremos que acostumbrarnos a vivir.

- Suena interesante – le digo.

- Sí, en Europa quizá vean esto con menos asombro que nosotros que aún tenemos el esquema latino de familia.

- Yo quiero formar una familia mono parental – le dije y se rió.

Ese día rendí mi último examen del semestre y aprobé. Volví a casa del mismo modo, haciendo dedo, y caí en la cama despedazado. Por la noche volví a mi trabajo, esa noche y las siguientes noches de los meses del verano; a hacer lo de siempre, a hacer la ronda a los aparcamientos, nada que estudiar, nadie a quien llamar.

Una noche me senté en las escalinatas de acceso al edificio de apartamentos donde trabajaba y me puse a pensar en la voz que meses atrás me atormentó hablando de cosas lejanas y que jamás volvió a llamar. El cerebro humano es un arma muy poderosa; en mi caso se manifestó, por la presión a la que estaba sometido, como la voz de un fantasma que llamaba para distraerme. Algo así como mi propia conciencia que había tomado una voz prestada y me hablaba desde mi interior. Sí, estaba convencido de que eso había sido

porque todo calzaba, nadie supo de aquel chico que saludaba con un “*Aloha*”, a nadie conté nada, por lo tanto jamás existió para nadie más que para mí. Regresé a dar otra vuelta a los aparcamientos del exterior y regresé a la conserjería donde tenía una llamada perdida en mi móvil. Lo observé detenidamente buscando una explicación; si iba a tener más alucinaciones, esperaba tenerlas el siguiente período de exámenes, no ahora. El teléfono fijo de la conserjería comenzó a sonar (eran las cinco de la mañana) y el corazón me dio un vuelco.

- Hola, campeón – me dijo la voz – ya sé que te molesta que te salude con mi saludo habitual por eso lo he cambiado. Te he extrañado todos estos meses y no me importa que tú no lo hayas hecho.

- ¡¿Qué quieres de mí?! ¡No existes!

- Claro que existo y te he dado pruebas de ello. ¿Recuerdas el día de tu último examen y que ibas tarde? Fui yo quien te envió a mi chofer para que te llevara. Suelo dar trabajo a los chicos de la facultad como tú. Fui yo quien le dijo que te recogiera y te llevara, pero has creído tan poco en mí que me he desalentado y no volví a llamar. ¡Estaba tan desilusionado!, pero quiero darte una nueva oportunidad. No soy una simple voz.

- ¿Qué quieres de mí? – repetí.

- Nada, ya no quiero nada de ti. Soy un caballero y quería despedirme por las veces que tu voz me acompañó, por las veces que dejaste de hacer lo que estabas haciendo por escucharme. Esto es un adiós, no estés triste, porque no olvidaré lo que hiciste por mí todas esas noches que hablaba contigo desde la soledad de mi casa mirando al mar. Mañana recibirás una nueva prueba de mi existencia para que dejes de dudar aunque ya sea demasiado tarde.

Y colgó. Jamás volvió a llamar a mi móvil, ni al trabajo, ni a casa de mis padres, ni me envió a su chofer personal. Jamás volví a escuchar su voz.

Al día siguiente, cuando salía del edificio rumbo a casa, en las puertas de la conserjería, había un repartidor con un gran ramo de rosas rojas para mí. En la tarjeta sólo ponía un *“Aloha”* escrito a mano con letra temblorosa y un ligero perfume a sal.



### *Cha' Bomb!*

La gente y su obsesión por la seguridad. La gente paga por sentirse segura; gente que jamás ha tenido confianza en sí misma paga seguros de vida, de hogar, de coches, garantías técnicas de productos, ¡todo! para sentir que alguien se responsabilizará por su inmensa inutilidad al momento se enfrentarse a un problema de la vida diaria. Inútiles, desconfiados, histéricas y malhablados; todos ellos contratan un seguro para sentirse responsables y cuando llega el momento de recurrir a ellos dan rienda suelta a toda su prepotencia e ignorancia (porque jamás se leen la póliza que han contratado y, con suerte, adivinarán con qué compañía la han hecho) ¡Lo quieren todo ya! porque para eso pagan religiosamente

una póliza que cubre todos los imprevistos y descubre toda la acuarela que constituye la estupidez humana.

Un día te levantas deseoso de liberarte de domiciliaciones bancarias y haces el intento de librarte de todas ellas aunque tengas que esperar al teléfono largos minutos y responder cuestionarios de calidad del servicio. Pero desistes. Es domingo.

Ese día te decides a probar en carretera tu coche nuevo con garantía de 2 años y el sistema de alarma de seguridad por si intentan robártelo. Será un viaje muy seguro porque tienes tu póliza con asistencia en carretera por si te quedas tirado en el medio de la nada, el seguro de vida que el banco te exige con la hipoteca que te ahoga cada fin de mes, los contratos de telefonía e Internet que te mantienen on-line con el mundo, el seguro en caso que te pierdan las maletas en el aeropuerto (pero ese día no lo usarás), el de casa por si te dejas las llaves dentro o por si estalla el gas del vecino de abajo, el seguro médico en caso que te intoxiques con el bocadillo que comprarás en el área de servicio y el seguro de súper protección millonario que no sabes muy bien para qué sirve, pero lo tienes. Y marchas feliz porque sin duda será un viaje placentero: Te sientes seguro.

Tienes la sensación que la hipoteca te ha atornillado a una ciudad pero no importa. Es un paso importante en la vida de un hombre: tener un lugar propio donde vivir aunque tenga treinta metros cuadrados. Aunque la verdad piensas que, después de haber firmado ese compromiso con tu banco, ya no podrás mudarte tan fácilmente de país. Te has robado a ti mismo: tu libertad de movimiento.

Antes de meterte al coche, insistes una vez más en llamar al teléfono de lo primero que se te ocurre para darlo de baja, digamos la póliza de super-protección del banco. Ocurre lo que sospechabas: te pasan de un teléfono a otro ¡Dios! ¡Nadie te super-

protege! Finalmente cuando dejas de quejarte a una grabadora logras hablar con un ser humano que te dice que no sabe dónde remitirte para dar de baja el seguro en cuestión y que llames mañana porque no son horas. Cuelgas sintiéndote estúpido.

Te sientas al volante despreocupado y sales de viaje con tu coche nuevo. En casa, tu casa por la que te has hipotecado, quedan tus dos compañeros de piso que has cogido para paliar este gasto porque de otro modo con tu sueldo no llegas.

Conduces con la intención de irte a pasar el día a tu casa del pueblo, también asegurada, y poder disfrutar algunos días de ella.

¡Por fin un imprevisto! Ya estás preparado para usar la primera garantía que tienes disponible: te quedas tirado en mitad de la nada por culpa de una abrazadera que tu coche nuevo no trae para sujetar el manguito del turbo. Llamas a la asistencia, siendo consciente que quien te responderá está al otro lado del mundo trabajando por menos dinero y le pides que te ayude. Gracias a dios no tienes hijos, ni perros de caza, ni remolques con caballos, ni abuelas hemipléjicas que llevar en tu paseo porque resultan ser obstáculos para la asistencia en carretera. Te mandan una grúa para llevar el coche a un concesionario oficial que no conoces, te envían un taxi para llevarte a una casa de alquiler en un aeropuerto y al llegar a ella la señorita de la agencia se da cuenta que tu tarjeta de crédito no tiene suficiente dinero para bloquear como fianza en caso que regreses el coche sin combustible. Protestas, llamas quince mil veces, insistes y te envían un taxi para llevarte a tu destino. Como ya te has amargado pides al taxista que te traiga a casa de regreso porque las ganas de paseo ya las has perdido.

El taxi te deja en el portal casi al anochecer, derrotado. No sabes dónde se han llevado tu coche pero te da igual. Mañana llamarás y, después de unos minutos, la voz de la grabadora se tornará humana.

Al entrar a tu piso, que tanto te costó al hipotecarte, compruebas que en tu ausencia tus compañeros han organizado un after-hour dominguero con todos sus colegas de la facultad donde estudian y los vecinos han llamado a la policía para acabar la fiesta. No te da tiempo ni siquiera a tomarte una copa para pasar el mal trago, pero te tranquilizas fumando un cigarrillo que has encontrado en el lavabo del baño.

Cuando por fin se va el último de los extraños que invadía tu casa piensas en echar a tus compañeros, pero como ya es de noche lo dejas para el día siguiente. Hablas con una de ellos, con la chica y, educadamente sin perder los estribos, le dices que al día siguiente tendrán que limpiar todo.

Tu otro compañero de piso ha bajado a despedir a su novio, con el que se ha peleado al llegar la policía, pero sabes que regresará haciendo ruido porque se habrán reconciliado y se lo traerá de vuelta para tirárselo toda la noche en su cuarto con el consabido escándalo de gemidos que suelen hacer.

Minutos más tarde el chico regresa solo y, sin dirigirte la palabra, se va a su cuarto más ofendido de lo que estás tú.

Todo el mundo ya está en la cama. Mañana todo volverá a la normalidad.

A medianoche un silbido extraño te despierta y saltas al baño donde una cañería ha explotado y llamas al seguro de hogar, pero como es domingo, no vendrá nadie hasta el día siguiente para arreglar el desperfecto. Así que te toca cortar el agua. Tus compañeros te ayudan, pero de mala gana.

Te recuestas en el sofá del salón y no paras de escuchar a tu compañera de piso hablando por teléfono con su novio sobre lo hijo de puta que has sido al cortarles la fiesta. Y te pone verde y habla a

viva voz para que te enteres que es de ti que están hablando. Por fin decide colgar y logras conciliar el sueño.

Son las dos de la mañana. Tu compañero de piso ha abierto la puerta del piso a alguien y das por hecho que es su novio que pasará la noche en su cuarto. Tienes tanto sueño que te da igual. Te levantas del sofá y te vas a tu cuarto.

A las tres de la mañana alguien toca el timbre de casa insistentemente como si fuera el fin del mundo. Abres la puerta de tu habitación y tu compañero de piso habla por el telefonillo con alguien que resulta ser su novio ¿entonces con quién está en su cuarto? Pues será otro.

Le escuchas hablar en susurros y vuelves a la cama pero cinco minutos después alguien está pegando patadas a la puerta mientras que en la calle alguien le da al timbre como si fuera una bandurria.

Sales al pasillo. Ya están todos despiertos. Tu compañera de piso semidormida te pregunta quién está golpeando como si fuera tuya la culpa. Tu compañero de piso se deshace en disculpas porque es su novio, con el que lo ha dejado esa noche, y por eso ha llamado a otro noviete de repuesto. Lo único que te incomoda es que ahora hay alguien en la calle que viene a meterle una paliza a quien se cruce en su camino. Amenazas con llamar a la policía. Tu compañero de piso sale a la calle y se queda allí muerto de frío intentando convencer a su novio cornudo que se vaya a casa y que lo suyo se ha terminado (sin resultado, obviamente)

El chico vuelve a casa dando un portazo y aprovecha para sacar de su cama al novio de repuesto y lo larga a la calle sin importarle que se encuentre con el que le daba de porrazos a la puerta. Veinte minutos más tarde se escuchan voces y gritos en la calle, pero luego se hace un silencio sospechoso. El teléfono móvil

de tu compañero de piso no para de sonar y éste termina hablando a gritos con no sabes quién.

¡Tienes tanto sueño! Rezas porque los romeos que se pelean en la calle terminen de disputarse a la maricona rompe-corazones y se abra de una vez la puerta del piso para que entre el triunfador con un ojo en tinta y se vayan todos de una vez a la mierda, o a dormir, pero no.

La maricona rompe-corazones sale a la calle a calmar los ánimos y vuelve a entrar solo, esta vez llamando a tu puerta para contarte que en la puerta de la calle ha tropezado con una mochila y unas cajas extrañas. Tu compañera de piso se despierta y llama a su novio para contarle todo lo que está pasando a todo volumen para cerciorarse que, de ese modo, que sacará de la cama como si te hubiera dado una patada en el culo. No te queda más remedio que abrir la puerta.

Llega el novio de la chica a casa. Son las cuatro de la mañana, él también ha visto las cajas y la mochila con un equipo de dvd dentro y, como él está estudiando para policía nacional, decide sin consultarle a nadie que eso es una bomba artesanal que ha dejado el novio cornudo de tu compañero de piso... Y la paranoia en el ambiente se puede cortar con un cuchillo.

Te preguntas cómo un reproductor de dvd puede servir para detonar una bomba, pero te auto convences que eso no está pasándote a ti.

Por consejo del estudiante de policía decides llamar a los maderos que te piden todos tus datos, desde tu nombre hasta la talla de calzoncillos que usas y, al sonido de la palabra “bomba” que acabas de decir, escuchas al otro lado de la línea el sonido de hojas de papel frotándose simulando profesionalismo (o que alguien se

acaba de limpiar los mocos con un expediente). Ese sonido te tranquiliza.

Llamas a tu seguro de super protección decidido a poner a alguien como beneficiario para cobrar una fortuna por la vida que estás pronto a perder por culpa de una bomba artesanal activada por un equipo de dvd. Hablas con una mujer semidormida que te toma los datos y te dice que ya te llamarán al día siguiente aunque para cuando eso sea quizá ya hayas volado por los aires: tú y los muebles del Ikea con los que adornaste tu piso de hipoteca de por vida.

Pasa media hora. Nadie viene a verificar si eso es una bomba o es un reproductor de dvd metido en una mochila entre unas cajas inservibles. Eso es lo que has sospechado desde el principio, pero como la paranoia se puede palpar, nadie tiene tiempo de escucharte.

Bajas decidido a la calle a ver si algún policía se digna a venir, pero nada. Sólo encuentras al novio cornudo en la esquina haciendo guardia muerto de frío y le das veinte euros para que se coja un taxi y deje de hacer el ridículo. Del novio de repuesto no hay rastro. Al volver al portal hay un par de chicos jalándose un par de líneas sobre los cubos de basura y decidido te vas hacia ellos y les pateas los cubos. Se quedan boquiabiertos y huyes antes que reaccionen dentro del portal. A tu espalda los chicos aquellos te gritan que te van a partir la cara y te das cuenta que unos de ellos es *Taurinho*, el dueño de tu bar favorito del barrio. Ya le pedirás disculpas por no haberle reconocido.

Al llegar al piso vuelven a tocar al telefonillo de manera insistente. Es *Taurinho*, tu amigo dueño del bar, que está como un enajenado porque le has jodido su último tiro. Vuelves a llamar a la policía y tu compañera de piso reza por que venga algún policía guapísimo de ojos azules a detener todo ese escándalo para

ligárselo. Tu compañero de piso reza por lo mismo. El estudiante de policía manosea tus vinilos de los Rolling Stones del salón.

Son casi las seis de la mañana. La policía no ha venido y te vas a la cama esperando que, por una vez en la vida, la inútil fuerza de seguridad del Estado no haga su trabajo y que lo que está en el portal sea una bomba de las de verdad que explote en mil pedazos el edificio completo, a tus compañeros de piso con sus ordenatas petados de sesiones de DJ Tiesto y al novio-estudiante de policía. Rezas también que la onda expansiva alcance al novio cornudo que va en el taxi; que explote *Taurinho* y sus gramos de coca, los cubos de basura, tus vecinos quejumbrosos y toda tu puñetera vida relamida apegado a un sinnúmero de seguros de vida y salud que no te garantizan ni la tranquilidad ni la seguridad que todo el mundo parece tener, menos tú.

Amanece. Es lunes. Tus compañeros de piso se han quedado dormidos y no van a clases. La casa apesta a alcohol, cigarrillos y hay alguien durmiendo en tu sofá favorito: es el novio de repuesto que no sabes en qué momento entró a casa. Eso significa que has logrado dormir al menos dos horas.

Vuelves a dar el agua. El baño se inunda pero tú has logrado ducharte con cuidado de no cortarte las plantas de los pies con los cristales de una botella de whisky.

Desayunas haciendo un hueco entre toda la mierda de cajas de pizzas que hay en la mesa de la cocina y sales contento a la calle. No sabes por qué estás tan eufórico. Tienes tu casa invadida por dos irresponsables que tendrás que aguantar no sabes por cuánto más, no sabes dónde está tu coche, tu tarjeta de crédito está al mínimo y hueles a tabaco. Haces parar un taxi que te lleve al trabajo y, al bajarte en Gran Vía con Callao, el sol de la mañana te da en toda la cara. Te pones tus gafas de sol para disimular un poco tus ojeras. Antes de meterte a la oficina te beberás un café



para despertar, pero mientras haces la fila de Starbucks se acerca a ti una indigente con un carrito de la compra y, sin mediar palabra, te da en la cabeza con un libraco y se marcha como si nada hubiera pasado protestando porque la gente no ve el mundo con sus propios ojos. Te quitas las gafas de sol (que al parecer es eso lo que le ha molestado a la indigente) y la resaca gratuita se eleva más y más. El golpe te ha despertado completamente. Ya no es necesario café ni nada. Sales a la calle en búsqueda de esa extraña mujer, pero ya no está. Tienes la sensación que algo ha sucedido, algo mágico. Miras al sol de la mañana en lo alto. Coges el móvil y llamas a tus compañeros de piso hasta que te responden semidormidos y les dices saboreando cada palabra como si deslizaras la lengua por el filo de una cuchilla de afeitar:

*“¡Fuera de mi casa ya, hijos de la gran puta!”*

Tiras tus gafas de sol, el sol brilla más que te duelen los ojos. Has tomado la primera gran decisión de todas las restantes que tomarás ese gran día y los restantes que tengan que venir. Eres parte activa de este mundo loco. Ese día te despedirán por haber llegado tarde. Al día siguiente harás la fila del paro con una sonrisa en el rostro por haber sido tan imbécil de hacer tu vida según lo que todos los demás hicieron con la suya. Te endeudaste hasta la cacha, te compraste un coche que no necesitabas, te hipotecaste y metiste en casa a dos desconocidos para poder pagar la deuda con tu banco y para qué...

Mañana será otro día, pero será distinto. Eso fijo.



*Es la noche desamparo, de las sierras hasta el mar.  
Pero yo, la que te mece,  
¡yo no tengo soledad!*

*- Gabriela Mistral -*

### *La matoca*

**H**ay cosas que mi madre no me contó jamás.

Aunque siempre le pregunté de todo como cualquier niño curioso, ella siempre contuvo mi curiosidad porque estaba muy ocupada buscando la manera de sacar a la familia adelante. Como sólo me divertía en mis fantasías y divagaciones, ella estaba tranquila. Cuando no estaba con Don Luis, estaba sentado en el banco de la calle viendo pasar a la gente calle arriba inventándome sus vidas.

Estaba la Juanita, una niña que era vecina nuestra que intentó enseñarme a hacer el pino pero casi me parto la cara. Estaban los críos del barrio con los que hacíamos competencias en el pasaje y ver quien corría más rápido. Estaba la señora Diana y la Guayita que me regalaban dulces si les cantaba algo. Lita, que era una chica morena, que era novia de muchos chicos del barrio. El extraño matrimonio con dos hijos que vivía en la esquina calle arriba y que, con el tiempo se separó, quedándose el esposo en casa solo con el hijo mayor y la hija yéndose a vivir con la madre que estaba algo chalada. El hombre éste trabajaba día y noche y, las únicas ocasiones que le veía, era cuando salía con el niño por la mañana a trabajar todo el día y cuando regresaban juntos muy entrada la noche (el niño nunca fue a la escuela y apenas era capaz de comunicarse como un niño normal). Cuando pasaba fuera de su casa, algún fin de semana, veía a través del cierre al niño jugar con su perro y era como ver a dos animalitos divertirse. El padre nunca le perdía de vista hasta que llegaba la hora de cenar y se encerraban en casa hasta el otro día. Cuando miraba a sus rostros siempre sentía mucho frío.

Esas son las personas más curiosas de las que puedo hablar ahora.

Aunque también estaba La matoca; una anciana, que vestía una falda verde enorme, un chal y sobre los vestidos un delantal de cocinar. Cuando caminaba lo hacía apoyándose en un bastón de madera y cuando pasaba por la calle todos los niños corríamos a escondernos dentro de las casas. Era increíble, la calle se vaciaba rápidamente, incluso los adultos le temían y nunca supe por qué. Quizá era su locura la que espantaba a todos: los adultos temían que les insultase sin razón y los niños que terminaran dentro de su gran olla donde cocinaba a los desobedientes que no se comían la comida.

La matoca era una mujer de piel morena, aunque me costó darme cuenta de ello porque siempre parecía sucia, que se cubría la cabeza con un pañuelo de flores; estaba muy arrugadita y tenía un solo diente que le sobresalía por los labios. Estaba todo el día rumiando y al subir la calle lo hacía apoyando una mano en el bastón y la otra en los riñones.

Su casa estaba a tres calles más abajo de la mía y se ubicaba junto al centro deportivo de la barriada. Así que cada vez que había partido de fútbol y la pelota caía a su patio (calle abajo) todos la daban por perdida. Algunos niños se aventuraban sobre las gradas y la veían salir de su casa hacia su patio y de ella aprendieron las mejores palabrotas que nunca pensaron aprender. Las que más usaba eran: *hijoputas*, *cuececaldos*, *guachos* y *comemierdas*. Con las risas de los niños se encabritaba aún más y no fueron pocas las veces que las emprendió a piedrazos creándole la fama de la loca de la falda verde.

Siempre fue una pesadilla tratar con ella.

Un día vino a comprar al almacén y no hubo dios que pudiera entender qué quería comprar así que se dio la vuelta y se fue sin nada. Yo salí de mi escondite y le vi irse. Su caminar era lento y apesadumbrado. Quizá tenía hambre y dentro de su locura sabía que necesitaba comer pero era incapaz de ir con el tiempo y éste terminó llevándose su cabeza como un tornado que se lleva los papeles a volar.

Ella bajó la calle y la seguí hasta llegar al cierre de su casa, calle abajo, apoyándome en las calaminas que servían de reja. La matoca entró en su casa, salió al patio y me vio ahí arriba. Caminó hacia el único árbol de su jardín, y el más alto del barrio, y apoyó la frente en él balbuceando algunas palabras que no entendí. Le hablaba a su árbol.

A través de la puerta del patio que se dejó abierta, pude ver el interior de su casa. Estaba llena de basura, en algunas partes casi hasta el techo. Tenía una silla de madera, una cocina donde cocinaba a leña y un catre desnudo. Me hizo una seña para que bajara por la calle y me acercara. Fui a golpearle la puerta y ella abrió con una bolsa en la mano y unas monedas. Entendí que quería comer así que me fui corriendo a casa y cogí cosas del almacén que yo pensaba podía querer comer: pan, té, azúcar, dulces, unas patatas y una botella de bilz. Cuando llegué a entregárselo le regresé el dinero porque mi madre no lo quería.

Los meses siguientes siempre que me veía subir me llamaba y me entregaba la bolsa para que le trajera de comer lo que a mí me viniera en gana.

Y así, cada vez que subía la calle insultando a todo el mundo se paraba en la puerta de casa y se quedaba mirándome sin hablar. Luego seguía caminando calle arriba hablando sola.

Un día, a la salida del colegio, le compré los dulces que sabía que le gustaban porque no se le pegaban en el único diente que le quedaba y salí corriendo a su casa. Al llegar a su esquina encontré una ambulancia en la puerta de su casa con unos hombres de blanco que la sacaban en una camilla. Uno de ellos me dijo que había tenido un ataque en el patio y que los niños de la cancha de fútbol la habían visto a través del cierre y les habían llamado. Esperé a que se fueran y me colé en su casa a través de las calaminas. Empujé la puerta del patio y entré. Tuve que abrirme paso entre montañas de cartones, cajas vacías, plantas secas, ropa sucia de todas las tallas, cacharros y un montón de bolsas de basura llenas de fotos y hojas escritas a máquina con letritas negras y rojas.

Yo, a esa edad, llevaba poco en el colegio pero podía entender que esos eran poemas como los de Gabriela Mistral que

nos enseñaban en clases. La matoca escribía o escribió en alguna época remota. En una esquina tenía cajas llenas de libros viejos y revistas del Reader's Digest de las que sólo aprecié las ilustraciones. Salí a la calle y me fui a casa antes que me echaran de menos, pero estuve semanas colándome en la casa para practicar la lectura con lo que ella escribió y con las revistas. Lo único malo era la peste que allí había, pero era una peste soportable porque olía a papel mojado, a encierro y a años de poesía que a nadie molestaba. De vez en cuando salía al patio y regaba su árbol para que no se secase con la esperanza que ella volviera y, si así lo hacía, que viera que había dejado todo como estaba pero había cuidado su árbol.

Pero ella no volvió jamás.

Un día sábado que me había levantado temprano me fui feliz a su casa para seguir leyendo pero la casa estaba abierta y unos operarios estaban talando el árbol, que cayó sobre el tejado de la casa, haciéndola añicos. Los días siguientes un corrillo de niños, entre los que me contaba, asistimos al espectáculo de la destrucción del hogar de la matoca y de la salida y entrada de extraños con bolsas de basura hacia el camión municipal. Algunos adultos comentaban que por fin se acabaría la plaga de ratas y cucarachas. Para mí, era como ver el incendio de una gran biblioteca de Babilonia.

Me arrepentí de no haber salvado sus libros y poemas pensando en que ella podría volver y, ahora los iban a destruir como basura. Los adultos no se detienen a pensar en las obras de arte que puede transmitir las manos de una anciana sola y abandonada, pero que no por eso deja de expresarse a través de cuatro palabras. El arte era invisible a todos los que presenciaban esa destrucción; mas sin embargo, para mí cada bolsa brillaba con toda la luz que despiden los libros viejos y que huelen a humedad.

La matoca era una artista que se había llevado el tiempo y cada vez que subía la calle insultando a la gente no lo hacía porque sí. Insultaba la ignorancia de la gente, insultaba la comodidad de sus vidas, el estar día y noche quejándose de sus vidas aburridas, complacientes dejándose llevar por vidas que no querían vivir. Insultaba a los niños porque sabía que vivirían las vidas que sus padres les transmitían. Insultaba a los jóvenes que se transformaban en padres prematuramente terminando infelices. Insultaba al mundo entero por ser una incomprendida.

Y la matoca murió de hambre entre sus cuatro paredes. Murió de hambre de cultura, hambre de música y de felicidad.

Pero no se fue de este mundo completamente ignorada: Yo me acordaba de ella cada día y dibujaba cosas, escribía cuentos sin pies ni cabeza pero que a mí me gustaban y así se me iba la cabeza a todas partes. Por ella empecé a escribir y no desistí en mi idea. Escribir por escribir. Hacerlo por placer y, si no fuera por los ordenadores hoy en día, mi casa estaría llena de cuadernos, libros y cajas llenas de papeles como estaba la casa de la matoca.

Hay cosas que mi madre no me contó jamás, como por ejemplo que se podía tener cariño a alguien repulsivo y que se le podía extrañar y jamás olvidar, como a esa vieja coja que escribía poemas en una casa llena de basura.

Y yo, de vez en cuando, también le hablo a los árboles.



*¿Realidad o ficción?*

*Un* coche descapotable, una chica y un chico de camino a la costa del sol a ciento veinte por hora.... Intento escribir pero no me concentro porque quizá ya se me han secado las ideas y no sé dónde agarrarme.

Un coche descapotable, cigarrillos, Guarromán, olivos, un reproductor de música comprimida, una botella de vino rosado semi cálida por el sol. ¡Auxilio! ¡Más campos de olivos que no se acaban nunca!

- ¡Cuando lleguemos al chiringuito ni se te ocurra pedir aceitunas! ¡La madre que te parió, debimos venir en avión! – protestaría una chica rubia sentada en el asiento del copiloto.

Ella envuelta en un vestido blanco corto estampado de flores y descalza, al cuello miles de colgantes y unas gafas oscuras para el sol andaluz. Levanta los brazos al viento de la autovía y se despereza coqueta. ¡Libre de Madrid!

El chico – vamos a suponer que es un chico moreno – es algo desgarbado, de barba de un huevo de días, un cigarrillo en la boca que no le deja respirar mientras conduce y la mirada vidriosa de algún peta.

- Me estoy meando, Britny, voy a parar.

Yo también voy a parar. Estoy en la biblioteca de Arganzuela en Madrid y tengo frente a mí a una chica que no para de gesticular con las manos y el rostro intentando memorizar no sé qué cosa del código penal español. Va en el tema 15 de ochocientos. Seguro está preparando una oposición (el deporte favorito que se practica por aquí para sacarte los cuartos con la promesa de un trabajo como funcionario de por vida) ¡De por vida! ¿Os lo podéis imaginar? ¡La vida entera tocándote los huevos!

Mis personajes van en un coche hacia el sur. He empezado mal; he supuesto que la chica es un bombón sexy que viaja a la sombra de su chico más preocupado en llegar y por eso ni siquiera se detiene a mear tranquilo. Odian las aceitunas. ¿Porqué no cambiar la idea y suponer que el bombón sexy es el chico y la chica la dura de este cuento? Quizá mejore.

Un coche descapotable, cigarrillos de liar, olivos, campos y campos de olivos sin fin, un reproductor de cedés con un disco metido dentro de verdiales de los montes ¡No, eso me pone de los nervios! Diremos mejor algo de A-ha (no sé qué es peor)

Suena “*The blood that moves the body*” y la rubia sube el volumen porque el coche es de ella y ahora el bomboncito es el chico. Él viste pantaloncitos cortos y rotos, piernas peludas, un par de colgantes que usan los chulos de playa que están de moda; se quita la camiseta provocativamente y la lanza al asiento trasero (probablemente se haya ido al carajo), pero un cambio es un cambio. Una petaca de whisky, de la que él bebe dejando escapar unas gotitas que le humedecen el pecho, es lo mejor y lo que pega ahora.

- ¡Cuando lleguemos al chiringuito te voy a comer esas tetillas que lo vas a flipar, chaval! – dice nuestra chica, que se ha soltado un poco más.

¿A que mola ser la chica que conduce?

- ¡Quieres mirar para adelante que nos vamos a estampar! – protesta el chico - ¡Y cuidao’ con la puta caja de cambios!

El chico, por mucho que intentemos ponerle en el lugar de la chica sexy, será siempre un chico y las cajas de cambios son importantísimas para nosotros los tíos.

- ¡El puto coche es mío! – grita la chica dando una calada nerviosa a un cigarrillo - ¡Y si me da la gana haré un guiso con el puto embrague de los cojones!

Vale, vale, tampoco te pongas así, rubita. También es verdad lo que ella dice. ¿Me está quedando algo sexista la cosa, no?. ¡Es que es inevitable! Apenas he descrito cosas básicas y escribo lo que se me viene a la cabeza. No es fácil ¿eh? Venirse a una biblioteca y escribir, escribir, escribir sin corregir nada de nada (bueno, tampoco es tan cierto, algo he corregido)

¡Oh Dios! Suena ahora en mis cascos la canción equivocada: *Never never gonna give you up* de Barry White ¡Cómo pude

descargarme esto! Lisa Stanfield... fue por ella. Esta canción no pega nada: una chica rubia conduce su coche descapotable entre un bosque de olivos hacia la playa, le acompaña su novio que actúa como si llevara un calentón que te mueres pero en la autovía no se puede parar para dejar que su chica le arranque el pantaloncillo aunque tenga que viajar el resto del camino en bolas ¡Un área de servicio por favor!

La chica que estaba frente a mí se ha largado a fumar un cigarrillo, supongo. Oteo sus hojas: *“Ejecución de sentencias”*. Le espera un futuro brillante como jueza, abogada o leguleya de esas. Ayer estaban de paro los jueces en Madrid y se supone que no deberían *¡Donde vamos a llegar!*, diría mi abuela. ¿Qué será lo siguiente? ¿Huelga de funcionarios públicos? ¿Tendrán cara y todo?

Necesito una cerveza aunque la garganta me está matando. Olvidé los cigarrillos en casa, me muero por uno de ellos.

Y yo me quejaba de Barry White... Ahora suena Britney Spear... *“Soy tu esclava, soy tu esclava”*. Venga vamos a poner al chico a mover el culo todo lo que pueda antes que les pare la policía (también podemos prescindir de ellos, era sólo una idea, no os pongáis así)

- ¡Muévete, cacho guarroooo! – dice entre chillidos la rubia pellizcando un buen trozo de ese pastel.

La imagen no me termina de entrar. Yo creo que al chico no le gusta eso de sobarse provocadoramente el garrote en el coche mientras su chica conduce. Yo creo que desconfía de la destreza de ella al volante. Sigo viendo la historia algo sexista. ¿El sexo vende?

Para equiparar las cosas diremos, para dar un giro, que la chica lleva un piercing (pirsin) en la teta derecha que se saca por

sobre el vestido e intenta alcanzar el pezón con la lengua... ¡Se acabó la canción!

La tía ésta de las Oposiciones ha regresado. No huele a tabacazo, cosa que agradezco. Si supiera ella (y todos) las perrerías que se pueden escribir mientras otros preparan su futuro.

El chico se descalza. Huele el aire abriendo muy bien las fosas nasales y luego se huele el sobaco derecho. Ya casi no hay rastro de olivos y cree sentir el picor de la sal entre los dedos de los pies.

¡Wow! ¡Cómo me gusta Cracker! Mi canción favorita suena en el media player: *“A million miles, a million miles; be with you, girl, like be low, hey hey hey! like be stone...”*

- Cambia la música, tío – dice ella – me estás matando.

¿Me lo ha dicho a mí o a su chico?

El chico obedece protestando y pone otro disco sin saber que ella ha traído su propia selección. “Y que solo tu amor ilumine mi vida, Wooo, wooa, solamente tu amor, solamente tu cariño, wooo woooaa...”

- ¿Esta mierda qué es? – pregunta él ofendido.

- Chayanne, y cómo se te ocurra cambiarla paro y sigues a pie. ¡Coño, me estoy meando, Seryi, voy a parar!

Vamos a adelantar la cosa. La chica ya ha meado en un área de servicio, ha comprado dos cafés con hielo, se ha vuelto a montar en el coche y ha puesto la canción que le ha dado la gana.

*“I wanna reach for the stars!... Bailamooooos! Te quiero amor mío...”*

- ¡Esto que mierda es! – protestaría otra vez el chico.

La chica de las oposiciones da un trago a una botella de agua y se ha metido en los oídos un par de tapones. Yo creo que le estoy jodiendo el estudio; pero ella me está jodiendo con las caras que me pone cuando memoriza en voz baja. Quito a Enrique Iglesias, por muy latina y calentorra que sea la canción, si no estoy absolutamente borracho soy incapaz de tragármela entera (Ojo, sé muy bien que me acaba de salir una perlita de esas que más vale no soltar en público: “*Si no estoy absolutamente, borracho soy incapaz de tragármela entera*”)

¡Oh Dios! “*Father figure*” de George Michael ¡Jamás perdí la fe en mi personaje femenino! La escucho en mis cascos y digamos que ella también la ha programado en el coche. ¡Coros gospel, sexo, el aroma del mar, chicos desnudos de la cintura para arriba montados en motocicletas pasándote por delante en la autovía! La canción más jodidamente sexy y perfecta para entrar a Málaga desde el norte. Y que me crucifiquen los puristas que no hay ná’ mejó que los verdiales y la madre que parió al flamenco, pero esta vez prescindiremos del folclore.

*“Just hold on, hold on, and won’t let you go, my baby... I will be your father, I’ll be your daddy... till the end of time”*

Nuestros personajes cogen la rotonda que les llevará al Hospital de Carlos Haya y tiraran por la avenida del mismo nombre hacia la BP de la chapa donde el GPS les dirá que deben ir a la derecha en la rotonda trecientos metros más adelante hasta el puente de la Avenida de las Américas.

Recuerdo cuando vivía por allí ¡Nunca terminé de salir de mi asombro! En cada calle de mi barrio, Nueva Málaga, había un tío al cual me tiraba. ¿Realidad o ficción?

Debo parar un momento, voy a tomar aire. La chica de las oposiciones no sé si estudia derecho o papiroflexia. Lleva diez minutos doblando papelillos con textos en miniatura.

He vuelto, me ha llegado un *mensaka*, como diría mi ex compañero de piso bakala, un mensaje de alguien que no conozco. Pone:

*“Necesito una camiseta para la noche, cacho cabrón, no pensarás que andaré toda la puta historia con un pantaloncillo pa’ que todo dios me vea el culo”*

¡Qué impacientes!

La rubia y el chulo ése se han parado en el Centro comercial Eroski, han aparcado donde han podido y se han metido al Zara a comprar una camiseta para él y un sombrero guapísimo para ella. Han pagado con la tarjeta de crédito ¡Tienen un montón de pasta y son asquerosamente felices porque están de vacaciones, son jóvenes, tienen un coche y están en la ciudad más marchosa de España!...

¿Así está mejor? ¿Me queréis joder? ¡Os vais a enterar! ...

Al salir se han encontrado el cristal del coche cubierto de multas por haber aparcado en doble fila.

- ¡Me cago en la mar...! – protesta el chico.

- ¡Te dije que no le enviaras el mensaje, que ya se le ocurriría que necesitabas una camiseta! – recrimina la chica.

Me encanta mi personaje femenino: Britny. El chico, Seryi, no tanto.

Ahora vamos a escuchar la que a mí me gusta: *“La revolución sexual”* de la casa azul.

Los chicos retoman la marcha y cogen en dirección al puerto. Seryi coge las multas y las suelta al aire para que se las lleve el viento. Después de todo esto es sólo un cuento y, si no lo fuera, se podrían recurrir. Aparte reconozco que ellos podrían haber tomado por la autovía hacia Benalmádena o Fuengirola pero había que mostrar Malaguita y algo del Paseo de Huelin ¿no?

Por Santa Paula tenía yo un amigo colombiano negro como un tizón que estaba bastante confundido con la vida e insistía que yo lo estaba más (probablemente tuviera razón). Decía tener 24 años, pero tenía 10 más. Su casa siempre estaba llena de gente rara, promiscua, drogata. Era un chaperero con buen corazón pero que tenía la mala suerte de rodearse de gente loca y remaba inútilmente contra la corriente. Lo último que supe de él es que abrió un restorán en la ciudad con todo lo que le pagaban. Era capaz de cobrar a un tío ochocientos euros por un par de horas de sexo, pero vivía intranquilo. Estaba todo el día pendiente si sonaba su móvil, no podía ni siquiera ir al cine o a cenar sin pensar que alguien le iba a reconocer. Cuando conocía a un chico siempre salía a colación su “trabajo” y nadie lo entendía. Le costó mucho sufrimiento conseguir que alguien le quisiera por lo que valía, y al final lo logró abandonando toda esa vida de drogas y sexo por dinero. Con él recorrí las discotecas de la costa del sol, las saunas buscando clientes, los recovecos más oscuros del alma humana, las casas de citas de Torremolinos y algún que otro chalet de algún famoso que no viene a cuenta nombrar. Él me enseñó que todos tenemos un precio y que podemos recibir dinero a cambio de algo; de sexo, trabajo, horas de nuestra vida. Por el contrario, yo le enseñé a que cada persona es un ser humano con el cual intercambiar algo y que no es necesario ser tan bestia para conseguir clientes ¡también hay sitio para la elegancia y la seducción! Muchas cosas que sé me las enseñó él, desafortunadamente de muchas jamás podré olvidarme. ¿Realidad o ficción?

¿A qué venía eso? ¡Sigamos con Britny y Seryi!



*“He despertado esta mañana y me he comprado una pistola...”*  
Alabama 3, exquisito de camino a la playa. La brisa, los chicos semidesnudos, el aroma del pescaíto, la frescura de una cerveza, el calor de una pistola, sombrillas por doquier, un chico en vaqueros entre las dunas vendiendo su cuerpo, un pirsin en la teta derecha de la rubia más guapa de la costa, la arena en los dedos de los pies, la barba que me mata, la boca apestando a tabaco, la playa nudista de Guadalmar, los tíos que hacen aquaplaning, las andaluzas poniéndose cremita bronceadora una a otra. ¡Porqué tengo que escribir del sitio donde quiero estar!

Historias patéticas al arrullo de las olas. Sólo una vez sentí mucho, pero mucho miedo y fue en mi ciudad con nombre de trabalenguas. Yo era tan feo (lo era más por dentro) que hubiera hecho cualquier cosa porque alguien me deseara. Y lo hice, dios sabe que lo hice. Llamé a un aviso del periódico de un chico que se prostituía sólo con mujeres de dinero y con eso pagaba la carrera de Medicina. Era un chico bastante normalito pero con una seguridad en sí mismo que habría sido capaz de venderle el Corán a Bush. Nos hicimos amigos. Me engañaba a mí mismo pensando que hacía esto como un experimento antropológico, pero moría de ganas porque alguien dijera que me deseaba y que estaba dispuesto a pagar por mí - cuando vas a una entrevista de trabajo debes mostrarte profesionalmente deseable para que paguen mensualmente por ti ¿Qué diferencia hay ahora? ¿A que ya no ves ninguna?

Este chico, una noche, me convenció de acompañarle a visitar a un cliente, un tío de unos cuarenta y cinco años, que decía que le daba miedo. Cuando íbamos de camino puso el altavoz de su móvil y le llamó para que yo escuchase su voz. Su voz era muy ronca y gutural, como si estuviese acostumbrado a beber whisky. Cuando llegamos a su piso le esperamos sentados en un sofá de una habitación que sólo adornaba con un escritorio y un ordenador. Él

apareció vestido de traje negro y se disculpó porque había venido una chica a verle.

- Mi casa es así – decía una y otra vez – siempre hay alguien que viene para obtener algo de mí.

Nos contó que había estado con gente muy importante, con una posición social y política muy delicada y que, si algún día se sentía amenazado, lo soltaría todo y rodarían cabezas.

- He estado con hombres y mujeres, parejas, matrimonios, unos frente a otros, nunca me escondí. Me prometieron un gran futuro a cambio de mi silencio y aquí estoy, en mi departamento propio, esperando que se cumplan las promesas, como un perro acechando.

Todo esto con una voz desgarradoramente profunda. Afuera en la calle los perros ladraban, era de noche, y ese tío nos mostraba la pantalla de su ordenador con un diseño de una casa que viene por defecto en el Autocad para que viéramos lo buen arquitecto que era (sinceramente dudo que haya sabido encender el ordenador). Él se asomó por la ventana y ordenó callar a los perros porque tenía visitas: “dos chicos que se iba a desayunar” – palabras textuales. Le pedí una copa de lo que tuviera y él salió hacia la cocina. Cogí al estudiante de medicina, que estaba paralizado ante ese personaje tan triste, y salí del piso dando un portazo. ¿Realidad o ficción?

- ¡A la mierda esta playa, hay más tíos que tías en pelota! – grita Seryi.

- Lo que es yo me estoy hinchando de ver tíos buenos – dice Britny.

- ¡Pero si son tos' maricone'! – protesta Seryi.

- ¡Por eso, porque están más buenos y en la vida me tocarían una teta!

Un chico que está junto a ellos sentado en una toalla de quinientos metros cuadrados (he exagerado), se acerca a la rubia y le coge la teta derecha con el pirsin y la manosea impunemente. La chica sonrío complacida. Seryi le mira con cara de *“te voa’ arrancá un ojo de una hostia, joputa”*

- Tranqui, aquí somo’ tos’ maricas – dice el chico riendo.

Seryi se pone nervioso. Ya no le hace ni puta gracia que alguien desde alguna parte le escriba la historia de un paseo a la playa y ponga más cosas para que su novia se lo pase bien ¡Y qué pasa con él! Se levanta de un salto y se quita el bañador quedándose en bolas y se va al mar a zambullirse. Creo que lo ha hecho por sí mismo porque a mí en la vida se me hubiera ocurrido describir una acción tan simple. Yo creo que tienen voluntad propia.

La rubia se enciende un cigarrillo y se cala los audífonos para escuchar una banda chilena con una versión de Soda Stereo. Le encanta como el vocalista arrastra la voz, como suena la batería, la guitarra afilada y el coro de chicos que de fondo gritan *¡Hey, hey, hey!* ¡Dios! Un grupo de hombres gruñendo de placer mientras cantan una canción de esas calentorras ¿puede haber algo mejor para ella?

*“Estamos solos en la selva, nadie puede venir a rescatarnos, estoy muriéndome de sed y es tu propia piel la que me hace sentir este infierno... te llevaré hasta el extremo...”*

El chico de la toalla de al lado le regala un libro y ella lo hojea sin prestar mucha atención recostada sobre su toalla. *“En mi habitación”* de Guillaume Dustan. Habla de drogas y sexo sin control por todo París en una frenética carrera por quien se contagia el VIH antes.

Yo creo que me he pasado con Seryi y le he dado poco juego en esta historia ¡Ni siquiera le he dado algo que disfrutar! Bien, diremos que al salir del agua se ha visto rodeado de chicas desnudas nadando junto a él y se ha creído transportado al cielo nudista. Ya está. Los chicos somos más simples.

El móvil de Britny vibra sacándola de su casi sueño profundo.

- ¡Amparico! ¡Dónde estás morena!

- En Benicassim – le responden – estoy con unos colegas. Mañana empieza el Fiberfib ¿Os venís?

- Vale, guay, esta noche tiramos para allá. Antes tenemos que despistar a un pesado que nos viene siguiendo desde Madrid y tiramos.

- Vale, guapísima, aquí nos vemos.

¡Hostias! ¡Quieren largarse a Benicassim y yo devaneándome el coco con que se pasan unos días guapos en Malaguita! ¡Malagradecidos!

Seryi sale del agua como tele transportado por las ninfas andaluzas que le hablan como si fuera un famoso jugador de fútbol.

- Me ha llamado Amparico – dice Britny - cuando hayas terminado con las guarras ésas te comento el plan que tiene en Benicassim.

- ¡Que tiremos a Valencia! ¡Pero si acabamos de llegar! – dice Seryi.

La rubia coge su móvil decidida y llama a su amiga confirmándole que contra viento y marea mañana se plantan con todos sus huevos en el concierto ése.

- ¿Y qué vamos a hacer pa' despistar al pesao' ese? – pregunta Seryi, que al final va a ser el único que se acuerde de mí.

- ¿A ti alguien te ha preguntado qué quieres hacer con tu vida? – pregunta la rubia.

- A mí no

- Pos a mi tampoco.

Britny escribe un mensaka de esos y lo manda no sé dónde.

Ha vibrado mi móvil, un momento que salgo de la biblioteca de Palos de la frontera para leerlo... ¡La madre que les parió! ¡Menudos cabrones, se marchan y me dejan sin historia!

Cito textual:

*“Chaval... por + k escribas lo k t venga n gana, nosotros hemos kdao n Benicassim ¡K t den por saco!”*



### *La madrileña*

Tacones nuevos de aguja negra, un buen peinado a estrenar, falda de piel de jaguar ajustadísima, blusa blanca prieta que amenaza con estallar con el candombe, labial rojo por las calles como un farol, perfume dulzón, medias de rejilla, un carterón y la esperanza de que esa noche la coronas con un acompañante que te encienda los cigarrillos y te abrigue entre sus brazos.

Por las calles, que recorre el taxi, van cayendo desde la ventanilla del conductor una a una las notas de una cumbia bella que deja un rastro que seguirán los hombres de la ciudad. Sueñas con las escalinatas doradas que llevan a *La Madrileña* y con ver el

revuelo que vas a formar al bajar del taxi al mostrar tus piernas contorneadas, un poco rellenitas, pero succulentas.

Ya se detiene el taxi. El chofer te sonríe ofreciendo estar por ti a las seis de la mañana.

- A las cuatro, querido – dices - porque a las seis sólo las fursias andan por la calle.

Te bajas como una diosa que sabe que esa noche sus ojos verdes encandilar n a los transeúntes que se detendrán a verlos de cerca para convencerse de que la belleza existe y vive en tu piel morena.

 Divina!. Te guardas el tabaco en el carterón. Siempre hay un gal n que te coge de la mano y te ayuda a bajar como una gran dama que eres. Junto a la disquería, a estas horas cerrada, te esperan esas escaleras hacia el salón de bailes y escupes el chicle en la calle porque eres una diosa de carne y hueso. Hoy te has hecho un peinado espectacular y te has dado algunas mechas rubias que resaltan más el verdor de tus ojos. Subes pausadamente y das un beso cómplice al guardia de seguridad porque ya eres de la casa y le aceptas un cigarrillo encendido.

- Esta noche no dejes entrar a ningún roto de calcetines blancos – le dices sabiendo que él te va a obedecer.

Cruzas la puerta que da al salón al filo de la medianoche y ahí están tus amigas esperándote cada una con una copa en la mano. Liliana, la parlanchina y Tati la calladita, que antes de empezar a hablar, suelta una gran risotada. Un camarero se acerca ofreciéndote una piscola que rechazas.

-  Jam s en la vida, roteque, esta noche champán!



Y ahí, en la otra esquina, están las *museo de cera*. Ese despreciable grupito de tres viejas que te odian a muerte porque eres bella y porque no te merece ningún esfuerzo tener al hombre que quieras cada vez que te de la gana. Si la envidia fuese comida, con toda la que esas tres segregan por ti, se podría alimentar a toda Somalia.

Por fin tienes tu copa de champán y la bebes de un golpe porque quieres ponerte a tono pronto y soltar tu cuerpo para el primer caballero que te saque a bailar la primera cumbia sabrosa que suelte las caderas y te haga reír. Muslos contorneándose, dedos y brazos estirados, saltos de uno a otro lado y coquetas sonrisas traerá la noche a ritmo de cumbión.

“*Devórame otra vez*”. Piensas en su letra cada vez que imaginas a ese hombre deseado que te haga seguir sus pasos con decisión viril. Hay tantas canciones que te gustan. Las de *Adrián & los Dados Negros* tus favoritas, *La Sonora Dinamita* y *Mala gata*, los antofagastinos. Vas a bailarlas todas frente a las tres urracas mientras clavan sus uñas en sus copas y se estropean el esmalte rosa. No paran de mirarte y no te amilanas; por el contrario, tú te creces más ¡Qué feas son! Ahora entiendes por qué les llaman así, porque están estiradas hasta límites insospechados, las tres se hacen un moño escandaloso como una corona peluda de mona y se enfundan esos vestidos que se han hecho con las cortinas del centro de madres de la Población. Las miras despectivamente a las tres: está la mayor de todas que es presidenta de algo y que un día tuvo fama de ser la mejor moviendo las caderas; la segunda, aquella más morena que es mala mala y, que incluso dicen que se metió a sus cuarenta años a estudiar inglés con la otra tercera envidiosa para hablar mal de los demás frente a sus narices y así quedar de estupendas y cultas.

- Esa va de buena onda y a la primera oportunidad habla mal de la gente a su espalda y, ahora con las clasecitas de inglés te imaginarás el ridículo que hace.

Te das la vuelta para escuchar a Liliana, tu amiga que habla de la envidiosa bilingüe. Te aburren pero son tus amigas y ya es hora de que les prestes algo de atención porque ellas son lo más.

- Querida – le dices – hoy vienes pintada como una puerta.

El tiempo se detiene. Ha entrado en el salón de bailes el hombre más bello que has visto jamás ¡Dios, es gringo! Lo auscultas de pies a cabeza y, horror de horrores, lleva calcetines blancos. Eso significa que le ha dado una succulenta propina al guardia de la entrada para dejarle pasar de ese modo. Es alto, rubio castaño, ojos oscuros, viste camisa blanca como de camarero y chaqueta sin corbata, pero se ha pedido una cerveza en botella. ¡Descartado!. Ya ha dejado de gustarte. Es un chulo de medio pelo y se lo dejarás a las envidiosas que lo miran embelesadas.

Liliana habla. Y cuando eso sucede te duelen los oídos.

- Déjame decirte que conozco de hombres, brutos y también galantes y a todos los respeto mientras se lo merezcan y el que acaba de entrar no se lo merece ¡Ni se te ocurra fijarte en ése!

- Muchas gracias, linda, tu sabes cuál es mi manera de ser y de pensar – le respondes.

Te sientes segura. No te ha ido nada de mal en la vida, por lo que crees que haces lo correcto al no fijarte en ninguno de esos ordinarios que se cuelan en *La Madrileña* y la llenan atraídos por las trompetas de los *Viking 5* y *Tommy Rey*. Te enciendes otro cigarrillo y pides una copa fuerte como un vodka naranja mientras mueves las caderas al ritmo de “*su corazón que aún se siente palpar en el viejo Galeón Español...*”

Hasta ahora Tati se había mantenido callada pero se ha decidido a hablar. Eso quiere decir que está borracha como una mona y que pronto empezará a reírse de las *museo de cera*. Porque Tati es así, habla poco, pero cuando se ríe echa la sala de fiestas abajo, cosa que no te gusta nada, pero te aguantas guardando la compostura. Cuando Tati empieza a reírse de ese modo sabes que falta poco para pedirle las llaves del baño al guardia para encerrarla en el váter y sacarla a las cuatro de la mañana para montarla en un taxi que se la lleve a su casa que está a un par de manzanas.

Liliana, por el contrario, está todo el rato habla que te habla que termina por enfermarte, pero también te aguantas. Después de todo es la primera que liga y es la primera que se levantan de la mesa y ya no vuelve más.

Estáis rodeadas de *jotes*, como llamas a todos los hombres que pululan por el salón de baile, entre las mesas abarrotadas de botellas, y copas buscando una *pierna* que les abrigue al menos una noche.

- ¡Putas los güeones feos! – exclamas desde el fondo de tu alma con un suspiro desesperanzador – todos son guatones, pelaos, hediondos a patchoulí y mal vestíos ¡Y seguro que dicen que son “*ingenieros*” y están todos casados con un callo de mujer!

- ... Pero algo tenemos en común... Y es que somos **MUJERES**, y con eso me basta...

- Si, si, linda, tienes razón – dices desorientada porque no estabas escuchando absolutamente nada de lo que decía Liliana.

Miras a la esquina. Las urracas envidiosas ya no están y te agobias ¡Jamás hay que perder de vista al enemigo!

- Linda – preguntas a Tati, que sigue hablando sola salpicando con su copa a todo dios - ¿dónde están las museo de cera?

- ¡Y a mí qué me importa!

Miras sus ojos vidriosos y piensas que tu amiga ya venía bebida de casa y está a punto de ganarse las llaves del váter porque te niegas rotundamente a pasar vergüenzas con una borracha y, menos, si a ésta le da por meter mano a todos los hombres del salón de bailes.

- ¡Oye tú, el de los calcetines blancos, yo soy la menor de estas tres viejas! – grita al aire Tati, que ya ha olvidado las formas.

- Querida, esto no es una despedida de soltera. Estamos en *La Madrileña* y hay que ser finas porque hay que *pinchar* ¿Me sigues, linda?

- ¡Qué atroz la Tati bebida! – exclama Liliana escandalizada.

- Vamos a hacer que se calle. ¿Tienes un porro para dárselo y que se quede frita?

- ¡Uffff! parece que les dolió el comentario. Ya saben que por más que hablen bajito yo soy medio bruja y casi siempre sé lo que piensan ustedes las viejas porque son demasiado predecibles ¡Me quieren meter al váter como el sábado pasado!

La más vieja de las museo de cera se ha plantado frente a ti con las llaves del baño que se mete a la cartera. Te echa una mirada de arriba abajo y se aleja al son de una cumbia triunfante. Por delante aun quedan dos horas de aguantar a la Tati borracha y sin modo de esconderla de nadie.

Suena “*Esta canción que canto, amigos, es una más de dolor...*” y tus muslos empiezan a temblar. Hay que bailar con quién sea. Pronto serán las dos de la mañana, hora en que el maquillaje y el desodorante te empiezan a abandonar y aún no has visto a un hombre que valga la pena. En la otra esquina hay una mesa con cuatro muchachos rapados que parecen recién salidos del servicio militar. Liliana, que te mira leyéndote el pensamiento, te detiene.

- ¡Ni se te ocurra! ¿No te acuerdas de lo que pasó la semana pasada? Me llevé a uno de ellos a casa y me bebió toda la cerveza del refrigerador ¡Me costó tres días echarlo de mi cama!

- Lo tuviste tres días contigo, eso quiere decir que el chico tampoco te disgustaría.

Liliana se ofende. Le quita una copa al camarero de la bandeja y se la bebe al seco como una buena camboyana y te deja sola con la borracha.

- No te hagas la fina conmigo, chica, tu también estás como una perra por llevarte uno a casa. Si no fueras tan frunciá te iría mejor.

En el fondo sientes que ella tiene razón. Ser una mujer soltera a los cuarenta y dos no es fácil y menos en esta ciudad pequeña para tus aspiraciones. Cruzas el salón manteniendo el tipo hacia la ventana que da a calle Condell y te entristece ver lo que hay allí afuera. Ves pasar uno, dos, tres y así un sinnúmero de colectivos con gente que va a sus casas con su familia. Familia que tú no tienes y que has perdido la esperanza de tener. Vas a terminar como cualquiera de las tres “museo de cera”: operada, vieja, sedienta por jovencitos, borracha y con un carterón de Tacna de imitación colgando del brazo.

Los pelados del servicio militar corean una canción y te irrita porque crees que te cantan a ti eso de “*Tarjetita de invitación*”.

Invitación de boda que tú nunca enviarás a nadie jamás en la vida. Les das la espalda. Ya no estás en edad de aguantar niñerías, el instinto te falla y cada vez que das con un hombre que vale la pena resulta ser casado, separado con tres hijos, borracho, flojo e incluso, alguno muy guapo, termina por escapar de ti con su novio que, aunque es un hombre, le ofrece una vida mejor que la que tú podrías ofrecerle. Si no te hubieses bebido esa última copa estarías lo suficientemente lúcida como para deprimirte. Pero algo en tu interior te detiene y te dice que en algún sitio hay alguien para ti y te creces aún más porque no quieres terminar borracha como Tati; así, rodeada de amigas que sólo quieren deshacerse de ti.

Tus caderas se mueven solas con el *“tomo para no enamorarme, me enamoro para no tomar”* y la sonrisa vuelve a tu rostro. Tus ojos verdes no merecen acabar la noche así, sola como una perra arestinosa.

La museo de cera mayor se te acerca y te coge por un brazo ¡Cómo se atreve!

- Hola – te dice – yo sé que crees que yo y mis amigas te envidiamos y no es así. Es sólo que nos recuerdas a cuando nosotras teníamos quince años menos y nos íbamos de fiesta.

Enmudeces. La vieja aquella no parece tan mala gente o al menos eso dicen sus arrugas al reflejo de las luces de la sala de fiestas.

- Quiero presentarte a mi sobrino – continúa – No le rompas el corazón y baila con él porque es un poco tímido.

Le das las gracias aguantando una lagrimilla y te preguntas qué ha hecho que ella venza su orgullo y se acerque a ti.

- Mi sobrino es mudo – recalca ella - Espero que no te importe. Después de todo con el bullicio que hay aquí no harán falta

palabras. Con mis amigas te hemos elegido a ti por ese afán de guardarte para un hombre que valga la pena y, además, porque una de tus amigas está vomitando en la barra y la otra está enredándose con los milicos. Has ganado por descarte.

Enmudeces. Alguien está de pie detrás de ti. Sientes que se te pone la carne de gallina y que un hilillo nervioso de sudor te recorre la espalda y se escabulle hacia tu falda felina. Él te coge por el brazo y te quita el carterón para dejarlo sobre una silla abandonado. Con la otra mano te coge por la cintura y te invita a bailar con esos aires de saber exactamente lo que quiere de ti. Quiere bailar y hacerte feliz unos minutos. Ni más ni menos.

Y eso haces. Bailas sin palabras en el medio del salón. Las chicas del museo de cera ya no te miran con envidia, ahora te miran emocionadas por verte bailar ilusionada como ellas bailaban quince años atrás. Afuera, son casi las cuatro de la mañana. Adentro, en el salón de bailes de *La Madrileña*, es medianoche.

Afuera, en la calle, un taxista espera por una princesa para llevarla a casa sola, pero se equivoca. La princesa de ojos verdes ya no necesita que la lleven porque ya tiene quien la encumbre por las calles al ritmo de la cumbia sabrosa, al ritmo de su corazón.

*“Cuando vayas a bailar, no te olvidaras de mí, pasito tum tum...”*





*El hombre de las nieves*

*¿Bailas... víbora?...*

Apago la radio de la cámara ¡Estoy harto de Ramoncín!

Si tuviera voluntad apagaría esto y seguiría trabajando en el envasado del pan. La cámara está a menos diez grados, lo sé, porque he estado dentro hace menos de diez minutos y aún tengo los dedos congelados dentro de los guantes. Me he dejado un dedo de plástico clavado en un clavo del último palé que entré con el torito. Veinte cajas de baguetinas de fibra, dos de chapatas y tres de piñas. Entramos con el moro, cada día, a la cámara más de

quinientas veces y no me explico cómo no nos hemos quedado pegados al suelo congelados. Entramos de espaldas golpeándonos la nuca con las cortinas de plástico para que no se escape el frío, entramos de espaldas para subir mejor la pequeña cuesta aunque le demos a alguien con las piernas. Nos ha pasado muchas veces que terminamos con las cajas en el suelo espatarrás, por no darle al de los pedidos del Carrefour, por no quedarnos como un pajarito congelado dentro de la cámara.

- ¡Chicos, he pinchao! - nos interrumpe el Conejo, el repartidor más joven de la empresa - ¡He pinchao' y la madre que me parió! ¡Putá ruela' del Chrysler!

- ¡Po' va a tené que vendé el coshe pa repará la ruela! - me burlo de conejo, me burlo de su manera de pensar andaluza de que triunfas como *Los Chichos* si tienes un coche de puta madre, pero no llegas a fin de mes (fijo que el hueón vive con sus padres todavía) Y pa más inri es futbolista en el Málaga de segunda y sueña con que una modelo trepa se lo líe al cuello como una merluza.

- Los futbolistas sois como las modelos con las que os liais - decía la de la limpieza - sólo ver los peinaos que os hacéis en la cabeza pa salir en las revistas del corazoneo.

- Ay que vé la tía guarra ésta - respondía Conejo intentando reírse - yo pa qué digo na... ¡Anda y ve a pasá el mosho a la otra esquina! ¡Perrángana!

Esa tarde tenía ya todo el pescado vendido y nada más faltaba preparar el pedido que se tenía que llevar Conejo al Madroñero, que ese día estaba malo. *¡Moro, dame un piti!*, le gritaba a Juan que venía saliendo congelaíto de la cámara, y éste siempre me daba a mí y a Carlitos que se quedaba a ayudarnos hasta terminar. Carlitos era el que cortaba la masa del pan con una

cuchilla de afeitar después de sacarlo de las cámaras de fermentación para luego meterlo a los hornos y darle una precocción. Estaba un poco pa allá por culpa de los tripis que se metió cuando era chaval y, a veces se le iba la perola, tanto que teníamos que andarle buscando para que sacara el pan de las cámaras antes que quedaran como payés de tres kilos.

- ¡Ea, chavales! – salía Carlitos gritando de la cámara del congelao - ¡A que no os habéis dao cuenta que he estao cinco minutos sin el mono dentro y no me he quedao tieso! ¡A que no tenéi huevos de apostar que se puede hacer lo mismo dentro de los túneles de congelación!

A mi Carlitos me asustaba. Cada vez que hablaba era para hacer apuestas tontas, para hablar de putas, de lesbianas, del ron Cacique, de pirulas y de coches que él jamás podría conducir porque era incapaz de concentrarse en la autoescuela. Así todo el día; Conejo arrebolando las cajas de pan pre-cocido en la cámara, el Moro protestando porque estábamos *quedaos* y Carlitos escondiéndose en los túneles que aún estaban prendidos esperando los últimos cinco carros de pitufo de mantequilla.

- ¡Venga, apostemos una botella de cacique al que más tiempo se quede dentro del túnel a  $-20^{\circ}$ !

- ¡Vete a cagar! – respondía el Moro – que tenga tiempo el tío pa montarse sus películas to el rato ¡será gandul! ¡Lo mismo te queas weno pa ná y se te quedan los huevos como dos cubitos de hielo!

- ¡Si yo gano os invito al Escándalo! – insistía Carlitos sabiendo que una invitación al puticlub más famoso de la Costa del sol nunca era rechazada por ningún pringao ni ningún chusmetilla que quisiera cerrar un trato con una buena pilingui al lado para celebrarlo.

- Tú estás chalao – decía Conejo – tú estás confundido Carlitos, tú lo que quieres es irte a meter al otro puticlub, al de los nabos que está en Torroles y quieres que te acompañemos, pero yo por ahí no vuelo ni jarto de vino.

Yo me callaba. El tema no era conmigo, yo sólo quería irme a casa a calentarme las manos en el teclado del ciber a ver si conocía algún gato nuevo con el que enróllarme. Al día siguiente volvería y los machitos seguirían con la misma retahíla: o insultándose verdes de envidia o chupándose los nabos entre sí con algún piropo por el coche nuevo que alguno trajera; eso si había suerte y no se liaban a hablar de fútbol.

- ¡No vea' qué guapo er coshe que tas comproa', illo!
- Este se la ha cascao' al padre pa que se lo compre, tal y cual...
- Estotro no sabe hacer la "O" ni con un canuto y sa' sacao' la licencia a la primera ¡Ay que vé!
- ¡Este cree que to el monte es de orégano! ¿Cuándo pensará que las cosas se ganan arrimando el hombro?

Envidias iban y venían esa mañana temprano cuando llegó Conejo con el Chrysler nuevecito. Burlas y mala leche por la tarde cuando llegó con una rueda pinchada en la mano.

Me quedaba yo y el Moro hablando de la vida, por la tarde, después que habíamos apagado los túneles y los hornos, para luego pasar el mosho al ritmo de *Los Chunguitos* o de *Triana*. El Conejo ya se había ido con el último reparto a Miraflores y Carlitos se había ido a la cocina a merendarse un gazpachito con la de la limpieza que le seguía detrás para limpiar la de mierda que siempre dejaba.

- ¿Qué va a hacer er finde? – me preguntaba el Moro, que de moro no tenía nada, sólo que le llamaban así por haber hecho la mili en Ceuta como cinco millones de españoles más.

- Po dormir – le decía yo.

- ¡Digo! ¡Ya dormirás cuando esté muerto! Tienes que meterte una juerga como Carlitos que siempre llega los lunes cubicao' y habiéndose metió un par de fideítos.

- ¿Y tú qué vas a hacer, Moro?

- Pos yo ya estoy viejo; yo me voy a mi casa, que es como un campanario...

- ¿Y eso?

- Pos que cuando llego salen mis tres churumbeles gritándome “*pan, pan, pan...*”

- Anda Moro y la que te parió que esagerao' que ere'

Cerrábamos la nave y preparábamos los carros de pan para la gente que entraba a las nueve de la noche. Lo que venía luego era lo mejor: montarse en la camioneta más antigua con la basura acumulada e ir a tirarla a Campanillas. El mejor rato porque, en aquel tiempo yo no tenía licencia y la llevaba hecho un pedo ¡Como un gatito ronroneando, que delicia de caja de cambios!

- Chilenooo, ¿conoces Marruecos? ¡Qué bello país!

- ¿Qué tiene de especial?

- ¡*Güiri, güiri, güiri...*! Lo que ma disho er chileno de los cohones... ¡Cuidao la rotonda que yo soy padre de familia! ... ¿Que no conoce Marruecos el chileno? ¡Ah, que delicia de país aunque tenga por tos laos el careto de ese Rey coñazo!, los encantadores

de serpientes de Djemaa El Fna, las montañas de naranjas para el zumo, los vendedores de agua, los carteles de coca cola en árabe, los vestidos de la novia, las especies, la Koutuobia, los ruiditos que hacen las mujeres marroquíes con la boca en las bodas, los hombres que no saben bailar, la inauguración de la mezquita de Casablanca a la que ningún mandatario asistió, la torre de Rabat inconclusa, las rotondas de Casablanca, las palmeras, los camellos, los restaurantes en el medio del desierto bajo las estrellas dibujadas en una carpa, las medinas, las calles, los trapicheos, la Mamounía, el leben, los dátiles... ¡La madre que me parió, la rotondaaaa!

Después que vinieron los de atestados a la rotonda aquella, que viniera la grúa a enderezar la furgoneta y que nos dejaran ir a tirar la basura con un multón acojonante encima, nos fuimos al Parque de regreso a la nave a dejar todo cerrado. Cuando llegamos la chica de la limpieza se había ido dejándonos una nota:

*“Cómo os pasáis, cabrones, me he tenío que ir dejando to abierto y a Carlitos no le encuentro (sabrá io’ al Escándalo después del porculo que me dio) Tirar la botella de Cacique vacía que me encontré tirá en la cocina y cerrar to que ya os veo el Lunes. Buen finde ¡Guarros!”*

- Se masca la tragedia – le dije al Moro y éste me soltó una de sus risitas acojonadas como cuando le pillaban metiendo el pan a la cámara aún caliente.

- ¿Qué fue lo último que le escuchaste decí a Carlitos antes de irnos a tirá la basura?

- Pos que éramos unos mariquitas...

- ¡Tira pal túnel que de aquí ya oigo los motores...!

Y ahí estaba Carlitos, detrás de la puerta del primer túnel que estaba encendido, congelado y azul. El hombre de las nieves había ganado la apuesta.





*Separarse de la especie – por algo superior –  
no es soberbia, es amor*

*- “Adiós” – Gustavo Cerati -*

### *Los delfines*

Dicen que en un momento primigenio Dios tuvo que decidir entre dos especies: los delfines y los primates y, así a una de ellas permitir la evolución. Los delfines supieron adelantarse al desarrollo de los acontecimientos y vieron lo que implicaría evolucionar y decidieron dejar libre el camino a los primates. Y así Dios decidió.

Los delfines hoy nadan libres en el océano. Los hombres, bueno... los primates ya sabemos qué camino tomaron.



**3ª parte: Rojo**



*Los patos vuelan solos*

Aquel gran personaje secundario en tu vida, del cual no aprendiste nada, ha vuelto a torturarte con su recuerdo de cuando eras niño.

Pato, le llamaban todos, por esa manera tan extraña de caminar como si se fuera a caer de bruces; las piernas larguiruchas y arqueadas, el unicejo, los pelos tiesos de la cabeza, los ojos verdes y los labios demasiado gruesos como para verse bien en el rostro de un chico pobre. Todos le auguraron una juventud desgraciada. “*Va pa’ maricón*”, decían a sus espaldas y se alejaban orgullosos de haberse reído un rato de él. Pato era incapaz de

sentir rencor; habían demasiados pasos de baile que aprender y mostrar al mundo desde un escenario de tablas y cartones sucios, demasiadas cosas bellas que mostrar a todos esos estúpidos que le miraban embobados cuando se calzaba sus tacones para bajar la calle de tierra a coger un colectivo al centro a buscar el amor entre esos de los coches de cristales oscuros. *No hay nada que temer*, pensaba, *he venido a hacer feliz a alguien en el mundo y eso no tiene nada de malo*. Acompañar a alguien, hacerle sentir que le importas, pasar las horas muertas con la luna iluminándole el culo y, al final, limpiarse el labial para salir huyendo del mismo coche con un *“Vete de aquí, maricón”*, no debe tener nada de malo.

Pato se juntaba con sus amigos y solía hablar de sus cosas, de cómo pudo crecer en una casa de madera, con esa madre alcohólica que no recordaba su nombre si no era gritándole y su hermana medio loca que jamás se peinaba y se sacaba los piojos sentada afuera de casa. Les contaba todo con detalles porque así se reía de su vida con la esperanza de que de ese modo olvidaría.

¡Las luces de la ciudad, desde lo alto de sus tacones, eran tan arrebatadoras de noche! Las madrugadas eran grises, como si el amanecer amenazara con volverlo todo de negro de nuevo. La *“Skippy”*, le llamaban los otros chicos de tacones, como el canguro de la tele, por esa manera tan rara de huir de la policía dando saltitos cuando las redadas de Riquelme de Antofagasta.

Cuando los días eran grises Pato se iba a la cama y de allí no salía; se cubría hasta la cabeza e imaginaba que abordaba una nave espacial donde era recibido por sus lacayos que le limpiaban el polvo de las calles de la faldita coqueta y le acompañaban al cuadro de mandos para elevarse lejos de la población Osvaldo Mendoza y sus viejas copuchentas. Atravesar la soleada y polvorienta Circunvalación era su anhelo con sus camiones de mineral, los postes de la luz, la empinada calle Maipú a la línea del tren y de ahí todo derecho a calle Condell donde le esperaban sus

iguales a los cuales recogía y se llevaba de paseo cruzando el océano Pacífico dejando atrás esa vida de mierda. Pero Pato volvía sin haberse montado en nave alguna; se calzaba la faldita, el peto brillante, la chalequina agujereada, los tacones y se escondía detrás del dintel de la puerta a esperar que su madre borracha regresara de acarrear ripio de la quebrada, se sentara a la mesa golpeándose la cabeza con los platos vacíos y, al final, salir de casa dejándola dormida en una silla desnuda. Antes de irse pasaba por el cuartucho de su hermana, le daba un beso de buenas noches y la arropaba. Ella siempre le pedía que volviera a la mañana siguiente, que jamás la abandonara y así él lo hacía. Todas las mañanas tenían algunas monedas para gastarse donde *La Flora* en comida. Pato no ganaba mucho con los tipos de los coches caros porque tenía la mala costumbre de enamorarse de todos y, o bien no le pagaban, o le daban de golpes, pero él les quería a todos con locura porque los golpes siempre eran mejores que los que se daba su madre contra el suelo de tierra en su casa vacía.

*¿Pato? ¿Patito, dónde estás?* Quizá se esconda en el patio de atrás, quizá esté dando pasitos de baile como los que ve en la tele de la vecina, esa vieja de mierda que me lo está amariconando con sus leseras de vieja sola. ¡Yo quiero que mi hijo sea un hombre! ¡Quiero que mi hombrecito me saque de este agujero! La gente siempre colgándose de los sueños de los demás, la gente que no se da cuenta lo mucho que pesa.

Cuenta la leyenda que Pato se fue de casa. El año del aluvión, después de las fiestas de la población, donde se vistió de mujer y cantó su canción favorita de Daniela Romo envuelto en una sábana mal cortada, dicen que se escapó. Todos se rieron de él gritándole y lanzándole cosas, nadie entendió la ilusión que había detrás del arte de cantar y bailar. ¿Habéis bailado frente a los cerdos? ¿Han aprendido los cerdos a aplaudir? ¿Habrán aprendido a amar? El Pato huyó volando lejos de los cerdos, más allá del cielo

y el mar como *Margarita Debayle*. Algunos dicen que se fue a la capital a contagiarse de alguna tonta enfermedad mortal; otros, que se fue al norte a triunfar al Perú envuelto en telas mejor cortadas, hubo incluso alguno que piensa que vive encerrado en su casa hecho un ovillo en su cama y que aún llora la incomprensión, pero yo creo que encontró el amor en los brazos de un hombre que le mostró que no había nada de malo en amar y, ahora por las tardes, le enseña los pasos de baile que aprendió de niño en el patio de tierra de su casa.

Me gustaría acabar esta historia con un buen final, decir que Pato fue feliz y aún lo es, pero no puedo. Nunca me atreví a acercarme y decirle que me enseñara a bailar por miedo a que a mí también me apedrearán. Tengo la esperanza que él se fue legándonos, a todos nosotros los cobardes, su trocito de felicidad que no vivió y hoy soy feliz por su sacrificio. Realmente el Pato murió solo en una ciudad llamada Tocopilla, la misma donde nació Jodorowsky, solo en un cuarto lejos de su madre y su hermana a la que se comieron los piojos. En la población juntaron dinero para repatriar su cuerpo a la ciudad y comprarle flores con las que adornar la sede social donde él un día bailó para un público de cerdos que no sabían aplaudir.

La gente que muere lejos son, sin que sepamos qué ha sido de ellos, como los elefantes que van a morir lejos de la manada. La muerte es algo bello que hay que disfrutar a solas para reírse de los errores cometidos, por las lágrimas derramadas, por los besos que se estuvieron a punto de dar, por la oportunidad de bajar a vivir unos días en este desierto frente al mar, por darnos la oportunidad de bailar en tacones, por haber tenido con quien huir de la policía, por haber tenido un cuerpo ingrato al que abrazar, por morir a solas donde nadie te ve, porque ya vas de camino a conocer cómo era tu madre antes de volverse un monstruo, porque sabrás que cuidarás desde alguna parte de tu hermana y de sus piojos.



Nunca está de más dar las gracias por muy miserable que haya sido tu vida. Agradecer la vida nos ayuda a irnos tranquilos, irnos en paz porque después de todo ¿Dios tiene acaso algo que perdonarnos?

Pato, gracias por bailar con las piernas torcidas para mí, ese niño cobarde escondido entre el público.



*El hombre y el árbol*

Un bellissimo atardecer, el cielo incendiado en llamas, un bellissimo atardecer teñido de rojo.

Un hombre camina hacia el horizonte pisando descalzo una tierra muerta por un camino abierto por las huellas de alguien que pasó por ahí antes. Un hombre vestido de harapos blancos y sombrero de paja que arrastra una silla de mimbre con una mano y una soga de cuerda gruesa en la otra. El hombre camina resignado hacia la puesta de sol arrastrando cuerda y silla dejando en la tierra la señal de su paso. La silla levanta una diminuta polvareda que se dispersa al cielo. El hombre camina dándonos la espalda hacia el sol.

Un árbol, un árbol gigantesco a lo lejos coronando una pequeña meseta con el sol que baja a su encuentro apresuradamente. Un hombre con una cuerda y una silla para subir a sus ramas y ser como el fruto prohibido que cuelga al viento hasta que la madurez le haga caer en las manos de quien tenga hambre de carne fresca.

Una hermosa mujer observa unos pies masculinos desnudos a la altura de sus ojos y los muerde como una manzana.

Una muerte que ha valido para alimentar el hambre y el deseo.

Una mujer que se sienta en una silla de mimbre a comer la carne de una manzana con la boca teñida de rojo.

Unos hijos que tienen hambre.

Una mujer camina hacia un atardecer en el horizonte con una silla y una soga buscando un árbol. Un par de niños que le siguen hambrientos.

### *La tumba*

Todos los días cientos de personas vienen a dejar saludos e invitaciones a mi tumba. Algunas dejan sonrisas olvidadas, piropos, saludos cordiales, flores virtuosas y abrazos virtuales. Besos, muchos besos en mi tumba coronada por mi foto en traje y cuernos diabólicos. Nadie llora. Todos me enseñan su lado más amable y todos vienen a contarme lo que ha sido de sus vidas todos estos años que no les vi. Algunos se han casado, otros coleccionan hijos que no quieren; él se compró una camioneta, ella bajó de peso y ya no se burlan de su obesidad. Todos se reconcilian consigo mismos en mi tumba.

*¡Hola! ¿Qué tal estás? ¿Va va? ¡Muy bien! ¿Qué harás el finde? Sacaré a mis perros a pasear por la playa, enseñaré a mi hijo a montar en bicicleta, viajaré a mi pueblo, compraré un gato que me haga compañía, haré una fiesta porque si, celebraré mi cumpleaños en una plataforma petrolífera muy lejos de mi familia, en Cuba me sacaré muchas fotos, me toca trabajar, dormiré todo lo que pueda, me quiero enamorar, quizá no llegué a fin de mes, ¿por qué te lo tengo que contar?*

¿Te vienes a dar un paseo a algún bar? No puedo. Estoy aquí en mi tumba: veo mis fotos, releo lo que un día escribí, recibiré visitas y escribirán algo en mi muro, a veces preferiría no estar aunque no estoy mal.

¿Qué ha sido de tu vida? Pues aquí. Observo. No me puedo mover, no me puedo quejar. Es mi tumba virtual ¿Tu también tienes una? ¿La puedo visitar y escribir en tu muro? Gracias por hacerte un perfil como yo y acompañarme. Seremos eternamente jóvenes ¡Cuánta felicidad en tan pocos bites!

A veces me siento solo entre mis amigos y sus fotografías ¡Tantos teléfonos y mails de contacto y tan poca gente con la que hablar! Así son las colecciones de amigos: frías, distantes, convenidas, antojadizas y caprichosas.

Quise dejar una huella de mi paso y lo logré pero ¿qué sucederá el día que se olviden de mí? Yo sí sé lo que sucederá: Me perderé en el espacio, será como abrir una escotilla y salir volando a la inmensidad a reunirme con los otros olvidados. Tú podrás hacer tu vida e irás a visitar nuevas tumbas y yo haré mi muerte.

¿Qué habrá sido de los que se fueron antes? En ese estado de olvido usaré toda mi voluntad para despejar la incógnita de todos aquellos que se mantienen con vida gracias a besos y abrazos virtuales. El único inconveniente será hacer llegar el mensaje sin violar ninguna ley universal (siempre que exista alguna) Yo creo que será simple: se irá toda energía, se detendrá el tiempo, los

almuecines olvidarán hacer la llamada a la oración desde los minaretes, los barcos se detendrán en alta mar, los aviones gravitarán, y la gente mirará a su lado y reconocerá a sus seres queridos. En ese momento todas las pantallas se volverán a encender con un único mensaje: *“Peace on Earth”*

Yo descansaré de tanto barullo virtual.

*In cha' Allah...*





*Alicia dice que te ama cuando ya te ha abandonado...*

*“Alicia” – Enrique Bunbury*

*Allí vida en broncas*

¡Abre la puerta! ¡Putas! ¡Jamás volverás a ponerme una mano encima! Mírame a los ojos. Yo te tomo por esposa. ¡Hija de la gran puta! ¡Los niños! Mírame. Los vecinos nos oyen. ¡Vete con tu madre! Tú y tu puta familia.

Fin de mes. Fin de mes tirando del carro sola. Horas extras. Horas extras con ella, horas extras con él. No me esperes esta noche. Cinco años. Dormido en el metro cada mañana por ti. ¿Qué

tal tus clases de español? Ça va? Todos se adaptan ¿Por qué tú no? Cada día aprendo más palabras hermosas para decirte ¡Putas! ¡Mil veces putas! ¡Putas tu madre que vive mendigándole a tu padre en el desierto! ¡Te mato! Me matas de aburrimiento ¡Que te aguante tu madre!

¿Te quieres casar conmigo? Estaba pensando en invitarte a cenar a una Haima bajo las estrellas. ¿Te vienes a casa conmigo? ¡Todas las rosas que venden en los bares no son suficientes para regalarte! Quiero que quites las fotos que hablen de tu pasado. No soy una mujer como aquellas con las que antes estuviste. Horas extras. A mí no me vengas con ésas. ¡Jamás debí casarme contigo! ¿Nos mudamos juntos?

Mis expectativas son mayores que las tuyas <sup>(1)</sup> ¡Vete a tu país donde las mujeres son tratadas como basura! Todas las mujeres se comportan como zorras. ¿Con quién crees que estás tratando? Nunca conocí una mujer como tú. A mí el Islam no me importa nada. ¡Qué Navidad ni qué Navidad! Los niños. La Navidad. ¡Los niños se van conmigo! Están tocando nuestra canción. Abrázame. No podría vivir sin ti ¡Me tienes harta! Cinco años. Eres lo más importante en mi vida. El Islam es lo más importante para mí.

Tengo hambre. El hambre que sienten pobres y ricos. Deberías sentir hambre de mí. ¡Yo no soy una mujer que puedas mangonear! Si estuvieras en mi país ya estarías muerta. Tú ya lo estás en el mío.

¿De dónde eres? ¿Hablas español? ¿Me hablas a mí? Mi familia quiere conocerte. Para la mía tú no existes. ¡No respetas nada! ¡Tus leyes no te respetan! Quisiera bailar toda la noche contigo ¿Eres de esas mujeres? No deberías beber si no sabes hacerlo ¡Abre la puerta, abre la jodida puerta! Las mujeres no fuman en la calle. Los hombres no lloran. Démonos un tiempo ¿Significa que no me quieres? Las mujeres no se van de copas. Los hombres

no pegan a sus mujeres. ¡Quiero el divorcio! ¡Cásate conmigo! ¿Me das un hijo? ¡Que te lo de tu madre! En mi país ya tendría cuatro o cinco. En mi país yo decido. En mi país ya estarías muerta. En el mío tú ya lo estás.

Dormido en el metro cada mañana. ¿Qué tal las clases de español? No me gustan los que van en metro y no se duchan. No me gustan los que predicán el Evangelio a gritos en el metro ¿Predicar el Islam con una bomba? No todos pensamos así.

Que si no te tengo reviento, quiero hacértelo muy lento <sup>(2)</sup>... ¿Te gusta pasear por Madrid? Me gusta el metro, me gusta sentir que viajo por las entrañas de la tierra. Lo que más me gusta de esta ciudad es que las chicas bailan sobre las barras de los bares. ¿Cómo se puede cambiar de idea en tan poco tiempo? Dentro de poco iremos a mi hogar en las montañas más allá del Mediterráneo. Podrás besar a tu futura madre. Este domingo no olvides que almorzamos con los míos. Te amo tanto. Me haces sentir inferior.

¿Cómo huir cuando no quedan islas donde naufragar? <sup>(3)</sup> ¡Quiero que viajemos a Macondo para nuestro viaje de bodas! He estado toda la tarde buscando billetes para una ciudad que jamás existió. ¿Por qué un escritor miente? Mi madre bailaba sola en Chile y luego emigró. La mía afila el cuchillo para mi hermano pequeño que es casi un hombre. ¡Por qué correr delante de un toro si puede matarte! ¿Por qué regalarle un cuchillo a un niño cuando pasa a la adultez? Los seres humanos somos tan extraños. Una tradición es una tradición y eso se respeta. Explícalo a la madre del chico que murió en Pamplona. Explica a tu país eso. Quiero el divorcio. No te entiendo. ¡Abre la puerta por Alah!

No aguanto esta ciudad. No te aguanto a ti. No aguanto los bares de latinos siempre gritando y cantando. Un día te van a matar. ¿Has comprado el periódico? Era mi esposo aquel que mataron los dominicanos en la parte de atrás de casa. Mi esposo

cargaba una cuchilla desde que dejó de ser un niño. ¡No aguanto el ruido de ese bar! Cariño estoy herido ¡abre la puerta! ¿Te quieres casar conmigo? Ya que no vas a la cena con mis padres intenta no buscarte problemas. ¿Cariño estás en casa? ¡Ni se te ocurra ponerme la mano encima! ¡Abre la puerta! ¡Estás borracho lo sé! ¡Llamaré a la policía! ¡No volverás a tocarme! ¡Putas, abre la puta puerta!

Esta gente no aprecia el silencio ni la paz ¡Callar la puta boca! ¡Bajar la música! Extraño tanto el silencio del desierto. Las arenas del desierto, la música de las arenas del desierto, las nubes, las hermosas nubes...<sup>(4)</sup>

¿Te quieres casar conmigo? ¿Quién no querría pasar toda la eternidad contigo?

Si. Acepto.

<sup>(1)</sup> Frase publicitaria de Adidas para Cristiano Ronaldo en Metro de Madrid.

<sup>(2)</sup> Parte de la letra de "Todo" de Pereza.

<sup>(3)</sup> Parte de la letra de "Peces de ciudad" de Joaquín Sabina

<sup>(4)</sup> Arthur Rimbaud.

*Estoy teniendo el mejor día de mi vida  
¡Y se lo debo a que no fui a la iglesia!*

*- Homer Simpson -*

*¡Mamá, yo quiero tener cáncer!*

Tanto insistir, tanto insistir que mi vida de niño de barrio era aburrida que tuve que inventarme todo un mundo de fantasía para poder subsistir. Y estaba tan ciego con ellas que no me daba cuenta de toda la magia que me rodeaba en cada esquina de mi casa. No me enteraba de nada.

Se podría decir que acabé con la poca inocencia que me quedaba el día que comencé a sentir odio por mi primo sin sentir

remordimiento. Pedí a Dios que me perdonara por ese sentimiento tan malo, pero Él estaba demasiado ocupado envenenando los corazones de los muchachos del barrio que se iban al servicio militar con la esperanza de llegar a ser como Pinochet. Y esos mismos muchachos jugaron sus últimos partidos de fútbol en la cancha sabiendo que los del equipo contrario algún día serían sus enemigos en otro tipo de competencias.

Mi primo tenía cinco o seis años cuando llegó a Antofagasta con una grave enfermedad sin cura. Estaba desahuciado y moriría porque la ciencia de aquel entonces era incapaz de curarle. Yo le miraba a veces: estaba casi calvo y vomitaba todo el día por las drogas que le daban en el hospital. Había días que estaba en cama y apenas era capaz de hablar pero, como todos los niños de su edad, se aferraba a la vida porque no entendía el porqué de irse de este mundo tan rápido. Y el pobre rezaba a Tatita Dios, y Tatita Dios no hacía nada por salvarle.

Los días que se sentía mejor jugaba como un niño cualquiera, pero era distinto a mí. Él no se divertía fantaseando como si estuviera solo en el mundo; por el contrario, él se dedicaba a incordiar a todos especialmente a mi prima y a mi hermana pequeñas rompiéndoles los juguetes, jalándoles del pelo y haciéndoles llorar por todo.

Cuando le visitaba en su casa, que estaba justo detrás de la mía, era para sólo saber si seguía vivo y siempre terminábamos peleando. Era el niño más hinchapelotas que conocí porque sabía que le quedaba poco y quería que le recordáramos aunque fuera de ese modo.

Un día se puso peor y cayó enfermo de muerte. Ya no le quedaban ganas de pelearse.

Para salvar su vida mis tíos pensaron en todo, incluso en llevárselo a un sitio llamado Estados Unidos, pero entre tanto viaje a la capital el dinero se les había ido de las manos como agua y sal. Después de todos los intentos por curarle no quedaba más que rezar. Y, a pesar de que le odiaba tanto, yo también rezaba para que viviera muchos años más y se sanara (para así poder partirle la cara porque a un enfermo me hubiese dado vergüenza pegarle). Y la verdad es que él pegaba más fuerte que yo, pero quería verle crecer para tener la revancha. En mi desesperación por tener más fuerza y dejar de ser flaquito, me montaba en mi triciclo y me lanzaba calle abajo para ir entrenando. Algún día sanaría y ahí estaría yo para arrancarle un par de dientes.

Un día mi madre, viendo una revista de esas de moda de los setentas, vio un anuncio en las páginas finales sobre una congregación brasileña que se hacían llamar *Los Rosacruces*. Ella, con toda la fe del mundo, les escribió contándole el caso y se quedó esperando alguna respuesta -desconozco cómo fue que hizo mi madre para aprender brasileño en tan poco tiempo, pero la Fe mueve montañas y cerros de tierra como los de mi ciudad - y ella aprendió porque de otro modo no se explica.

Mi madre y mi tía siempre guardaron la esperanza de que mi primo sanara porque así son las mujeres de Salamanca, el pueblo donde nací: porfiadas y cabezonas por si acaso Dios se distrae con tanto barullo mundial.

Sé que en algún momento pudieron haberse sentido desfallecer y más cuando las vecinas, a las que les contaban la historia, se compadecían por recurrir a lo que hiciera falta por salvar al crío. Las dos no se rendían por más cuentos que las vecinas les contasen: que si eso es cosa del diablo, que hay que resignarse a los designios de Dios, que hay que dejar al destino y alguna que otra tontería como que esa congregación era capaz de salvar a la gente a cambio de su alma y cosas más raras aún. Ellas hicieron

caso omiso; mi madre prefería probarlo todo a vivir con el remordimiento de haber desistido por los cuchicheos de las mujeres del barrio que vivían para pensar qué cocinarían de almuerzo al día siguiente.

Un día mi madre recibió respuesta desde Brasil y con mi tía, locas de felicidad, prepararon todo lo que la congregación les pidió.

Yo pensaba que los Rosacruces les habían pedido convertirse al Cristianismo o a algo así, pero nada de eso. Simplemente le pidieron tener fe. Y de eso yo tenía más que nadie. Una vez que mi primo sanara le iba a arrancar un ojo e iban a ser necesarias más visitas de los Rosacruces para volver a sanarle de la que le iba a meter por ser tan cabrón con mi hermana y mi prima.

Y recuerdo que recé como yo pensaba que debía resarce en estos casos. Rezaba pidiéndole un milagro a Dios y rezaba, por si acaso, al otro por si Dios no escuchaba a los niños que sentían odio.

Tengo la imagen en la cabeza de mi tía y mi madre más unidas que nunca y a mi tío con el alma en vilo por la vida de su niño.

No sé cuánto tiempo pasó hasta que todo estuvo preparado. Sólo sé que una noche mi madre me vistió y me dijo que ese día iba a tener que rezar con todas mis fuerzas y más que nunca por la vida de mi primo.

Cuando llegué me llevé un susto de muerte. En la puerta de la calle había un grupo de personas que no conocía de nada rezando con velas en las manos. Nunca pensé que mi primo, con apenas seis años, tendría tantos amigos. Entré en la casa y me fui escabullendo entre una multitud que llenaba el saloncito. En la habitación contigua estaba mi tía acostando a mi primo vestido completamente de blanco, en una cama con sábanas y colcha



blanca y, junto al velador, una jarra grande de agua y un lavamanos también lleno.

No recuerdo si ella salió al salón una vez que mi primo se durmió o si se quedó dentro velando su sueño. Sólo sé que estaba rodeado de gente desconocida que rezaba y rezaba toda la noche. Me sentía como una hormiga rodeada de edificios gigantes porque la casa era un constante trajín de gente que entraba y salía, rezaban un rato y volvían a irse pero siempre había alguien rezando.

Cuando alguien dijo que mi primo se había dormido al fin, pensé que se había muerto por mi culpa y que un rayo iba a caer del cielo para partirme la cuesca, pero nada de eso pasó, y yo creo que al final me dormí en un sofá hasta el día siguiente.

Al amanecer, y esto yo no lo vi, entraron al dormitorio a ver a mi primo y cuenta la historia que se despertó con hambre y con ganas de jugar. Junto a la cama, en el velador, estaba el lavamanos lleno de agua ensangrentada y la jarra vacía. Dicen, los que allí estuvieron rezando, que en un momento de la noche sintieron mucha paz y nada más. Mi tía y mi madre, en alguna charla de esas de adultos que los críos no deben escuchar, dijeron que los rosacruces eran médicos brasileños que habían muerto y que ahora se dedicaban a ayudar a los más enfermos, débiles y desfavorecidos que habían perdido todo menos la fe.

Y eso fue todo. Con el tiempo las visitas de mi primo al hospital se fueron distanciando en los meses y cada vez tomaba menos drogas y jugaba más. ¡Había sido un milagro! Hacía vida normal y poco a poco iba olvidando la experiencia aquella y los dolores del cáncer. Con el tiempo sólo le quedó una cicatriz en el cuello de todas las operaciones que le hicieron en el hospital.

Pasó un tiempo y le matricularon en un colegio aunque nunca dejó de ser un niño hinchapelotas (por lo menos hasta que le empezaron a gustar las niñas)

Yo le observaba crecer sin poder creerlo, pero por dentro estaba feliz porque iba a poder partirle la cara y nadie me diría que era un niño malo por pegarle a otro enfermo. Y es que él, después de sanar, siguió siendo el mismo malcriado y abusivo de siempre.

Hasta que llegó el día.

Después de habernos peleado muchas veces, habernos arrojado cosas en mi afán de defender a mi prima y a mi hermana y de alguna que otra paliza que él me metió, por fin tuve la ocasión de desquitarme.

Sucedió unos años después, durante un verano en Salamanca, en que él casi nos arruina las vacaciones por cruzar la calle sin ver si venía un coche (todo por querer llegar primero a montarse a los columpios). Un coche le golpeó tan fuerte que le lanzó por los aires tirándolo a unos metros de distancia. Mi primo se levantó como si nada y siguió corriendo hacia los juegos infantiles. Recuerdo que nos cogieron a todos de las orejas y nos llevaron castigados de regreso a casa de la abuela todo el día encerrados por su culpa.

Me picaban las manos por pegarle, pero aun recordaba que era más pequeño (aunque tenía más fuerza que yo y había sobrevivido a un cáncer y a un atropello como si nada). Si él hubiese querido podía haberme aplastado la cabeza como una cáscara de nuez.

Una noche en el dormitorio donde dormíamos con mis tíos, oliéndose todo el odio que yo sentía por él, me arrojó a la cara una cría de gatito negro de la abuela y eso me reventó la sangre, pero me dormí jurando que al día siguiente le mataba apenas se

descuidara (sabía que la venganza se servía fría como la piel de una serpiente)

Al día siguiente estaba como de costumbre burlándose de mí y de lo flaco y feo que era pero me aguanté. Luego le dio con meterse con las niñas como siempre y me fui sobre él metiéndole una patada en el culo de esas olímpicas que le vi volar por los aires. Como por arte de magia mi tía se dio cuenta de lo que yo había hecho a su hijo (nunca antes se tomó la molestia de corregirle porque no le daba la gana) y me castigaron a algo que ya ni me acuerdo de la amargura que sentí. Lo peor es que mis tíos me miraban feo, como si yo fuera un monstruo vengativo y que poco menos tenía que haberme aguantado todo lo que me echase el cabrón de mi primo, quien después de hincharse a llorar se me acercó y me gritó a la cara que era un *flacuchento* y salió de la casa corriendo a jugar como si nada.

Ese verano mi primo siguió haciendo de las suyas: pegándole a las niñas y arruinando sus juegos, burlándose de mí, metiéndose en problemas en compañía de mi tío más chico y después castigándonos a todos por las tonterías que ellos dos hacían. De esa etapa me quedé con la enseñanza que sólo hace falta ser un niño malcriado y cabrón para obtener todo lo que quieras en esta vida y rezaba para que a mí también me diera cáncer para que todos me compadecieran y me dejaran hacer todo lo que me viniera en gana. Pero nunca enfermé por más que le di algunas caladas a un cigarrillo a escondidas ni tampoco me dio cirrosis por ese vaso de vino que me bebí debajo de la mesa. Así que me resigné a ser el mismo niño sano pero flaquito que no valía para nada y menos para defender a su propia hermana del matón de su primo que actuaba como la jodida niña del exorcista.

Con los años, como ya conté, mi primo cambió bruscamente y se transformó en un niño ideal: ordenado, atento, educado. Como si

hubiese despertado de una pesadilla y se hubiera dado cuenta que ahora era otra persona distinta.

Un día vino a casa con mi tía. Era otro, tenía otra expresión en el rostro. Me quedé estupefacto y me acordé de eso de los rosacruces y de inmediato pensé que aparte de sanarle ellos le habían hecho un exorcismo y le habían sacado de adentro al puto enano cabrón que siempre fue y le habían transformado en un caballero.

- Hola – me dijo - ¿jugamos?

Y yo asentí.

Tatita Dios por fin me había devuelto a mi primo sano y salvo de la muerte (o al menos de la que le iba a provocar yo si no cambiaba)

## Los ingenieros y sus señoras

En el año 1991 cayó sobre mi ciudad un aluvión, una lluvia muy estrepitosa de un par de horas, y partió la ciudad en dos por la Quebrada Uribe dejando un socavón de cientos de metros de profundidad. Llovió como había leído que llueve en Macondo, llovió hasta que todo se anegó y el mundo entero saltó de la cama y se mojó los pies y el culo.

Brinqué de la cama despertado por un estruendo ensordecedor y salí corriendo de casa al patio trasero, hasta la quebrada, porque ese ruido sólo podía ser que el dique natural, detrás de los cerros, había cedido y no me equivoqué. Arriba una gran roca, acompañada de un río de piedras, lodo y agua negra, bajaba a toda velocidad comiéndose la tierra. Me llevé las manos a la cabeza y corrí al cuarto de mis hermanos a arrancarlos de la

cama para lanzarlos dentro de la lavadora. Luego no recuerdo más. Sólo sé que las paredes cedieron y una gran tromba de agua y fango, como el brazo tentaculoso y castigador de Dios, entró y nos arrastró a todos calle abajo hasta el mar. Ese aluvión se llevó a mis hermanos pequeños hasta la costanera y a mí me dejó inconsciente sobre un coche golpeado y dolorido.

Cuando desperté estaba rodeado de gente que me zarandeaba para despertarme convencida que estaba muerto. El sol golpeaba con tal fuerza que resultaba irónico saber que la noche anterior nos había caído el diluvio universal y, ahora el calor, había transformado el barro en polvo en suspensión que cubría la ciudad de una nube silicosa. No sabía bien dónde me encontraba; solo sé que estaba vivo, que cojeaba como un mendigo y que podíamos haber perdido todo de un zuacatazo. Busqué entre los damnificados a mis hermanos pequeños sin encontrarles y recorrí lo que quedaba de ciudad hasta que encontré nuestra lavadora partida en dos. No quería desfallecer, ellos tenían que estar vivos, algo en mí me decía que lo estaban y continué buscándoles entre los niños mocosos que me salían al paso hasta que di con ellos. Estaban los dos temblando de miedo en una esquina junto a un perro sarnoso y mojado hasta la cola que parece que les cuidó. Cuando me vieron se echaron a llorar con hipo y no supe más que decirles que se estuvieran calmaditos, que ya les había encontrado y que no nos volveríamos a separar. Nos quedamos en esa esquina un buen rato hasta que una mujer que estaba haciendo una fogata se acercó con una vianda con sopa que nos bebimos a sorbos.

La ciudad se separó después del cataclismo. Estaban los que ayudaban a buscar víctimas y los que no. Entre estos últimos estaban los cantantes, políticos y presentadores de TV que necesitaban publicidad y que venían montados en sus helicópteros con sus bonitos zapatos brillositos y las actrices famosas de tacones circumbirúmbicos que se negaban a poner un pie en el barro. Y nadie se bajó de helicóptero alguno; todos miraban como

de arriba no más, nadie se bajó a vernos ni a consolar a nadie. Desde arriba, entre las hélices, se oía que decían "Todo va a estar bien", "¿Necesitan algo?", "Ahorita viene la ayuda, compare" Así fue el primer día después de la tragedia.

Por la noche nos fuimos a la casa. Cuando llegamos nos dimos cuenta que había sido invadida por los vecinos porque era la menos dañada de la población (el salón y la cocina quedaron en pie), pero el agua se había llevado mi cuarto y el de mis hermanos chicos. Los vecinos habían improvisado dos paneles de fonolita que aislaban las habitaciones del frío del cerro y un par de vecinas habían cocinado usando lo que quedó en la alacena que no estaba podrido.

Esa noche no dormí ni mis hermanos tampoco. Pensaba en por qué nos pasaba esto a nosotros, pero luego me olvidé y di las gracias a Tatita Dios porque al menos estábamos vivos.

Al día siguiente llegaron los militares a dejarnos palas y todo el mundo a trabajar para despejar la ciudad. Cada vez que clavaba la pala en el barro y escuchaba un "clac" temblaba de miedo porque imaginaba que podían ser los huesos de un niño o algo peor. Al tercer día ya me daban igual los "clac, clac, clacs" intermitentes.

Hubo un chico que era vecino mío (que eso en el desierto equivale a decir que vivía a veinte minutos a pie) que nos vino a ayudar representando a la Universidad de la ciudad. Era blanquito, de manos muy pálidas y suaves. Se acercó a mí y me dio una pala nuevecita para que siguiera trabajando. Yo, como nunca pisé la Universidad más que para ir a limpiar los coches de los profesores, estaba convencido que no se podía tener una vida mejor y, menos aún, después de un cataclismo. Él me contó que hacía esto porque era de una ONG, pero que debería estar estudiando para los exámenes de Julio; bueno, lo mismo no porque como había sido el aluvión estaba todo el alumnado de la universidad ayudando a

rescatar víctimas y nadie estudiaba. Luego me confesó que cuando empezaran las clases de nuevo y llegaran los exámenes, los iban a rajar a todos porque los profesores de la universidad eran todos unos hijos de puta barata que les importaba una mierda ayudar al prójimo. Y yo que pensaba que los estudiantes lo pasaban chanco, pero no. Lo mismo un día me decido a estudiar cualquier cosa.

¡Ay si yo pudiera estudiar! Saldría del cerro donde vivimos y me llevaría a mis dos hermanos chicos a clases para que comieran en el casino de la facultad mientras yo memorizo día y noche las fórmulas esas que te ayudan a ser un hombre profesional. Tendría las manos suavitas como el estudiante aquel y no me daría vergüenza quedarme en casa sin ayudar a nadie durante un cataclismo para avanzar en las materias de los exámenes finales. Y pasaría todo con la mejor nota mientras que los demás se echan las materias con la conciencia bien limpia. ¡Debe ser lindo estudiar y aprender a hacer estas cosas sin sentirse mal! Ser ingeniero debe ser perfecto; empiezas en la universidad siendo un roto más al que las minas apenas le hacen caso, luego te titulas y empiezan las chicas a fijarse en ti porque, como vas a tener un sueldazo, todas empiezan a dejar a sus novios ridículos que han estudiado carreras de mierda como sicología y se van con un ingenierito que gana ochocientas veces más y tiene camioneta de la empresa. ¡Eso sí que debe sentirse bien rico! Que se te acerquen las minas, aunque sea por el interés, y la gente empiece, de la noche a la mañana, a respetarte porque sí, porque lo vales o porque todos piensan que has venido a rescatar al mundo con tus cálculos de estructuras y cosas complicadas de culebritas y trigonometrías de ésas. Ser estudiante de ingeniería, como el chico aquel, debe ser la bomba. Incluso éste me dijo que tenía un profesor (misógino y todo) que detestaba que las chicas estudiaran la carrera porque pensaba que sólo debería impartirse para los machitos y, que al final, todos debían seguir el mismo camino: preñar a la primera chica guapa que se cruzara por enfrente, conseguir un trabajo en una mina



ganando una millonada, no bajar el culo de la camioneta de la empresa, engordar como una puta cebolla, gastarse el sueldo comprando en el centro comercial con la parienta para llenar la casa de la Coviefi de cachivaches (como sábanas del Perú, zapatos super fashion con forma de bototos elegido entre una gran variedad de bototos todos iguales, piscinas de plástico para los niños, fundas para la camioneta, camisas a rayas, cuadros con naturalezas muertas, discos de los 80's, microondas, comida para cincuenta personas y cosas que digan que eres sibarita y mínimamente chileno). Según este profesor había que acabar hablando arrastradito, como si le perdonaran la vida a quien les habla y la señora con el mismo comportamiento. Convencerse de que era normal que las esposas de los ingenieros también cambiaran; debían volverse imbéciles, despilfarradoras, jamás mirar a los ojos a la empleada "*peruanita*", hinchársele el pecho en el mercado cuando la llamaran de "*casera, patroncita, que va a llevarle*" y volverse una gata en celo cuando, dando un paseo por la ciudad, su esposo saludase por la calle a cualquier compañera de trabajo con un "*hola*". Con ésas había que tener cuidado y jamás olvidar el consejo más importante que se le debe inculcar a la esposa de un ingeniero: "*Que no te pellizquen las uvas*". A todas esas fursias que tu marido saluda por la calle hay que tratarlas como zorras, que es lo que son, que na más que quieren robarte el marido por desvencijada que tú te veas al lado de ella, que seguro que te da mil vueltas, pero tú eres la esposa del ingeniero y las demás no valen un moco. ¡Las cosas claritas con esas perras!

Se me ha ido un poco la cabeza. Me pongo a soñar y no paro y me olvido que hay un cerro enterito de fango que hay que palear para ver si encontramos a alguien más vivo. Diosito quiera que encontremos más, Diosito quiera que encontremos más niños que son el futuro de nuestra tierra y, si Él quiere, algún día esos niños sobrevivientes puedan transformarse en ingenieros, ingenieros con señora incluida.

Todo lo que me queda de vida lo voy a gastar trabajando duro en lo que sea para que al menos mis hermanitos chicos puedan ir a la universidad de donde salen los ingenieros con esposa bajo el brazo. Sé que algún día ellos me devolverán la mano y cuidarán de mí. ¿No pido mucho no?

Gracias Diosito por estar vivo y por jamás quitarme las ganas de soñar. Ya me puedes mandar todos los aluviones que quieras que aquí mismito te espero yo con la pala en la mano. ¡Bendito sea Tatita Dios!

*“Il mondo,  
non si é fermato mai un momento,  
la notte insegue sempre il giorno,  
ed il giorno verrà...”*

*“Il mondo” - Jimmy Fontana*

*Si te extrañara tanto...*

... **M**e bajaría por la calle Maipú caminando lentamente, saludando a los vecinos, sombrero en alto, y me alejaría con mi dolor de pies hasta el muro del puerto que me separa del mar.

Mis pies son angulosos, blancos, larguiruchos y de uñas añejas, cansados de bajar una y otra vez esta misma calle a trabajar al puerto para, por la tarde, subir de regreso a nuestra mesa en nuestra casa de piso de tierra a que me pongas de comer.

Luego una taza de té negro y un cigarrillo mientras me cuentas tus cosas del día y yo te miro con la vista vidriosa porque eres la viejita más hermosa de este mundo.

Así estuvimos cincuenta años.

Mi vieja murió hace unos meses y, aunque no sé escribir muy bien, quiero que sepa que no la olvido porque la casa huele a ella, la humedad del piso huele a sus faldas, las ollas huelen a su comida y hasta las ratas, que se pasean frente a mí con la cabeza gacha, están de luto porque extrañan sus escobazos.

Mi viejita fue el regalo que me dio la vida. La conocí en el tren que venía del sur cargado de gente piojenta a trabajar en las minas cuando ya no quedaba salitre y las noticias viajaban a la velocidad de las nubes. Ella era la más hermosa de todas las mujeres que venía a labrarse un futuro y yo me enamoré de ella y nos escapamos. Recuerdo que esa noche nos tiramos abrazados tren abajo y caminamos por horas hasta que el frío del desierto de la Pampa nos venció. Caminamos sin rumbo, cogidos de la mano, como siguiendo la luna roja que a veces sale a espantar a los muertos del camino. Al día siguiente nos encontraron unos pirquineros que nos salvaron de morir de sed.

Mi vieja era una buena mujer, era valiente y no se asustaba por nada. Había cruzado con un desconocido el desierto de Copiapó y ella tan contenta. Ella supo desde siempre que lo nuestro iba a durar toda la vida, antes que yo incluso.

Recuerdo que llegamos a Chañaral, una ciudad fea, donde los grifos de agua escupían aceite y nos instalamos en unas casuchas en un cerro con vistas al Pacífico. Por la noche recuerdo que abría la puerta de calaminas y me encontraba siempre la luz de la luna reflejada en el océano. Bebíamos agua apozada en unos bidones azules de lata, revestidos de una pasta de alquitrán e infestados de

pirigüines. Cocinábamos a leña de cajones de manzanas y té ceilán. Los bidones casi nunca los llenaban los del camión aljibe así que había que cuidarla de que no crecieran pirigüines mezclados con el óxido, pero era inevitable, siempre acabábamos cocinando los porotos con algún trocito de aquellos gusanos. La nuestra fue una vida muy pobre, pero feliz incluso hasta el día que decidimos volver a emigrar mucho más al norte, a Antofagasta. Ella no se asustaba de nada. Ella decía que la vida es para luchar junto a alguien hasta que no quedaran fuerzas. En el fondo mi vieja siempre fue más bruta que yo.

En Antofagasta alquilamos la que actualmente aun es nuestra casa, en lo alto de otro cerro mirando el mar. Nuestro hogar era un cuarto con baño compartido con otros tres vecinos, todos ellos pirquineros y llenos de críos mocosos. Mi vieja crió tanto niño ajeno que al final, con los años, fue inevitable que todos la trataran como la nana de todos ellos. Siempre nos quisieron por eso de compadecernos por no haber tenido hijos.

A mi vieja la encontraron dormidita en su cama los mismos niños del barrio mientras estaba yo en el puerto. Nadie me avisó ni me fue a buscar, a nadie se le ocurrió que podía sacarme del trabajo antes de terminar el turno porque había muerto mi vieja (los jefes de las ciudades del desierto siempre han sido gente rara). Cuando llegué a la población ella estaba acostada sobre la cama rodeada de críos y las vecinas llenándola toda de flores de plástico porque en el desierto las flores de verdad no se dan. Yo me quité el sombrero y me cubrí el pecho porque no sabía si echarme a gritar o cubrirme la cara para que nadie me viera llorar. Ahí estaba mi vieja, blanca, peinadita las canas largas y con un gran ramo de flores lleno de polvo. Bajo la cama de hierro tres niños se peleaban por una chocolatina y una niña lloraba en una esquina con un gato metido en el bolsillo del delantal. Estaba todo lleno de velas como si estuviéramos en una ermita a la orilla del camino de Chañaral. Y no dije nada. Solo quería que me dejaran solo con ella para cogerle la

mano y hablarle hasta por los codos, pero la gente no se fue, se quedó en casa con todos esos niños revoloteando y, al final, se comieron todo lo que mi vieja había cocinado a mediodía. Ahora, seguro, todos tendrán la guata llena de pirigüines.

Desde la semana siguiente a que ella me dejara comencé a dar paseos por la playa. Dejé el trabajo, me jubilé, porque estaba cansado de regalar los pulmones en vez de haberme jubilado antes para pasar con mi vieja más tiempo. ¿A quién le importa un trabajo cuando lo que más quieres se va? Por eso salgo cada día a comprar dulces a los críos del barrio y a quitarle los piojos al gato de la niña esa para que no se muera consumido por los bichos. En la esquina, unos metros más allá de casa, me detengo a charlar con la madre de la niña del gato que tiene seis críos. Siempre está agobiada, siempre luce a punto de desfallecer, como si no hubiese probado bocado en el día por dárselo a sus polluelos.

- ¿Cómo está usted Don Luis? ¿Qué tal por la mañana? - me dice con las mismas ganas que tendría alguien al borde de un precipicio.

- Bien, doñita, muy bien. Aquí, dando un paseo hasta la caleta.

- El mar, eso, el mar es lo que le vendría bien – me responde como si fuese ya en caída libre – el mar es lo más bonito que hay.

Ella se mete a casa donde los niños gritan dando saltos sobre las camas. Pronto serán las doce y el cañonazo del puerto dirá que tiene que ponerse manos a la obra a vestir a sus angelitos para que se vayan de la mano al colegio. Darles a todos de comer, darles comida fiada en el almacén de arriba y pensar que quizá a fin de mes no se pueda pagar y la deuda vaya creciendo como el buche de un pavo.

Sigo caminando calle abajo, la calle empinada y llena de baches que nadie tapa, la calle recorrida mil veces cuando

volvíamos del viejo cine de calle Condell donde veíamos las películas de Raphael y Julio Iglesias que a ella le gustaban tanto. Siempre hay por qué vivir, por qué luchar, siempre hay por quién sufrir y a quién amar... La vida sigue igual. Ahora más que nunca entiendo estas sensiblerías que a ella le gustaban tanto; eran letras tontas, pero para ella lo eran todo. No hay otra explicación.

Yo no sé escribir muy bien. No se me ocurre qué más decir de ella. Yo no tengo esa cosa que se llama *estilo* como el que escribió lo de las gentes de Macondo. Yo sólo sé que siento pena y se me nubla la vista.

¡Ay viejita! Si te extrañara tanto recorrería el mismo camino de bajada al mar a buscarte a la fuerza envuelto entre las olas. Si te extrañara tanto fumaría más que nunca en la vida hasta que se me cayeran los pulmones viscosos de alquitrán. Si te extrañara tanto tomaría el primer bus al sur con la esperanza que tu fantasma se cruzara en el camino en mitad de la noche y me transformara en animita con velas a la orilla de la carretera. Si te extrañara tanto, como te extraño, no me permitiría respirar cuando me duermo solo en nuestra cama de hierro fría como un témpano solitario en el Pacífico. Si te extrañara tanto me dejaría caer del muro del puerto hacia el mar, el mismo mar que nos alimentó cuando no había nada qué comer. Si no te extrañara tanto no escribiría en el papel del diario esto para pedirte que no te olvides de mí porque me siento solo. No, no te extraño tanto porque, si siento de este modo, sé que te quedarás tranquila y vendrás cuando sea la hora de juntarnos otra vez, frente a frente, junto a un bidón de agua alquitranado en mitad del desierto. Allí meterás las manos y me lavarás la cara con agua cristalina. Ya no habrá pirigüines que nos enfermen del estómago ni horas del día que me separe de ti. La soledad del desierto será nuestro hogar y dejaré de llenar tu tumba de flores que no podrás oler jamás.

Mi vieja... se me acabó el papel del diario. Me voy al muro. Te quiero vieja.



## Una cierta nostalgia

Observo cómo va desmenuzando, miguita a miguita, la masa del pan semi-crudo a los pajarillos que picotean bajo la mesa. La observo de lejos.

Hubo un tiempo en que fue una mujer temible, de mano pesada como un hierro y voz retumbona, pero ahora no es más que una viejecita quejumbrosa que no sirve más que para alimentar bichos. *Mariquitas*, les llama, y los pajarillos se acercan a picarle las pantuflas entre sus risas de vieja desgastada y friolenta. A veces la sorprendo con la mirada triste y perdida en sus cosas y otras la pillo mirándome fijamente, como si me conociera de verdad, y me suelta un “*¡Qué me miras tanto, cabra floja, vete a mirar las cabras será mejor*”. Mi madre ya no es la de antaño, ni yo tampoco.

Los días pasan apacibles en Salamanca, aunque en casa de mi madre pasan más lentos como el paso de una bandada de

pájaros. Me levanto por la mañana y salgo de mi cuarto tropezando con el perro que sale corriendo a mear. Le echo una mirada triste a la cocina comida de mierda de hace siglos, llena de tarros de leche en polvo caducada, jarras de plástico con yogurt casero, ollas negras, tazas apiladas, cuadros y fotos viejas colgando de la pared y la piedra del suelo indecente que jamás nunca limpiaré. Me deprime la casa de mi madre, me deprime y enloquece. Bajo los escalones de piedra ennegrecida hacia el patio y voy al baño a ducharme con la ventana del baño que da a la calle abierta de par en par con la esperanza de que pase alguien, me vea desnuda e indefensa y me rescate. O al menos que alguien me vea. A esas horas de la madrugada no suele pasar nadie. Salgo al patio secándome el pelo y me hago la trenza frente al espejo de la pared con la peineta que clavo luego a la cola de caballo.

Todo lo que está fuera de casa está invadido por el parrón y todo, absolutamente todo, tiene un tono grisáceo por la ceniza del horno de barro. Observo lo que me rodea con palidez somnolienta: la piedra gigante semi enterrada en la esquina del cierre, los patitos aprendiendo a nadar en la acequia, el perro jugueteando con una manzana podrida y a mi madre que asoma apoyaba en el bastón pidiéndome que le haga el desayuno. Junto al baño, en el manzano donde cuelgo la ropa interior, se esconde el pavo esperando su ración de trigo majao. El gato duerme en el taburete de mimbre junto al fuego extinguido. El sonido del golpe del bastón contra la pared de adobe me despierta.

- ¡Priende el fuego que hay que poner las ollas! ¡Fíjese! ¡Niña güeona sin destino!

Una vez quise dejar a mi madre a su suerte, más sola que el cañonazo de las doce de los antofagastinos, pero me arrepentí. Vagué despeinada por la avenida del Esfuerzo hasta toparme con el loco del pueblo, el que *construye nubes*, y me pidió un cigarrillo. Pobre desgraciado; le miré con pena como si me viese a mí misma desde el cielo y le dejé hablando solo como siempre. Me sentí tan

mal ignorándole que deseé para mis carnes caerme de culo en el canal, allende el cerro, y ahogarme entre los pirigüines. Seguí caminando por la calle hasta el *Charap* y bajé por la feria de la esquina. Era una tarde cálida de primavera, el sol caía anaranjado sobre las hojas de los árboles y calentaba mi mollera y mis pensamientos malsanos. *¡Vieja puta!*, dije en voz alta y una mujer que pasó por mi lado dio un brinco del susto. La vi alejarse maldiciendo y luego me calmé pensando en qué le debía a la bruja de mi madre, algo que justificara por qué había regresado a cuidarla a mis cuarenta años, pero no encontré nada que valiera la penuria. Desperté de mi odio mientras abría la puerta de una camioneta conducida por un chimpancé con casco minero que iba rumbo a Los Vilos. Desde ese día no he vuelto a salir a la calle después de alguna discusión con mi madre.

- *¡Niña!*, me grita mi madre desde el dintel de la puerta, *¡Fíjese la sorda! ¡Oye! ¡Niña de mierda que no hacís ni juicio! ¡Si te viera tu taita!*

Si mi padre estuviera vivo mi madre ya estaría muerta. ¡Qué puta manía tiene de santificarle en su santo reino! Mi padre era la cosa más inútil que parió mujer alguna. Se levantaba por las mañanas, pescaba la olla de porotos y se la llevaba entera pa la chacra y no volvía hasta la noche apestando a vinacho y dándole de golpes a las puertas hasta que encontraba la cama. Al día siguiente lo mismo otra vez. El único recuerdo bueno que guardo de él es que me mostrara los pájaros de la noche, aquellos que solo huyen cuando se esconde el sol: los murciélagos de Llimpo.

Cierta vez mi hermano no pudo acompañarle a encerrar los animales, porque estaba enyesado por una caída de caballo, y me cogió a mí de la coleta para que fuera con él. Durante todo el camino no dijo *niúna* palabra, na más dijo que era una maldición haber tenido una niña mujer y que apenas pudiera me iba a soltar la rienda para que me largara con el primer huaso bruto que me bailara la cueca, me diera una chorrera de cabros chicos y me moliera a palos. Y así lo hizo. Al primer mozo que me rondó le dejó

que me llevara lejos. Cuando volví a casa, diez años después, golpeaba como un membrillo, mi padre había muerto pisoteado por un caballo, mi hermano se había largado con una camarera de un bar de Illapel y habíamos perdido todos los animales porque mi madre los había rentabilizado como pensión de viudedad. Yo le vine de perlas pa cuidarle en la vejez y no sé por qué no me negué. Simplemente me presenté en la que fue mi casa y me dediqué a cuidarla. Recuerdo ese día como si fuera ayer. Entré por la puerta, mi madre me esperaba tejiendo una colcha. Al verme sólo exclamó: *¡Fíjese cómo viene de murienta de atrás del cerro! ¿No traerás algún guacho bajo la pollera? ¡No amita, cómo se le ocurre!*, le respondí, *Dios no quiso darme hijos y si me los hubiera dao ni los hubiera traío pa que usted los mentara.* Mi madre bajó la mirada y con un gesto de la mano apuntó a las ollas y el fuego del brasero. Recuerdo ese día como el de la derrota; vacía por dentro, hueca, sin hijos, sin familia formada y acompañada de un perro guacho que me siguió desde el cementerio. Nunca me sentí más abandonada, era, era... era como recuperarse de la alergia al llantén y darse cuenta que tu vida huele a mierda de caballo.

Mi padre solía contarme historias de sus encuentros con el diablo que siempre vestía de negro, montaba a caballo y le brillaban los ojos como el fuego. Mi padre siempre se encontraba con *Él* cada noche que volvía de trabajar; por detrás del cerro, por la cuesta del molino, por Santa Rosa, husmeando en el cerro chico, aguaitándole desde el puente fiscal montado en su caballo negro. El diablo nunca le hizo nada. Mi padre ya tenía la vida bastante jodida como para asustarse con el malo. A mi madre le pasaba distinto. Mi madre vivía muerta de miedo porque el demonio se le presentaba como un perro negro de lengua roja que la seguía donde la viera hasta la puerta de casa. Una noche despertó gritando que sacara cagando el perro de encima de su cama. Esa noche me dio un susto de muerte. Estuve hasta las tres de la mañana dándole de golpes a la bacinica bajo la cama hasta que la vieja se calmó y siguió roncando.

Yo me desvelé convencida que sólo me quiere pa espantarle los malos espíritus.

Mi madre está en la puerta cogida de la reja hablando con el de la leche de vaca. Le debemos dos semanas. Esta vieja tacaña no hay manera que pague las cuentas de una vez, siempre se queda debiéndole a la gente, es como si no valorara que el lechero viene desde Camisa a traerle el encargo. A veces, incluso, me da vergüenza salir a comprar porque ella va dejando clavos en todos los almacenes y, cuando vuelvo a casa, es siempre llorando porque escucho voces que dicen que soy “la hija de la bruja sinvergüenza que no paga” y nunca compro na. Siempre se me olvida comprar.

¡Un día me voy a ir a la mierda y no voy a mirar ni pa atrás!... Puras mentiras, como la canción, me encanta mentirme a mí misma.

Llevo tanto tiempo cuidándola que he perdido la cuenta de los días y las horas. Ya ni sé si el ayer es hoy y si mañana ya pasó.

Todos los días hago las mismas cosas mientras mi madre se encoge más y más en la silla de mimbre con sus cuadritos de lana tejidos para una colcha que, si los juntara todos, mediría quinientos metros. La vajilla polvorienta en el mueble de la cocina, la mesa coja de madera, el parrón que no da uva, la caca de los patos, el vomito del gato, la cola del caballo donde clavo la peineta, el váter que huele a sexo agüado, la ventana de mi cuarto que da a la calle, la cama donde me duermo vestida por si hay que levantarse corriendo a despertar a la bruja cuando se ahoga, la radio que toca la misma canción de los “*Cuarenta grados, nena*” y la misma en invierno sobre “*la maldita primavera*”, la tele en blanco y negro sin antena, el mismo culebrón venezolano con la típica protagonista ciega, sorda, pobre, imbécil, abandonada por su familia junto al río y criada por una banda de maleantes, pero que termina siendo feliz con un galán guapísimo y rico (le debo tanto a Corin Tellado por mi existencia de *mujer-estúpida-traga-culebrones-mierdosos*, autora de los mejores guiones odia-mujeres que, si pudiera, le daría las

gracias a la cara por mantener mi culo pegado al piso de mimbre de dos a cinco de la tarde)

A veces me siento fuera de la casa, después de la novela, a comer duraznos con un cuchillo y a mirar el paso de las vecinas que traen a los niños del colegio. Las vecinas hablan a mis espaldas y me llaman la loca, la llorona, la fea culiá esa, la mula, la que no hubo quien preñara, la puta que se fue a un antro del pueblo del lado y ahora se hace la fina, la mala hija, la mala esposa y la mala todo. Las vecinas se han inventado tantas cosas de mí que han hecho mi vida hasta entretenida.

- ¡Ojalá y me muriera! – grita mi madre - ¡Tengo una hija que ni se ocupa na de mí! ¡Por qué no te vas a la calle y te casas con el primer *patapelá* que te le cruce!

Ya estamos otra vez. Si no fuera por mí mi madre no tendría con quien hablar y olvidaría cómo usar las palabras. Es incapaz de verme tranquila y le hierva la sangre que pueda tener alguna clase de contacto con la realidad. Yo no la escucho; cuando se pone así de estúpida es que ni la escucho. Me busca la bronca por cualquier custión y al final termina haciéndome mala sangre y ella tan pancha. ¡Vieja eh' mierda, ojalá y la enterraran viva!

Me meto dentro de casa a buscar la pala y la escoba pa recoger las cáscaras de durazno que he tirado. Entro dando un portazo y la veo de pie tambaleándose lanzando cosas al suelo con la mano sana y con el bastón dándole al perro. ¡Me vuelve loca cuando le pega al pobre! ¡Ojalá y me muriera ahora mismo de una vez! En el suelo luce en pedazos el primer juguete que alguien me regaló de niña: una manzana alcancía con un gusano tragamonedas. Ese ha sido el único regalo que recibí de niña y me lo dio mi hermano mayor, el que se fue con la camarera putingui de Illapel porque, quizá, se dio cuenta que mi madre era un cacho de mierda.

- ¡Yo no tengo hijos! ¡Estoy sola! ¡Sooooo! – grita con más fuerza para que las vecinas la escuchen y se piensen que la maltrato, pero ella se golpea contra la mesa y las paredes. Dentro

de un rato se calmará y se quedará dormida en el suelo junto a la frazada de cuadritos de colores y yo la arroparé cuidando de no despertarla.

Pronto vendrá la policía, alertada por los vecinos, a ver por qué grita esta vez. Para cuando vengan yo ya no estaré; habré dejado escapar al perro por la reja y me habré ido por donde vine. Yo, en vida, quería mucho a mi madre aunque ella fuera una vieja bruta, pero es que ni muerta la soporto y menos aun cuando me mira a la cara pa hacerme saber que me ve y me oye perfectamente. Ni siquiera es capaz de agradecer el que me haya quedado cerca suyo para velarle en sus últimos días. Serán pocos los siglos que ella tenga, aferrada a su ridículo rosario, para dar gracias a Dios por tenerme como a un perro fiel, como una perra hambrienta que vuelve una y otra vez a lamer su mano arrugadita cuando se queda dormida tirada en el suelo.





- Creí que “traición” era vuestra palabra favorita.  
- No, no... es “crueldad”. Siempre me ha parecido que suena más noble.  
*Diálogo entre el Visconde de Valmont y la marquesa de Merteuil*

*“Las amistades peligrosas” – Stephen Frears -*

## *Helicópteros*

**M**e siento tan culpable, pero no puedo parar de reír.

De niño siempre fui mentiroso. Me pasaba el día entero cavilando embustes para contárselo a las niñas tontas que se creían todo. Me acuerdo que la que siempre me hacía caso en todo era Grimaldina, la niña rubita que estaba en mi colegio del

pueblucho. Nunca más supe de ella desde el día de la noticia del fin del mundo que yo había escuchado en la radio evangélica. Al tiempo después mi padre compró las tierras de la familia de Grimaldina, amasó una pequeña fortuna y nos mudamos al norte cerca del Perú para hacer una nueva vida. Yo tuve que aprender a controlar estas locas ganas de mentir todo el rato pero lo logré a base de chuletas y tirones de oreja.

En la actualidad, después de intentar sacar Medicina, Ingeniería y Arquitectura (carreras de las que me echaron) acabé en Derecho. Aquí encajé perfectamente.

Ahora, que me queda poco para titularme, hago unas horas de prácticas en un despacho del centro de Antofagasta, del cual es dueño mi padre. Allí los abogados me tratan divinamente porque todos, en algún momento, han sido asesorados por mi padre para sus chanchullos personales con sus amigos ingenieros de mina y sus concesiones de exploración. En los temas que lleva mi padre no profundizaré porque desde que tiene negocios mineros con el hombre más rico del país está de un irascible que no hay quien se le acerque. Después de todo esta historia trata sobre mí.

En el buffet de abogados, como decía, todos me respetan y se dirigen a mí con mucho tacto porque saben que heredaré absolutamente todo, aunque sepa que en el fondo me envidian y odian. Sólo hay una persona que merece mi respeto: Patrice, el novato, que estudió como yo Derecho y el único que me mira a los ojos al hablarme y, si cometo errores, es el único que me enfrenta y me dice que la he cagado. La honestidad es mi virtud favorita, que quede claro, aunque eso no significa que yo la profese.

Patrice es la única persona con la que puedo hablar con sinceridad y sin temor a nada. Eso se agradece. Una noche que nos quedamos en el buffet redactando unos informes nos tomamos un par de whiskys charlando sobre nuestras respectivas vidas. Patrice

había nacido en El Salvador, esa ciudad que desde el cielo tiene la forma de un casco minero, y vivía en la ciudad desde pequeño como yo. Prácticamente habíamos ido a los mismos colegios y habíamos estado en los mismos eventos sin reparar el uno en el otro. Físicamente medía un metro ochenta como yo, era de piel pálida y unos ojos verdes que parecían salidos de una película de ficción. No era un bellezón de tío, pero si analizabas su conjunto podías decir que era atrayente como atrayentes son las serpientes que se enroscan en las patas de los caballos. Patrice era así; interesante, peligroso, con una imaginación bullente y una fuerza de voluntad que rallaba en la locura. Yo, por el contrario, era un chico físicamente normalito pero muy bien vestido. De mí sólo destacaría mi capacidad enfermiza de mentir, curiosa característica que despertó al conocerle y volvió a apoderarse de mi intelecto.

Nos hicimos muy amigos; tan amigos como podrían llegar a ser una serpiente y un ave de rapiña. Si yo, con mis mentiras, había alcanzado la maestría; él había conseguido llegar a ser el más fino de los perfumes europeos dentro de la nauseabundez de las malas acciones de la gente. Era mi ídolo. ¿No suena gracioso que una serpiente sea amiga de un ave de rapiña? A los enemigos se les debe respetar.

Por aquel entonces estaba en alza el uso de Internet para conocer gente y nos entreteníamos charlando y conociendo gente por chat a la que citábamos en el despacho para jugar a quién conocía a la persona más inteligente que no superara los treinta años. Les hacíamos venir, le desnudábamos a preguntas y luego nos íbamos a tomar copas por los bares. Algunas noches cogíamos el coche y recorríamos la ciudad olfateando gente en apuros que hubiesen salido a airearse. Les ayudábamos a encontrar trabajo, les asesorábamos gratis con sus problemas y les financiábamos algunos caprichos a cambio de ser nuestros amigos incondicionales, porque dos gatos como nosotros necesitan siempre de algún ratón con el que jugar.

Un viernes por la tarde Patrice se negó a salir de la oficina y prefirió que nos quedásemos en el buffet todo el fin de semana encerrados revisando unas licencias. Mientras nos tomábamos un café y un cigarrillo en el hall de entrada me miró a los ojos y me dijo lo mucho que me detestaba y admiraba a la vez. Por tal quiso proponerme apostar nuestro futuro en la empresa. Siempre lo supe: Él me quería cerca pero olía perfectamente que quería mi sitio junto a mi padre.

El trato fue el siguiente: tendríamos el fin de semana para que ambos lográsemos que un chico se enamorase de nosotros. La prueba no era demostrar que un hombre, heterosexual o no, puede cambiar o enamorarse en dos días, la prueba era que nosotros podíamos cambiar y mostrar sentimientos y, una vez lo lográsemos rechazar a nuestra conquista sin ninguna explicación. Ganaría quien se mostrara más cruel. La prueba sería más difícil si nos apoyáramos en nuestra propia naturaleza masculina calculadora. Entre hombres nos conocemos muy bien: A un hombre tenías que desbaratarlo desde el interior, hacerle dudar de sus deseos y elevarle a lo más alto de la rueda de Chicago para luego soltarlo en caída libre ¡Allí es donde se esconde el verdadero placer! En las lágrimas de quien te ha llegado a amar y que ahora te mira a los ojos incrédulo, desilusionado e indefenso ante la mordedura mortal de tu veneno.

Para completar la prueba debíamos ser lo más transparentes el uno con el otro informando de los avances que llevásemos a cabo. Eso sería fácil. Sería como el cuento de la abeja haragana y la serpiente en la cueva.

*—¡Ah, ah! — Exclamó la culebra, enroscándose ligero — ¿Tú crees que los hombres que les quitan la miel a ustedes son más justos, grandísima tonta?*

*—No, no es por eso que nos quitan la miel —respondió la abeja.*

—¿Y por qué, entonces?

—Porque son más inteligentes.

Y quien ganase se llevaría el premio de ver al menos despiadado salir del buffet el lunes por la mañana sufriendo la mayor de las vergüenzas profesionales. Yo jugaba con ventaja, pero él algo ocultaba porque mostraba una seguridad en sí mismo que era insana.

A dos minutos de haber comenzado la prueba conocí en un chat a un muchacho que se hacía llamar Lekaino, oriundo de Iquique a 400 kilómetros de distancia, lo que complicaba mi prueba, pero decidí ser lo más temerario posible y ganarle terreno a mi rival contándole a mi víctima de qué se trataba nuestra apuesta: un hombre que sabe que es parte de un engaño y sin embargo le dices que terminará por caer ¡Eso si es un reto!

Él, por el contrario, dejó de lado el chat y publicó online una foto suya en una página de contactos del principal periódico de la ciudad ofreciendo asesoría a hombres que quisieran casarse en el extranjero. Cinco minutos más tarde los teléfonos del buffet no paraban de sonar: todos los chicos gays querían conocer y contratar al chico francés (mentira) que estaba al borde del despido improcedente de mi padre por ser homosexual ¡Encomiable! Tenía la mitad de la prueba conseguida y un sitio donde caer en caso de perder.

Mientras él cogía llamadas de parejitas yo le reservaba un vuelo a Lekaino para que al día siguiente a primera hora estuviese en la ciudad y nos conociésemos. Antes de eso me desnudé completamente y me hice una fotografía que le mandé por mail a mi conquista. Cogí el teléfono y le llamé mientras me paseaba desnudo sobre la alfombra hereke de seda asegurándome de que mi voz

tuviese el tono de voz adecuado. La voz de Lekaino, a diferencia de lo que esperaba encontrar, era masculina, cálida y, digámoslo así, madura al hablar sobre cómo era su vida, su familia, sus amigos y la ciudad en que vivía. Lo que yo le conté de mí, en plan íntimo, era todo una gran bola de mentiras que él ya se conocía perfectamente. Y es que debo decir que mentir me encanta aunque no todo el mundo se trague mi mierda.

Luego de hablar unos minutos le prometí enviarle el helicóptero de mi padre a recogerle, para acelerar las cosas, si aceptaba venir a la ciudad a pasar el fin de semana y conocernos. Lograría que él, aunque no le gustasen los hombres, se enamorara de mí y de la mentira de mi vida. Lekaino aceptó porque no conocía la ciudad y porque le prometí que podría conocer a Patrice, que era un encanto de muchacho y, si yo no le entusiasmaba, podría quedarse con él todo el fin de semana con los gastos pagados en el mejor hotel de la ciudad. Luego de eso me vestí y colgué la conexión satisfecho con una gran sonrisa. Lekaino llegaría a la ciudad más pronto de lo que imaginaba.

Patrice, por el contrario, citó en el despacho a uno de los chicos que le llamó y que estaba interesado en viajar a Europa a casarse con su novio y; así, emigrar para conseguir su permiso de trabajo y residencia ¡lba a destruir una pareja seduciendo a este chico para que perdiese su futuro cuando cayese en caída libre! ¡Soberbio!

Eran las ocho de la tarde. Los últimos rayos violáceos de la tarde entraban por los cristales del despacho. Según pintaban las cosas teníamos algo tejido a pocas horas de haber empezado pero el resto de la noche pintaba negra y tensa.

*“Fue una noche larga, interminable, que las dos pasaron arrimadas contra la pared más alta de la caverna”*

Exactamente dos horas más tarde, entre llamadas de teléfono, cafés y cigarrillos, Patrice abrió la puerta del buffet y su cita apareció. Era un chico delgado ¡qué importa cómo se llamaba! de aspecto desaliñado con una extraña mirada que entró sin decir nada y se sentó a llorar en la recepción ¡Adorable! Estaba sufriendo porque no podía casarse con su novio en Chile y Patrice, su salvador, le aconsejaría sobre los pasos a seguir en España, por ejemplo Colmenar viejo, le sugirió. Cogió el teléfono y usando un registro de empadronamiento falso le apuntó para casarse allí dentro de dos meses. Tiempo suficiente para que él le preparara permisos de trabajo y residencia acelerados completamente gratis. Mientras hablaba con él le sirvió una copa de champán y le preguntó por su novio. El chico dijo que le pasaría a recoger al buffet más tarde al salir de su trabajo en el Club de Yates ¡Perfecto!

¡Dar ilusiones a un desconocido! Lo que hago todos los días Patrice lo hacía mejor que yo con una soltura bestial, sin cobrar nada y divirtiéndose ¡Crueldad!

Lekaino me telefoneó desde la calle. El chofer de mi padre había aterrizado en el helipuerto y le había traído en coche atravesando la ciudad. Me asomé por el ventanal de la oficina hacia la calle ¡Allí estaba él justo en la esquina con un pequeño bolso de mano al hombro!

- Baja - me dijo muy nervioso - nunca había hecho una locura así.

Bajé en el ascensor asegurándome de que Patrice no me perdiera de vista desde lo alto del edificio. Detrás de él se asomaba tímido el rostro de su futura conquista. Sin darme cuenta le había regalado unos minutos preciosos a solas con él mientras yo intentaba convencer a Lekaino de que todo era verdad para que subiera al buffet sin miedo alguno. ¡La fiesta recién comenzaba!

*Patrice*

A veces sueño que bailo en un salón pisando cabezas de serpientes.

Miro por el ventanal del edificio y le veo bajar cruzando la calle Prat en búsqueda del tal Lekaino. Mi visita se ha impacientado y quiere que le siga dando más información de cómo casarse en el extranjero, pero a mí sólo me preocupa ganar la apuesta con mucha ventaja, porque ya sé que ganaré, a mi amigo Pablo. Le sirvo otra copa de champán y que se espere como ha esperado tantos años para salir de aquí de la mano de su novio y casarse en España. Esperar algo más no le hará daño, se ha apoyado en mí y ahora tendrá que confiar en mi sapiencia.

Pablo camina con mucha seguridad hacia su cita sin saber que he cogido su número de teléfono y lo he publicado por todas partes en Internet. Tendrá que intentar ganarme atendiendo a todas las llamadas que recibirá y en algún momento tendrá que apagarlo. Cuando lo haga, habré ganado la mitad de la prueba.

- Hola Pablo – le digo al móvil mientras le veo a través de los cristales. Pon el altavoz de tu teléfono para que haya transparencia, ya sabes.

- ¿Qué quieres? – me pregunta nervioso mientras habla algo que no alcanzo a escuchar con Lekaino.

- Me has dado ventaja dejándome solo aquí arriba – le recrimino – pero no importa porque sabré devolverte la mano y quedar iguales.



Escucho cómo le pregunta por el libro que lleva en una mano y de qué se trata. Lekaino le dice que es un libro escrito por él mismo y que espera le ayude con los contactos editoriales que le prometió. Me sonrío de mala gana. Lekaino le da la espalda, se ha distraído mirando un escaparate. Escucho cómo le dice que está hablando conmigo por teléfono y que en un momento estará con él.

- Tengo que cortarte – me dice.

- Haz como que me has cortado y mantén el móvil en la mano – le respondo – quiero escuchar todo lo que habláis.

Pablo acepta. Se acerca a Lekaino y le dice que le encantaría leer su trabajo y que se encargará de recomendarlo a los amigos editores de su padre para sacar una edición y venderla ¡Pedazo de mentiroso!

El chico le ha dado un sobre que saca de su bolso de mano; es un sobre grande de papel por lo que alcanzo a ver. Luego le ha hecho un par de preguntas algo extrañas que escucho a través del móvil abierto de Pablo.

- ¿Qué tal el vuelo en helicóptero? – le pregunta.

- ¿Qué helicóptero? – le responde éste – yo vivo a un par de calles de aquí.

- Eres Lekaino ¿no? – pregunta Pablo extrañado - ¿No has venido desde Iquique?

- ¿De qué me estás hablando? ¿Estás drogado?

Río a carcajadas satisfecho. Pablo le invita a subir según lo acordado pero el chico se niega nervioso. Yo creo que te confundes, le dice, yo no soy así.

- Has estado hablando conmigo hace un rato, vives en Iquique, he mandado al chofer de mi padre a buscarte en Helicóptero a tu ciudad ¿No lo recuerdas? – Le recrimina Pablo - ¡Yo creo que tú eres de esos tipos que chatean con mucha gente a la vez, que se olvida de su propio nick y se confunde con todas las mentiras que suelta en Internet!

Mal paso Pablito, pienso, pero veamos cómo sales de ésta. Yo creo que hemos dado con un tío más listo y mentiroso que nosotros dos.

El supuesto Lekaino se acerca amenazante a Pablo y le dice: Yo hablé con alguien por chat que prometió leer mi libro y supongo que eres tú, lo he traído, te lo dejo, lo lees y decides si vale la pena publicarlo. Si no te gusta lo tiras y se acabó el cuento.

Pablo corta el teléfono y me asusto, pero luego le veo cruzar la calle con el libro en la mano. El supuesto Lekaino no ha subido con él, se ha quedado en la calle tan tranquilo. Sólo en este momento pienso en lo que estamos haciendo y en que se nos va la cabeza. Aún no entiendo como hay gente por ahí que confía en nosotros.

Antofagasta no es una gran ciudad, es más bien pequeña en extensión, de noche puede parecer tranquila, pero engaña y mucho. Los crímenes más atroces se han perpetrado en ciudades desérticas donde parece que la vida humana no vale nada. En esta ciudad puedes pasear por las calles y advertir que, si eres distinto, todos te miran y lo hacen a los ojos si ven que vas contra la corriente y eso da mucho miedo. A pesar de que lo nuestro es sólo una apuesta tonta por un trabajo no deja de preocuparme que puede haber gente más ociosa y dañina que nosotros.

Pablo abre la puerta del despacho intentando que la indignación no se le note en el rostro pero es muy mal actor. Está

convencido que siendo directo, explícito y bruto puede engañar a la gente. Le tiene demasiada fe al poder del dinero, dinero que no tiene ni tendrá nunca porque no sabe qué es eso, ni cómo se gana con esfuerzo ni cómo se pierde con estilo. El sólo sabe que el dinero está ahí para comprar a la gente; que puede plantarse frente a alguien y decir: tú canta para mí, tú baila y diviérteme, tú desnúdate, tú ponme una copa, tú quiéreme más, tú quítate de mi camino, tú cómprate algo bonito, tú déjame entrar a la discoteca, tú olvídate de mí. Y en la vida no se puede actuar así, o no se debe. Él solo entiende el amor como esto es tuyo, esto es mío.

¿Tú, si tuvieras mucho dinero, actuarías así? Estoy seguro que sí. Los pequeñitos y los miserables que dan un golpe de suerte son los peores. Es su naturaleza.

Pablo, desde luego, no tiene dinero por lo que no entiendo cómo puede actuar así tan despectivamente con todo el mundo creyendo que nadie se da cuenta. Aquí en el buffet cada vez que entra por las mañanas es un cúmulo de comentarios bienintencionados de su parte a todo el mundo que llega a trabajar, deteniéndose cada cinco metros, con cada uno de ellos, saludando con un grandilocuente ¡Buenos días!, ¡qué bien te queda esa chaqueta! ¡Qué lindo peinado te has hecho! ¡Cada día estás más delgada! ¡Es idea mía o estás más musculoso! ¡Feliz cumpleaños! ¡Felicidades por tu hijo! Es un hombre sin pasado ni clase y no tiene interés en tenerlo. Voy a tener que enseñarle haciendo que pase algo de miedo.

Pablo tiene una mirada derrotista pero fija su atención en mi cita: el chico que quiere casarse con su novio.

- ¡Tú cómo te llamas! – pregunta encendiéndose un cigarrillo.

El chico se llama Miguel. Un nombre común para un chico común con una vida común y sin mayor ambición que ser feliz con

su chico. Lo miro. Está hojeando unos papeles que están sobre un escritorio y dice su nombre sin prestar mucha atención a Pablo que se va a por una copa con el libro de Lekaino en la mano.

- ¡Miguel qué! – vuelve a preguntar - ¿No tienes apellido?

- Déjale en paz – digo – le estoy asesorando con los trámites que tiene que hacer para casarse sin problema en Europa.

El móvil de Pablo suena insistentemente. Me mira ofuscado y yo sonrío. Sé que han comenzado a molestarle sin parar desde que ha entrado al edificio con llamadas al móvil y le escucho hablar con desconocidos: gente que le pide una cita, que le pide una pizza, que le pregunta qué lleva puesto, que quieren denunciarle, que quieren explotarle. A todas ellas corta furioso. Es un hombre bajo presión sin control como siempre supe.

Miro la hora, es la una de la madrugada. Nuevamente Pablo recibe otra llamada pero esta vez se detiene a pensar antes de responder. Sé que es el chico del libro que le está pidiendo algo y esto le irrita más pero a pesar de esto tiene tiempo de hacer una estupidez sin límites dándole el teléfono fijo del buffet. Apaga el móvil y lo lanza contra la pared para seguir leyendo el libro ése. Sé que algo está tramando.

Miguel se ha asustado un poco, pero luego sigue hojeando unos papeles. Me acerco a él. En las manos tiene dos grupos de currículos, a un lado tiene a la gente con foto y en otro los currículos de gente sin foto y me explica que si fuese jefe de personal no contrataría a nadie que no pusiese una foto nítida en ellos, luego cogería a la gente que le diese la impresión de tener menos problemas porque, aunque suene incoherente, esta gente es la que primero se larga dejando todo tirado. Y finalmente, de este grupo llamaría a entrevista a los que tuviesen alguna incapacidad física y que no tuviese problema en ponerlo en un currículum.

- Miguel – le digo - ¿tienes trabajo? Si lo tienes quiero que renuncies inmediatamente y comiences aquí el lunes en Recursos Humanos. Estoy seguro que las condiciones económicas te vendrán bien, podrás ahorrar y hacer tu vida con tu chico con un futuro más estable y haciendo las cosas con cautela.

El rostro de Miguel se ilumina maravillosamente, coge el teléfono para llamar a la consultora donde trabaja y deja un mensaje en el contestador renunciando en mis narices sin pensarlo, lo que me hace desestimar mi pequeño triunfo porque en lo fácil no hay reto ¡Me siento tan desdichado en esta ciudad donde no hay sitio para mí!

Después de pensarlo, Miguel sólo trabaja en una consultora minera y por muy mal que quede puede volver una y otra vez a cualquier otra. Le sugiero que me firme un contrato que le vincule aún más y, si nos demanda, será el buffet quien responderá por mí.

La lectura de Pablo se detiene cuando suena el teléfono del buffet. Es Lekaino que quiere saber cómo va la lectura del libro. Les escucho discutir hasta que cuelgan. El teléfono vuelve a sonar insistentemente, pero Pablo ya no lo vuelve a coger porque sabe que ha cometido un error muy grave.

*Aliguel*

Yo no sé nada. De esa noche sólo me acuerdo que fui al edificio maldito ese de calle Prat a dejar una pizza que encargaron sobre las diez de la noche. Me abrieron abajo en recepción y el de la entrada me dijo que allí no habían pedido nada. Pensé que el guardia ése quería que se la dejase gratis y aproveché un descuido suyo para colarme al ascensor y subir a la planta que me habían dicho. Una vez arriba toqué el timbre del buffet de abogados y la puerta se abrió sola. Entré pero no había nadie. Estaba todo a oscuras y solo se veían las luces de la noche colándose dentro.

Dejé la puerta entreabierta y tuve la sensación de que me hablaban muy cerca, casi al oído. Me llevé un susto que se me saltaron las lágrimas y me senté en una silla para recuperarme. Sentí como una brisa que me atravesó y la puerta del buffet se cerró de golpe como si alguien hubiese salido con prisa al ascensor.

Me olvidé de la pizza y de todo. Estuve jadeando asustado un rato y en la oficina aquella escuchaba a alguien respirar, un hombre quizá. Me acerqué al ventanal y estuve mirando a la calle un rato hasta que empañé el cristal de la ventana.

Cuando se me quitó la taquicardia, sentí como si hubiese regresado alguien a la habitación y la puerta volvió a abrirse. Estaba paralizado, no podía moverme del miedo y los teléfonos del buffet comenzaron a sonar todos, absolutamente todos. Cogí uno: al otro lado de la línea había alguien preguntando por una editorial a esas horas. Colgué como un autómata y marqué a la pizzería con una mezcla de felicidad muy rara. Llamé, desde ese mismo teléfono, y renuncié. No quería saber nada más de este trabajo.

Apenas lo colgué saqué fuerzas de flaqueza para salir corriendo de allí hacia el ascensor sintiendo que me llamaban por mi nombre pero no quise volver la vista atrás.

El guardia de seguridad de la entrada me detuvo por colarme y llamó a la policía a la que conté esta misma historia.

Desde ese día evito pasar frente a aquel edificio, el más alto de la calle Prat porque allí sé que ha pasado algo raro.

### *Lekaino*

Tenía la mala costumbre de quedar con gente de los chats porque me sentía solo. ¿He dicho mala costumbre? Cuando me convencí de que no era el medio correcto de conocer a nadie me decidí a charlar sin más usando distintos nombres y soltando tonterías a destajo con tal de que se me ocurriesen ideas y pudiera inspirarme para seguir escribiendo, que es lo que más me gusta. En la central de teléfonos de taxis que está por el Estadio Regional, algunos días no suele haber mucho trabajo y me entretengo escribiendo y escribiendo. Yo creo que no soy muy bueno pero no por eso voy a dejarlo. Quizá algún día salte la liebre como dice mi amigo Isaías, o quizá ya saltó lejos de las madrigueras a las que les tengo puesto el ojo.

He enviado algunos trabajos a las editoriales y he conocido a algún editor interesado en publicarme pero no pasa más allá de un simple interés. Un día voy a terminar vendiendo poemas en los semáforos por algunas monedas o colgaré mi trabajo en internet, que para el caso es lo mismo, pero al menos me leerán.

Una tarde de viernes, estando en casa, me puse a charlar con un tipo que se llama Pablo, decía que trabajaba en el buffet de su padre que era uno de esos nuevos ricos y me pidió que imprimiera uno de mis trabajos y se lo llevara con el compromiso de leerlo y, si era bueno, editarlo en Santiago. Me habló de su vida a grandes rasgos y como me cayó muy bien le dije que escribiría un cuento imaginándome la vida que yo creía que él tenía. Él aceptó muy agradecido y le comenté que en un par de horas me acercaría con el cuento que escribiese y se lo dejaría dentro de un sobre en recepción. Pablo me pidió que lo hiciese con el detalle de que



hablara de un amigo suyo en el cuento también que se llama Patricio o Patrice, algo así y que me inventara lo que me diese la gana y así lo hice. Estuve escribiendo una historia improvisada y la imprimí. Salí corriendo de casa y quedé en juntarme con él en el Paseo Prat por la tarde, sobre las ocho, no recuerdo bien. Llegué y llamé a su móvil pero nadie respondía. Debí imaginarme que era una jugarreta como las que hace esta gente de los chats y estaba a punto de irme cuando un chico vestido de uniforme de vigilante de seguridad cruzó la calle y me preguntó algo de un vuelo en helicóptero. Me asusté un poco porque hay mucho loco suelto por ahí y éste me arrebató el sobre con el libro de las manos. En el forcejeo el sobre cayó al suelo. Al mirar hacia abajo no había nada y el chico había desaparecido. Me quedé paralizado unos minutos sin creer lo que me estaba pasando. Luego de un rato eché a caminar sin dirección. Llamé al chico éste pero no logré hablar con él. Cada vez que le llamaba creo que alguien lo cogía pero no llegaba a escuchar nada. Así estuve hasta que me saltó la grabadora del móvil dándome un teléfono fijo al cual llamé muchas veces sin obtener respuesta. Ese “algo” me había robado mi libro. Lo peor es que no sé bien qué sucedió, no tengo una respuesta racional a ello.

Sigo escribiendo, pero ahora lo hago sólo para mí.

Con el tiempo, leyendo las noticias en el periódico, leí que habían detenido a un repartidor de pizza que intentó colarse esa noche al edificio. Sólo decían que después de detenerle había estado preso una noche y que al final lo habían soltado. No era una gran noticia, pero mi ciudad es así de aburrida.

Meses después volví a leer una esquila con el nombre de dos guardias de seguridad que había muerto por un escape de gas. Eran dos chicos que estudiaban Derecho y que hacían prácticas en el buffet del edificio. Esa era la versión oficial.

Mi versión es la que cuento en esta historia: dos chicos que aún habitan en esas oficinas y se pelean por saber a cuál de ellos recuerda la gente después de muertos y cuál de los dos pudo dejar huella.

Según mi opinión a ninguno se le recuerda por eso buscan contacto con gente que cuente su historia. Sólo a eso puedes aspirar si no has dejado huella y has desaparecido de manera violenta, sólo a eso.

A veces, cuando me aburro en el trabajo, sigo llamando de noche al buffet para escuchar lo que dice el silencio de ese lugar en lo alto de ese edificio. Y escribo.

“Son las siete de la mañana. Hora en la que Pablo y Patricio deberían salir de su turno de vigilancia en el buffet de abogados de ese edificio. Ya les han reemplazado por otros después del escape de gas. Pero ellos continúan yendo a trabajar de viernes a domingo haciendo lo mismo que hacían en vida: mentir sobre sus vidas imaginando que uno de ellos es el hijo del dueño de todo y el otro que le envidia a muerte. También se entretienen estudiando para exámenes que jamás rendirán, enfrentando opiniones, resolviendo casos ya resueltos y buscando nuevas causas que apoyar. Juegan con la gente y compiten sin fin.

Según Pablo es él quien ha ganado porque ha logrado que una persona anónima escriba algo sobre él, que quizá no se ajuste a lo que era en vida, pero es una buena aproximación. Después de todo él mismo siempre decía que era un hombre muy mentiroso así que nos conformaremos con esta mínima descripción.

Patrice no logró superar el logro de su amigo y cada viernes noche trama nuevos retos para probar su poder de convencimiento sobre la gente incitando a hacer cosas que nadie quiere hacer.

Según mi entendimiento ambos han sido olvidados. Aunque no puedo evitar sentir curiosidad por ellos cada vez que paseo por el paseo Prat de Antofagasta y veo el edificio semi-vacío; a veces, incluso, he llegado a escuchar el siseo de las hélices de un helicóptero volando sobre él.

Ahora sé que Pablo ganó su apuesta y entiendo por qué se siente tan culpable y; a pesar de eso, no puede parar de reír. Decirle a un mal escritor de que le van a publicar es un engaño muy morboso.

## *Epílogo*

Pablo se quedó con el libro que escribió Lekaino en la mano y luego cogió el sobre cuyo interior contenía las hojas del cuento que hablaba sobre él y se lo alargó a Patrice en señal de triunfo.

- En unas cuantas horas le he arrancado a un desconocido una muestra de amor sin apenas conocerme – dijo Pablo – Con esto podemos decir que he ganado.

- ¡Al infierno contigo!- respondió Patrice entre gritos.

Pablo lo miró perplejo. Decir que estaba fuera de sí sería una redundancia vulgar porque lo estaba. Dentro de él había tanto odio que parecía que su piel se transparentaba.

- ¡Yo tengo poder sobre la gente! – dijo Patrice – ¡he obligado a alguien a renunciar a algo que tenía seguro!

- Era un pobre repartidor de pizza, le has metido un susto y ya está – dijo Pablo – lo que hice yo ¡eso sí es perfume!

La versión oficial cuenta que Patrice apretó el cuello de Pablo hasta quedarse sin fuerzas. Apretaba como si quisiera con ello detener el tiempo y quedarse así, aislado, para siempre, como la abeja haragana y la culebra de ojos verdes en la cueva del buffet. Cuentan que se dieron de golpes hasta quedar inconscientes en el suelo. Lo del gas fue posterior. Al día siguiente les encontraron tirados en el suelo como el cadáver de una serpiente entre las garras de un ave de rapiña.

Las últimas palabras de Pablo fueron un sigiloso “lo siento”. Patrice se quedó junto a su cuerpo tirado unos minutos, pero luego se fue decidido a la cocina del buffet a abrir las llaves de paso del gas. Patrice se desmayó junto al cuerpo de su enemigo sin decir palabra alguna que le diese sosiego. Y así una y otra vez, cada noche, cada fin de semana. Y seguirá siendo así hasta que Patrice sea capaz de dejar de lado el odio. Mientras eso sea así Pablo llevará ventaja por alguna ley universal que le permitirá salir a vagar por las calles mientras su amigo le observa preso desde las alturas del edificio.

La eternidad es un error, vivirla ciego lo es más aún. Pablo lo tiene claro y el perdonarse a sí mismo le ha permitido salir a tomar el aire por el paseo Prat. Pablo es libre tanto como para que los demás le envidien mortalmente.



*... Será como aquella canción de los años 80,  
Seré como el tipo que algún día fui...*

*“Años 80” – Los Piratas -*

*¿Qué va a ser de nosotros?*

✎ Escribir es rescatar a la gente del olvido.

A veces salgo a dar paseos por Madrid y hago videos. Videos que hablan de la gente anónima que no tiene nada que vender, gente que vive al margen de las corrientes, gente que vive sin estorbarle a nadie. Pero también hay gente de la otra, como yo.

Me encontré con una amiga que no veía desde hace siglos. Estaba igual, nada en ella había cambiado. Ahora es profesora de algo y me hablaba todo el rato de su Licenciatura y de las clases

que daba como si yo fuera uno más de sus alumnos. Al hablar parecía otra persona.

- Joder, tía, hablas tan raro que parece que te hubieran abducido.

Su rostro se tornó violáceo. No recuerdo que su piel hubiera alguna vez adquirido esa tonalidad cuando nos íbamos después de clases al bar a emborracharnos. En aquellos tiempos ella me hablaba como a un igual mirándome a los ojos. Ahora me mira como si yo fuera un retrasado por no haber elegido lo que ella. Me cansé de oírla y me perdí entre las calles camino a la Gran Vía. A veces creo que ella aún sigue abducida hablando sola en esa esquina y a toda la gente pasando por su lado.

Cuando me miro a mí mismo lo hago con música de fondo. ¡Cuánto me gustaba The Cure! Su música me da esperanzas de un mundo mejor, aunque no estoy tan seguro. Me siento viejo, cansado y de mal humor todo el tiempo. Sólo me relaja salir a dar paseos descubriendo los sitios escondidos de esta ciudad sagitario.

*Pictures of you...*

Me detengo cerca de la esquina de calle Montera, donde se paran los hermanos *jevis*. Si sintieras curiosidad, extraña sensación que ya no recuerda ningún ser humano, podrías ir corriendo a abrir un buscador de Internet y verías que se trata de dos hermanos sobrevivientes que se paran en la Gran Vía de Madrid a hablar con la gente. Hablar; no son unos locos, sólo hablan contigo como si estuvieras en un bar entre amigos. Arreglan el mundo, viven como pueden, visten como metaleros, son honestos y consecuentes, son los hermanos *jevies*, último reducto de sinceridad en el corazón de Madrid.

Espero recordar donde vivo porque cada día me cuesta más llegar a casa. La primera vez que me ocurrió iba escuchando a



*María de Medeiros* y perdí horas y horas buscando el mar de Lisboa sin recordar que estaba en Madrid.

¿Alguna vez os habéis hecho esta pregunta retórica y retrógrada de hacia dónde vamos? Yo ya no lo hago. ¿Para qué? ¿Para deprimirme pensando en que no voy a ninguna parte? Prefiero hacer videos de la ciudad y caminar por ella pensando en una canción triste con la que editar las imágenes intentando no salir, pero cediendo a la tentación. Es una sensación agradable reconocer el caminar de tus pies en la pantalla porque sólo así puedes decir que ha quedado vestigio de tu paso por las aceras. Mis pies tocaron la tierra. Eso me tranquiliza.

Si bajas hacia Plaza España y se hace de noche no te preocupes, siempre estarán los carteles de los musicales para iluminarte. Cómprale una cerveza a algún chino en la calle, enciende un cigarrillo que compres en un bar y suéltale un piropo a alguna bella prostituta. Las prostitutas de calle Montera están hartas de los mismos babosos que un día fueron hombres de verdad. Sé un caballero. Ella te lo agradecerá y alguien al final del día se acordará de ti.

Si te apetece ser un payaso apúntate a algún movimiento de reivindicación gay. Piensa en cómo sacarle el dinero a la gente y luego cuélgate el cartel de defensor de algún derecho que creas que falta por conseguir (promete aunque luego no logres nada) Serás el héroe del día. Serás como Alaska bajo el sol. A los seres humanos nos enloquecen las caricaturas de uno mismo y esta es la manera más políticamente correcta de decir que estás con las minorías, pero que en el fondo todo te importa un soberano carajo (con el auspicio de alguna bebida energética gay). *Panem et circenses*: entretenimiento de baja calidad, pan y vino para desviar miradas, venta ambulante de rostros famosos, la canción del verano escrita en dos días con un video de presentación malo, libros escritos por negros al servicio de algún participante de un reality

donde sólo cuente mierda de otro famoso, pases de discotecas, pollos musculados danzantes y, al final del día, una entrevista para cerrar con un sonoro “*Yo luché por esto o aquello*”

Si me deslizo por calle Fuencarral soy capaz de encontrar ropa y zapatos baratos. Para eso me sobran Custo, G-Star, Desigual y todos sus clones que subrepticamente sugieren la idea que, si no vistes como los enanos uniformados que se dejan el sueldo en sus tiendas, no eres nadie.

Salgo a la Gran Vía a respirar. En la esquina está el chico aquel del bar que conocí hace unas noches. Viene con muchas bolsas de la colección de Madonna de H&M. Estoy seguro que son bolsas vacías. *La estupidez humana no tiene límites.* ¿Pensará que es mejor persona si lleva bolsas de ropa de marca? Quizá solo signifique que se ha dado de golpes con otra persona por algo diseñado por la ambición rubia.

Quizá ése sea mi problema. Soy un fraude y no quiero que nadie se dé cuenta (aunque a mi edad eso debería importarme menos o casi nada). También he estudiado la posibilidad masoquista de decirlo a todo el mundo como en el refrán aquel que dice que “*es mejor mantener la boca cerrada y parecer un estúpido a abrirla y despejar todas las dudas*” ¡Soy un hombre fraude! Los hombres fraudes escriben cosas que, a veces, son mentira y otras no son verdad; hacen videos, se quejan, se ríen de la gente y de sus cansinos agobios, no saben el significado de las palabras *resolución, constructivo y respeto*; por el contrario, se saben al dedillo la definición de la palabra *demagogia* y son felices practicándola.

Los buenos hombres fraude jamás dejan entrever la ambición que les carcome (aunque están locos por hacerlo) Los buenos fraudes lo quieren todo ya a base de golpes de suerte. Los buenos

fraudes, como yo, se golpean toda la vida. Un buen hombre fraude, es por definición, un hombre muy divertido.



**Bonus track: Estrella**



*“Quizá tu madre te abandonó, quizá tu padre no te quiso lo suficiente...  
¿Tienes algún chisme que contarnos?  
¿Dónde estarías sin toda esta atención?  
¡A quien le importan una mierda tus problemas  
cuando tú puedes pagar el alquiler!*

*“Star people” – George Michael –*

### *Los enemigos*

La señorita Topisto estaba preparada y firme; netbook en mano y boli cimbreante golpeteando todo lo que se le cruzaba por delante. Tocaba soportar el ego de los tres jurados del casting, que aun no llegaban, y que tenían la misión de seleccionar al protagonista de la nueva película transgresora del cineasta de culto, imponderable director y gordo fascista de la imagen: el Sr. *Alcachofa* (léase *Alcáchöfzf* porque era un poquito snob)

Ese día se daban cita todas las grandes actrices de España, los grandes actores y los mejores secundarios en el viejo edificio del *Círculo de Leguleyos* donde se realizaría aquel estrepitoso casting kilométrico. Horas y horas de tiempo perdido entre cigarrillos, paranoias, kucaramákaras, quinielas, carmín y pajas yogurinas para acabar con los nervios, horas que nadie iba a recuperar, pero que todos aceptaban perder a costa de que el gran Alcachofa les diese la oportunidad de hacer el ridículo por cinco segundos frente a él. Y es que la fama fácil cuesta un gran trozo de dignidad, aunque luego dicen que se recupera cuando ya se es asquerosamente famoso y se vive sólo para espantar a las moscas con micrófono. Los que no alcanzan la fama, después de pasar por millones de castings rastreros, no recuperan la dignidad jamás y se dedican a ejercer trabajos remunerados como el resto de los mortales (llamados "*trabajos de mierda*" por los famosos)

Los tres miembros del jurado entraron en aquel pequeño salón a la vez y, manteniendo las distancias al milímetro, se sentaron en la mesa dispuesta para ellos. Los tres decidirían si ese era el gran día de alguien o el peor de otro y se asegurarían que, con su criterio circumbirúmbico, no hubiera trampas ni tongos. Se puede decir que sobre sus hombros recaían todas las esperanzas de un grupo de inseguros cuya felicidad y éxito depende de la decisión de otros (más mediocres) sobre ellos; aunque, a fin de cuentas, al menos tú tienes talento que a ellos les toca evaluar (cosa que sucede en todo tipo de trabajos: *tú sí, tú no, tú depende, tú ni de coña*)

El jurado de una prueba de casting para cine, en las distancias cortas, no es gran cosa: ninguno tiene un master, ni una carrera, ni un Goya, ni menos un Oscar, ni hogar, ni gente que les quiera o les respete mínimamente, nada, nada, nada. Y tú pensando que ese día te van a dar a ti una alegría, ¿Y por qué a ti? ¡Si ni siquiera pueden dársela a sí mismos!



La secretaria Topisto golpeaba el piso nerviosa con un pie porque faltaba alguien en esa habitación de torturas, faltaba la guinda de aquella tarta pestilente, faltaba la directora de casting, la que se iba a tomar la molestia de oír las quejas de todos en tropel, sus requerimientos, sus dimes y diretes y sus ayes de dolor por el tiempo insuficiente. También le tocaría callarse lo que pensaba de todos ellos juntos, callarse frases como: *“Vaya bruja, vaya actriz, vaya actorcito principiante, todo el rato preguntando ¿qué es lo que debe sacar del personaje?, ¿qué mostrar al director?, ¿lo he hecho bien?, ¿tú crees que le guste? ¿Tú crees que le gusto? Y no faltará el petulante que diga sin cortarse aquella frase tan memorizada de “¡Dejémonos de historias! Echa a todas estas hienas y llama a mi agente para decirle que el papel es mío”*

La secretaria abrió el netbook y mandó un correo a los agentes de los actores y actrices que ese día se presentaban y que ya habían pasado el tamiz inicial (haber ganado algún premio, cualquiera, daba igual) y así comunicarles quién era la directora de casting. Lo hizo todo rápido, como volando, sacando chispas, ella era así de impulsiva y atolondrada, lo hacía todo igual y se tomaba todas las molestias aunque luego sus esfuerzos fueran al retrete. Quinientos cuarenta y siete contactos de correo a los cuales enviar el mismo mensaje y luego que cada cual adivinara si iba con él la cosa.

*Queridos compañeros de profesión:*

*La directora de casting de la nueva película del insigne director Alcachofa es la inconmensurable y grandiosa Carmen Berenjena Gandula, archiconocida por haber seleccionado a los mejores actores (todos enchufados) de grandes superproducciones como: “Agáchate que vienen los indios”, “Los muertos luchan por su vida”, “Los gritos del silencio”, “Hazme tuya en el cortijo” y “A mi Paco le huele la sanguchera” (Esta última galardonada en el*

*Festival de Cine Fascista de Corea del Norte por la Libertad del pensamiento)*

*Os pasaré un mail informativo de la selección de actores protagonistas lo antes posible y quiera dios, y su corte de ángeles facinerosos, que lleguemos a buen puerto y os pueda dar una alegría rimbombante.*

*Un abrazo de oso, Señorita Topisto.*

Y vamos dándole a enviar, así y todo sin corregir ni ver de qué va la patata; si es pa ti, si no lo es, si es para la productora, la directora de casting, el de los contratos, las modelos, los del catering, el de sonido, de la maquilladora de Parla, de la que hace el bocata a los figurantes o si se ha mezclado con el mail del churri de anoche que, en media discoteca, se le plantó frente para mostrarle los *abominables* a ver si su cuerpo serrano valía para "*Gorilas, trepadoras y viceversa*". Y la secretaria se quedó tan pancha con su brillante redacción que, sin despeinarse, se quedó observando todos los correos de "*leído*" que le iban llegando a la bandeja de entrada. Soltó un suspiro de alivio como de misión cumplida y se felicitó por su manera tan concluida de escribir.

¡Hay que correr que ya llegan los actores! ¡Hay que cuidar cada detalle no sea que los del jurado les dé por ponerse tontos y estallen al ver que les falta una botella de agua o algún chimpancé que baje a ponerle el ticket al Aston Martin aparcado en la calle! ¡Uy! ¡Los actores! ¡Cómo son los actores con sus exigencias (de mierda)!

– ¡Señorita Topisto! – ladró el señor Palmeras, uno de los miembros del jurado.

Palmeras era un chico afeminado, de no más de veinticinco años (eso decía él), de mirada perdonavidas, gafipástico, de perro enano colgando de transportín y de bolso Gucci taladrado al hombro derecho.

- ¡¿Dónde está mi botella de agua, Señorita Topisto?! – insistió Palmeras ante la conchuda actitud de ensimismamiento de la Srita. Topisto.

Palmeras, el histriónico, era el perfecto habitante del barrio de chueca (del lado snob que pega a Alonso Martínez), vestía con el típico atuendo mezcla de El Ganso y Custo, a medio camino entre torero de derechas y super modelo de izquierdas, y calzaba unas finas pantuflas con escudo de familia añeja incluido. Palmeras era de carácter impredecible y se imaginaba a sí mismo como un hombre interesante si iba por la vida soltando frases ramerías de tipo: *“No eres fashion”, “Vámonos todas a Pasha Ibiza”, “Este sitio huele a proletariado”, “Ella no es nadie”, “Él, por muy famoso que sea, sólo liga en Why not”, “No te pongas metafísica, nena”* y *“Odio cuando no habláis de la TV”*. Frases acuñadas por la gente acostumbrada a tener quince minutos de fama cada tres años como si se tratara del ciclo de las olas del mar.

La secretaria sintió como una gota fría descendía por su espalda. El señor Palmeras se refería a la botella de agua que acababa de beberse su compañero de jurado, un trasnochado presentador de tv, de gafas oscuras y tufo mezcla de ron negrita y lenguado a la plancha.

- Me la bebí yo, colega – le respondió el Sr. Zumbao, el presentador del late night más hortera del país, pero con público - me la bebí yo porque aquí no te ponen más que agua y tú, si tomas algo, lo acabarás por potar porque no pone *D&G* en la etiqueta.

El Sr. Palmeras abrió la boca desenchajadamente y la mantuvo así largos dos minutos. Luego la cerró al ver que no había ninguna cámara cerca y que nadie reparaba en él.

La tercera miembro del jurado se mantenía en silencio ante esta vulgar discusión. La gran señora del matutino mañanero pregrabado *¡Arriba todo Dios!* estaba con la cabeza puesta en otro sitio. Aunque bueno, alguna palabra dijo antes de sentarse esa mañana, algo como *“Después de esta bazofia de casting tengo unas fotos para el “Hola estúpidos” en mi chalet y tengo que correr a elegir los modelitos antes que los fotógrafos lleguen. Suerte que tengo tres negras y una filipina que me limpian la casa con la lengua y me han vaciado los armarios para que llegue a elegir”*. La gran Susana Meloafeito era más honesta y coherente que un travelo después de siete cubatas.

La señorita Topisto limpió sus gafas compradas en Camagüey y se dispuso a tomar notas de todo lo que viese, aunque luego esas notas fueran más inútiles que los dibujos que hacen los tertulianos de los programas del corazón. Se detuvo un poco a pensar (ese día estaba inspirada) y pensó en coger clases de periodismo de investigación rosa, clases impartidas por alguna energúmena que ahora se había puesto con una academia para enseñar a las futuras generaciones de lagartijillas trepadoras. Cinco años duraba la carrera de Periodista del corazón; tres años de teoría donde te enseñaban los rudimentos de cómo perseguir a gente inútil por la vida, cómo conseguir exclusivas sin que otra serpiente te la quite, cómo disimular la verdad y soltar mentiras a destajo, cómo hacer montajes para reavivar carreras sin éxito, cómo burlarse de los telespectadores quedando como un periodista serio, cómo tener menos sentido moral que una panda de hienas en celo, y cómo vender mierda sin que huela a lo que es. Los dos siguientes años se trabajaba arduamente en coger el ave en Atocha, a la carrera y cronómetro en mano, pa partir rumbo a Sevilla a perseguir a la Duquesa de Alba que tenía fama de esquivar periodistas del

corazón a la increíble velocidad de dos kilómetros por hora; clases de natación con la cámara a cuestas para fotografiar estrías, panzas prominentes, tatuajes horteras en el cartón y cuanto cuerpo de famoso se paseara por las playas de Marbella y Tailandia; clases de tiro al blanco con móviles, clases de alta traición, lectura de labios (mención frases incoherentes y cómo darles el sentido que te dé la gana), clases de conducción imprudente en autopistas bajo puentes, clases de inglés profesional semi bajo, de charla con cristales de coche, de mamporreo, de astucia pericial mención expedientes y causas abiertas a personajillos cuya vida valiera algo en el mercado actual y una Tesis doctoral sobre el paradero de famosos desaparecidos. ¡La señorita Topisto iba a ser periodista del corazón! ¡Lo tenía todo! ¡La naturaleza le había dotado de las armas que debe tener una periodista de esta calaña: largas piernas para correr, boca deslenguada cigarrillo en punta, melena despiojada al viento y un rostro como un Picasso! ¡Era perfecta! Ahora sólo tenía que pensar en cómo entrar a aquella exclusiva escuela Rosa ¡Tendría que apartar a todos los maricas que aspiraban a quitarle el trono de ser la más payasa de todos en los exámenes de admisión! ¡Lo iba a conseguir! ¡Wyoming, allá voy!

*¡Plaf! ¡Rataplán!* Un estruendo ensordecedor le sacó de sus divagaciones y le regresó a la oscura realidad. La directora de casting ya estaba aquí. La puerta se cerró detrás de ella y avanzó con paso decidido, carpeta en mano, fumando y magullando palabras al móvil *¿Sí? ¡Mfmfms! ¡Putas!... mmmddss... serás puta... mmssmfffd... ¡Sí! ¿Una copa en Medea? ¡Pero si está mfmfms lleno de bollos y modernas! ¡Sí, he dicho modernas! ¡Si, de las que van a clubs de modernas y se marchan ofendidas porque está petao de modernas! ... mmfmfmf... ¡Te llamo más tarde!... ¡zorra, te comía la mfmfmff! ¡Ja, ja, ja, ja!*

La señorita Topisto se puso en posición de firme. La dictadora de casting (digo directora) pasó por su lado arrojándole la colilla del tabaco al vestido.

- ¡Toma, pa ti, guapa! – le gruñó.

La secretaria no supo cómo reaccionar y sólo se limitó a apagar la colilla en el suelo. El modelito del Zara ya no tenía arreglo.

- Ah y otra cosa, chati – le gruñó la directora nuevamente – me has mandado un mail hace unos minutos y he tenido que soportar las risas de todo kiski que me ha llamado a la blackberry para soltarme la misma broma estúpida ¡¡¡Que mi nombre no es *Carmen Berenjena Gandula!!!* Me llamo *Carmele Bejarano Asdrúbal* ¡Coño!!!

La sala, con sus tres jurados, enmudeció. Parecía que el techo se iba a caer sobre sus cabezas, pero finalmente el universo volvió a su cauce. Ese día Carmele estaba de buen humor (porque de haber estado de malas la señorita Topisto ya estaría recogiendo cartones con la Mazagatos en algún programa de esos que intenta reflotar personajes y lo único que reflota es su necesidad de chupar cámara burlándose de los indigentes)

- ¡Cuántos han venido al casting! – ladró la directora.

- Veintisiete – dijo la señorita Topisto con un hilillo de voz.

- ¡No esperarás que me coma veintisiete castings, no! – respondió la directora - ¡Te lo puedes creer! Según como son los actores de originales para sus pruebas me tocará comerme con patatas a los típicos que recitan a Shakespeare y a Orson Welles, la que hace de vecina cotilla Almodovariana, el que se hace el tullido a lo Amenábar, la que venga con ínfulas de Nicole Kidman, la que se crea la nueva Penélope Cruz, los que vengan vestidos de payaso perrifláutico recién salidos de la Rota, los que se echen a llorar porque no les cojan, los que se pongan a bailar como si esto fuera el Fama, los confundidos que crean que esto es Gran Hermano y haya que buscarles con lupa el talento y no faltará la drag queen

que quiera sorprenderme con alguna copla ¡Madre mía! ¿Y es que nadie se lee la nota que se envía donde se dice lo que se busca? ¡Cuántas ganas tiene la gente de perder el tiempo conmigo! ¡Y el pre-casting! ¡Para qué puñetas estás túuuu!

- El pre-casting ya está *ready*...
- ¿Redy? ¿Redy? ¿Qué idioma de mierda hablas tú? ¡Que esto es España y aquí se habla con el coño en la boca, cojoneee!
- El pre-casting ya está hecho... - soltó la secretaria al borde de las lágrimas (era buena actriz) – Sólo tendrá que ver a los seis principales, los mejores que el jurado ya eligió. ¡Ah! Y a propósito, los dueños del hotel están intentando localizarla para ver algo de facturación de los tres días que hemos usado las dependencias para la selección...
- ¡A mí qué me cuentas! Lo de los contratos lo lleva el contable de mi contable.

Carmele se sentó junto al Sr. Palmeras, al único que soportaba de los tres del jurado, porque era el único en quien confiaba y le decía cosas como “*Carmele, estás gorda como una cebolla y eso no es glamoroso*” sin inmutarse.

- Esta noche nos vamos tú y yo a tomar una copa – le dijo a su amigo – no soporto estos casting kilométricos.
- Chata, que son sólo seis los finalistas – respondió el Sr. Palmeras - y ya te digo yo que son malísimos... ¡uf! ¡esto me huele a tongo! ¿Tú estás segura que no estamos perdiendo el tiempo? Lo mismo el casting ya está cerrado y nos tienes aquí sufriendo por nada.

Carmele se puso pálida, como cuando su novia amenazaba con dejarla tirada por algún rodaje, pálida como el amarillo hepatítico que había visto en el rostro de alguno que otro por Chueca.

- ¡Cómo va a ser tongo esto! ¿Y qué hago aquí yo entonces? ¡Venga, no me jodas tú también!

- ¿Qué tal lo tuyo con Claudia?

Los otros dos miembros del jurado prestaron atención.

- Claudia me ha dejado pero no quiero decir nada porque tengo apalabrada la exclusiva en un programa este fin de semana.

- ¡Que Claudia te ha dejado! ¡Madre del amor hermoso! ¡Me lo tienes que contar todo, tengo un gramo de buena calidad, nos lo metemos en el baño y me lo cuentas! ¡Si es que hace tanto que no te veo que ni con los sms ni las actualizaciones de perfil me logro enterar de qué pasa con tu vida!

- Palmieri, chata, ya te contaré... vamos a empezar este rollo y nos largamos tú y yo a algún bar de camioneras y te cuento más.

- ¡Ni hablar! – respondió Palmeras - ¡Cuéntamelo ya!

- ¡De eso nada que tú lo *retuiteas*!

Susana Meloafeito y Charlie Zumbao no quitaban oreja a la conversación. El del late night ya tendría programa para toda la semana y Susana comenzó a pensar que Carmele era realmente una drogodependiente, pero dejó de hacerlo casi de inmediatamente porque pensar le agotaba el bulbo raquídeo.

La señorita Topisto llamó al primer seleccionado: la gran actriz *Samantha Correvedile*, famosa por su afición a cotillear al mejor



postor y su saber estar (entre gente adinerada). Samantha entró en escena recitando los maravillosos versos de Paquita, la del barrio, sacados de un libro de poemas para descriteriados que era coser y cantar.

Zumbao explotó en un gran bostezo y se cayó de la silla hacia atrás. Palmeras estaba al borde de las lágrimas (porque era alérgico a cualquier cosa que viniera en formato de prosa) y Susana Meloafeito, que no entendió de qué iba la vaina, le pidió que volviera a hacer *esa cosita* con la boca que parecían rimas. Samantha Cooreveidile se indignó tanto que no paró de hipar hasta que cayó desmayada y tuvieron que venir siete enfermeros musculosos a levantarla del suelo. Los miembros del jurado, mientras, fumaban un Pall Mall de una cajetilla que encontró tirada la señorita Topisto en el cubo de la basura.

El siguiente actor era nada más y nada menos que el famoso actor de culebrones latinos *Andrez Melovez* que estaba de paso en la ciudad (llevaba siete meses sin dar un palo al agua) y entre sus planes estaba emigrar a USA donde quizá reconocieran su talento interpretativo. Quizá. ¡Necesitaba el papel más que el comer para costear los Calvin Klein del zángano de su novio que vivía en un cuarto oscuro – con opción de compra - de chueca!

- ¿Qué escena vas a interpretar, Andrez? – preguntó Susana Meloafeito imitando el acento venezolano.

- Querida, te amo – respondió Andrez sin realmente saber a quién le soltaba esa estúpida frase – Voy a hacer una bellísima escena de un culebrón venezolano que se llama el “*Pavo real*” que va sobre una chica pobre que se fija en su jefe rico y que vive descalza en un cafetal.

- ¡Ay qué maravilla, conchalevale! ¡Con lo que me gustan los dramas!

- ¿Chica pobre se liga a chico rico? – preguntó Palmeras – eso es como de la época del Feudalismo, ¿no?

- Madre mía, darle una oportunidad – dijo Zumbao – ya que está aquí vamos a reírnos un poco.

- ¿Por qué se van a reír? – preguntó Melovez - ¡Que la canción central era de Juan Gabriel! ¿Eso no os dice nada?

- Sí, que es un coñazo como un castillo, cariño. Andrez... ejem ejem – continuó Carmele aclarándose la voz - ¿tienes alguna remota idea de qué va este casting?

- ¡Pues de galán, por supuesto! – respondió Andrez convencido de su atractivo latino.

- ¡Llama a seguridad antes que empiece a imitar a Carlos Baute sin guitarra! – gritó Carmele a la Srita. Topisto – ¡Que yo a este energúmeno le conozco de antes y cuando le da por hacerse el galán no hay quien lo pare! ¡Andrez Topacio de las Mercedes, fuera de aquí a la puta calle!

Andrez mantenía la boca pegada al suelo sin dar crédito. Cuando logró articular palabra dos guardias de seguridad le habían cogido por los brazos y le levantaban coreográficamente a la salida del hotel (la de atrás)

*“¡Oligofrénica, me las vas a pagaaaar!”* Fue lo último que se escuchó decir a Andrés Melovez en España y nunca más se supo de él.

La señorita Topisto no paraba de beber agua embotellada a la que, de vez en cuando, metía algún tranquilizante para yegüas.

Carmele consultó su blackberry: tenía un sms de su informante (que trabajaba también para cinco folclóricas). Levantó

la mirada lentamente de la pantalla del aparato y su rostro cambió abruptamente. Palmeras la miró de soslayo e inmediatamente supo que el morbo estaba servido: Claudia, la gran actriz y ex de Carmele, venía al casting. Palmeras sintió por primera vez un gusanillo en el culo porque se olía que Claudia no tenía ni la menor idea de quién era la directora de casting.

- ¡Siguiente! – gruñó Carmele como un doberman hambriento.

La puerta se abrió de golpe y entró ella, con cara de haberse caído por un barranco y voz como recién salida de una tinaja. “Yo me llamo Laura”, dijo categóricamente con una mano en el potorro, “Y soy de Puigcerdá”

- Niña – dijo Palmeras – las audiciones para “Operación te hundo” no son aquí.

- ¿Y quién ha disho que yo voa’ cantá? – dijo la muchacha – Yo soy de la limpieza y ahí fuera hay una tiparraca pintá como una puerta que me ha dao unos morlacos pa hacer un poco el payaso mientras ella prepara su número... ¡y aquí estoy!

Susana Meloafeito se pudo de pie indignada. Fracción de segundos después ya había olvidado por qué lo estaba. “Me voy por una copa”, dijo como por osmosis, y salió dándole un empujón al cámara que, hasta ahora, no había dicho *esta boca es mía*. Zumbao le siguió para aprovechar de fumar, pero a los pocos segundos estaban de regreso los dos pálidos como el papel y sin abrir la boca.

- ¿Qué? – preguntó la de Puigcerdá - ¿Qué parece que hubiérais visto a vuestra abuela en pelotas?

- Chica, no sé vosotros, pero esto me huele a cachondeo – dijo Palmeras – yo me voy de aquí que tengo que hacer una

portada para el *Oh my God!* y el photoshop ya sabemos que toma tiempo y no quiero salir con cara de estría como la Lomana.

- ¡De aquí no se va ni dios! - sentenció Carmele.

La Srita. Topisto dio un brinco que se le saltaron las lágrimas y los tranquilizantes de la punta de la lengua.

- Bueno, como os iba diciendo – dijo Laura, que le importaba tres pimientos lo que ordenara la directora de casting – Yo soy la de Puigcerdá. Me crié en Andalucía pero de enana me llevaron pa la frontera de Francia con los catalanes y allí crecí en el hotel que abrieron mis padres. De niña criaba turkis, que es como les llaman a los pavos en Nueva Inglaterra, criaba gatos monteses y gatinos. Ya de grande, un día me jarté de hacer el perro en el hotel y me fui pa Londres a currá de camarera. Allí me enamoré como una perra de un chico polaco que era traslúcido y que hablaba español con acento argentino la mar de guapo. Y tal que el polaco este me enseñó to el inglés que sé y si queréis os lo suelto to de rompe y raja... mira que yo puedo hablar de corrido aunque no me lo pidáis...

- ¿Es una cámara oculta no? – preguntó Susana Meloafeito, más acostumbrada a las bromas de los tertulianos de su programa de variedades.

- Con esas pintas yo creo que no... – inquirió Palmeras.

- Pues a ver si hay huevos y me recitas el primer párrafo del Quijote en inglés – soltó sin pensar Zumbao, tomándose la situación cómo realmente debía tomársela.

- ¡Pero bueno! – dijo Carmele - ¿Y yo estoy pintá en la pared? ¡Que yo soy la directora de casting y yo soy la que dirige el cotarro!... ¡Venga, el Quijote en inglés!

- ¿El Quijote en inglés?, ¡pue os váis a cagá! – respondió la de Puigcerdá aclarándose la voz - *"In a certain place of La mancha which name I rather not remember"*... ¿A que me ha quedao bordao? ¿Ein?

Zumbao se puso de pie aplaudiendo y la Srita. Topisto le imitó porque pensaba que la ganadora del casting había sido la de Puigcerdá. Carmele estaba en silencio, como masticando su venganza que ya venía en camino. Laura estaba de pie esperando una gran ovación, pero pronto se dio cuenta que le estaban tomando el pelo. Se miró a sí misma y sintió pena de verse frente a cuatro desconocidos que le pedían hacer cosas como si fuera una mona peluda de circo. Miró detenidamente el mocho de fregar suelos y soltó un suspiro como los que suelta la gente que está cansada de bregar con tanta mierda.

- Yo, antes era feliz – dijo Laura - Vivía en Puigcerdá con los turkis, con mis novios adictos a las tragaperras y mis rollos en el hotel de mi padre, pero era feliz. Hasta que me dio por emigrar a las ciudades grandes. Primero me fui a Londres y casi enveneno a los parroquianos de la cafetería donde trabajaba con producto de limpieza de cafeteras. Hasta salí en los diarios como *"la crazy del coffee shop"* y me tuve que regresar pa Puigcerdá porque no aguantaba la fama. Luego me fui a Estambul pero duré ná y menos porque no me enteraba con el idioma turco en la importadora y; ahora en Madrid, limpio hoteles y tomo clases de interpretación, pero nunca he conseguido curro de actriz donde me paguen ni con un bocata. ¡Si es que en las grandes ciudades na más que te basurean!

Los miembros del jurado y Carmele se miraban embobados sin creer que frente a sus narices tenían a la chica de la limpieza del hotel, mocho en mano, contándoles su vida como si a ellos les importara.

- Hay una cosa que yo nunca he entendido – continuó reflexiva la de Puigcerdá - y es esa puta manía de los famosos de tratar a la gente con la punta del nabo como si tener un trabajo honrado significara perder la dignidad. Y es que hay mucho famoso por ahí incapaz de mostrar respeto por lo que hace el resto de la gente. Se creen que sólo ellos existen en el universo, como las lunas de Saturno, y que uno tiene que tener ojos y oídos na más que pa ellos y sus rollos mentales y están todo el día en la tele quejándose y aireando su mierda como si a la gente de a pie le gustara eso ¿Les parecerá bonito? ¿Tú te puedes creer?

- ¿De qué está hablando la loca ésta? – dijo por lo bajini la Srita. Topisto, pero luego se enfrascó en el buscaminas del Windows de su netbook porque estaba a punto de pasar de fase.

Carmele hizo una llamada con la blackberry a seguridad por si iban a tener que sacar a todo dios resguardado de la loca aquella que hablaba sola sobre el estrado. Pero nadie cogió el teléfono en recepción. Susana Meloafeito estaba nerviosa; la situación aquella le recordaba a una energúmena que le había perseguido por meses diciéndole que los ángeles le habían encomendado la misión de boicotear los concursos de tv donde nunca gana nadie y suena constantemente una chicharra anodina. ¡Otra loca en su vida! Muy por el contrario Zumbao estaba encantado con la situación porque estaba grabando todo en su móvil para luego colgarlo en youtube y crear cuarenta y cinco grupos de Facebook para reírse de la del mocho. Palmeras no hablaba, se mantuvo todo el discurso sentado en su sitio dándole de galleticas a su perro rata como si fueran palomitas de maíz en el cine. Carmele estalló de impotencia.

- ¡A la mierda! – chilló como si se hubiese despertado peinada como una cierva en la cama con Van Damme - ¡Quién te pagó para venir a darnos la tabarra!

- Pos ya os lo dije – respondió la coludida – una tiparraca pintá como payasa, sudando como un pollo bajo un abrigo de visón y de aliento a Chesterfield. De hecho me cogió la mano, me puse dos billetes moraos de quinientos y me dijo mismamente: “*Entra ahí, cuéntales la misma historia que me contaste a mí la semana pasada cuando me hospedé en hotel y entretén a esos cuatro palurdos hasta que llegue la policía*”

Carmele se puso de pie lívida como papel de cebolla y soltó un dolorido *¡Claudia hijalagranputa!*

Lo siguiente es historia para un guión de esos malillos. Se abrieron de golpe las puertas del salón aquel y entró la policía escoltada por los trescientos figurantes que se presentaron a las pruebas de casting a detener a Carmele por fraude, por querer tomarle el pelo a la gente, por jugar con el tiempo y los sentimientos de la gente, por impago de honorarios al hotel, por intentar reírse de la gran actriz Claudia (su ex) y por tráfico de pirulas y coquisgüachis con Palmeras. Aquello fue un escándalo y la noticia salió en el late night de Zumbao, en la crónica de Susana Meloafeito que, desde ese día, la gente comenzó a respetar por tirar de la manta de casos que a ella le importaban un cuesco y en los periódicos gratuitos del metro que leía la de Puigcerdá cuando iba al hotel cada mañana a pasar el mocho con dignidad.

Salió todo el mundo a la calle vitoreando a Carmele y a Palmeras como si fueran vírgenes cuyo destino fuera el cráter de un volcán, pero meses después ya todo se disolvió y ambos rehicieron sus carreras en la exitosa televisión del Perú gracias a una entrevista con Jaime Bayly (desde Miami) que les devolvió credibilidad a cambio de cuatro perras.

La de Puigcerdá siguió limpiando el hotel de la mierda de la TV y, de vez en cuando, sigue recibiendo alguna comisión por llamar por teléfono a Claudia ese día para advertirle de la trampa de

Carmele (cosas de haber estudiado juntas interpretación, cosas de amigas - una famosa y la otra no - pero amigas al fin y al cabo)

La Srita. Topisto sigue haciendo de secretaria pero esta vez para Zumbao quien, conquistado por la gracia y despiste de la sin par secretaria, le cogió para su late night y ahora es una estrella persiguiendo famosos para preguntarles chorradas que la gente celebra como el mayor de los descubrimientos televisivos. La Srita. Topisto se tiñó de rubio y ahora vive la mar de bien... ¡Ah! Y ya ha aprendido a usar el correo electrónico y a pasar todas las fases del buscaminas. ¿Qué maja ella, no?



## Agradecimientos

Para todos aquellos que inspiraron cada uno de estos cuentos. Para mis héroes personales que me demuestran cada día que no es necesario ser un ídolo mediático para tener algo que decir. Para los que cogen el coche escapando de la rutina y la mediocridad y escapan al paraíso en Málaga.

Para Nines... ¿qué va a ser de nosotros?

Para Carmen Fillete, autora de la fotografía de la portada que con sólo una instantánea reflejó la desazón que vivimos, que es como una escalera de caracol. Los pesimistas dirían que lleva hacia abajo, yo pienso que lleva a lo alto. Paris y subiendo, Carmen, Paris y subiendo.

Para mi madre por su fortaleza y su fe. Para mi padre y mis hermanos: Dayan ¿Así que tu nombre te lo pusieron porque eras princesa como Lady Di?, Suhan “el terror de las rebajas” y Emanuel mi hermano pequeñito.

Para los niños flaquitos de la Escuela Maximiliano Poblete D-74 de Antofagasta. Para los que trabajan de noche para pagarse los estudios (sin importar en qué)

Para Lili del Liceo A-15 de Antofagasta. Por tu fe.

Para Patito Cuevas (estés donde estés sé que serás más feliz de lo que fuiste en vida)

Para “Roinso, niño por Dios, encierra las cabras”, por haber sobrevivido al cáncer.

Para Lala, mi tía, esos días que bailaba toda la noche en La Madrileña.

Para Don Luis y su recuerdo que no se va y toda la gente de la Osvaldo Mendoza y Maipú, calle arriba. ¡Fuerza Layla!

Para Nawal (y Nawfal) que compartieron conmigo sus aventuras por Rabat.

Para toda la gente del Mimbres en Málaga (Carlitos “la libertad del pensamiento”, Bazalo, el Moro, Sera, Padiel, El “Conejo”, Chávez, Salva, los hermanos gandules, la Familia Rubio: Conchi, Ana, Elena, Isabel y Juan. Para Eva “Princesita” de Álora (si me olvido de alguien ya me podeis parti’ la cara)

Para Shangay, *Dragmática* live forever!. “Los enemigos” es un humilde homenaje al surrealismo de tu “Escuela de Glamour”

Para mis amigos de Salamanca (mi hermosa tierra contaminada por los hijos de puta de “Minera Pelambres”; que, a cambio de progreso, ensucian vuestra tierra)

Para la gente de mi país: Chile; ese país flaquito que ha sabido sobreponerse a las inclemencias y desgracias; para todos los chilenos en el mundo que añoran su tierra, para toda esa gente humilde, esforzada y que no pierde la esperanza en la Humanidad. Para los chilenos de corazón y mis amigos que siempre están allí: Gloria en Valparaíso, mi familia en NYC (Tegüa, Seba, Luisita, Ricardo grande y chico y la “gorda” Güaco), Jorge, Marce, Vanne, Davilito, Gonza, Mildred, Leyla, Cynthia, Paola Bombín, Yusti, M<sup>a</sup> Rosa, Mónica Villafañe, Isra, Chino, Adam, las gemelas cubanas, Petardo, Susana, Luis, Maribel, Elena & Alfredo, Francy, Ilde, Pepa e Irene.

Para los mundialeros: Annia Gniot, sin duda tu vida es toda una aventura ¿Qué tal cruzar Europa en furgoneta hasta Polonia?

Renata Julga ¡Divina!, Gise, Nieves, Roberto ¡Cómo!, Edu, Vianca, Peter, Melina, Valeria, Lulú, Marta Ibiza, Nadia & Martukis, Pepa, Cristela, Dejotas, Herminia, Inma de viaje, Rocío, Manu Chicharrón, Ruth Nefertiti, Sonia Aparicio, Sonita, Lula Ragazza, Stefania ¿Te piace un alegretto?, El señor del Caos (Moli), La dra Moraima, Mr Q, Lola... ¡tanta gente! A todos los Mondialeros que pasaron por Manoterías.

Para Diego Marchesano ¿Te salvó el Rock & Roll?

Para mi novio que aguanta mis tonterías de escritor... Will you still love me tomorrow?

¿Qué va a ser de nosotros?

---

*Datos de contacto con el autor*

[www.loscuentosdefranbarrera.com](http://www.loscuentosdefranbarrera.com)

<http://fofero.bubok.com/>

¿Qué va a ser de nosotros?

---